Żanna Słoniowska

Una vidriera en Leópolis

Alianza editorial

Żanna Słoniowska

Una vidriera en Leópolis

Traducción de Marta Rebón

Alianza editorial

Índice

Una ciudad vendada
La muerte
Cajas
Puertas
La casa
La vidriera I
Aida
Calle Akademicka
El patio italiano
La manifestación
Los balcones
San Florián
Vidrio
Taller I
La catedral
Los pinceles
Lenin
Taller II
El cofre
Poltva
Muñecas rusas
La guerra polaco-ucraniana
La vidriera II
Maidán

Créditos

Nota preliminar

Como traducción del topónimo de la ciudad donde discurre esta novela, la actual ciudad ucraniana de Lviv, hemos usado en todos los casos, aunque se refiera a diferentes momentos históricos, la grafía Leópolis, que deriva del nombre original en latín [Leopolis, 'la ciudad de los leones'].

Fundada en el siglo XIII como capital de Galitzia, ha sido una ciudad rutena, austriaca, soviética, alemana, polaca o ucraniana. Sede de una importante comunidad judía, fue uno de los centros culturales del yidis hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando esa comunidad fue aniquilada, en su gran mayoría, en los campos de concentración nazis. Dependiendo de en manos de quien estuviera, ha llevado el nombre de Lemberg (alemán), Lemberik (yidis), Lwów (polaco), Lvov (ruso) o Lviv (ucraniano).

—Usted supone —le replicó Stephen con una especie de media risa— que yo soy importante porque pertenezco al *faubourg* Saint-Patrice, también llamado Irlanda para abreviar.

—Yo iría aún más lejos… —insinuó el señor Bloom.

—Pero supongo —le interrumpió Stephen— que Irlanda debe de ser importante porque me pertenece a mí.

JAMES JOYCE, *Ulises*

Una ciudad vendada

«… porque vi con mis ojos el Leópolis de antes de la guerra»: con estas palabras terminaba un correo de apoyo que recibí de un conocido de Alemania (una vez organizó para mí una presentación literaria muy agradable). Me quedé estupefacta: no era ni mucho menos un anciano, ¿cómo podía haber visto el Leópolis de antes de la guerra? Tuve que pensarlo un buen rato para entenderlo. Después del pasado 24 de febrero, palabras y expresiones conocidas empezaron a cambiar de significado. La guerra llegó a Leópolis: hubo ataques aéreos contra la ciudad, en el bombardeo de una base militar cercana murieron treinta y cinco personas. Una vez estuve allí con un equipo de televisión para filmar el esqueleto, excepcionalmente pintoresco, de una antigua iglesia ortodoxa; en la época soviética los soldados la utilizaban como blanco en sus prácticas de tiro. En la Ucrania libre ya no se disparaba contra las iglesias; el esqueleto acribillado servía de recuerdo, de testigo de tiempos pretéritos y sus costumbres.

La historia vuelve a irrumpir en *Una vidriera en Leópolis* como si nunca le hubiera puesto punto final.

En marzo de 2022 mi Leópolis se convirtió en una ciudad en guerra: se establecieron puntos de control en las fronteras, se impusieron restricciones y el toque de queda y flotaba una sensación de inquietud en el aire: el enemigo podía atacar en cualquier momento.

Todos los días suenan las campanas en las iglesias de diferentes confesiones y sus vidrieras se cubren con láminas de metal: ahora los interiores se ven privados de luz natural incluso de día.

Las cuatro estatuas de dioses antiguos que había en las esquinas de la plaza del Mercado se han convertido en momias egipcias porque las han envuelto en telas incombustibles, papel de aluminio y no sé qué más. También hacen pensar en un

circo y en un zoológico porque se ha construido una enorme jaula de metal alrededor de cada una. El precioso crucifijo gótico de la catedral armenia se ha llevado a un destino desconocido donde permanece oculto.

A raíz de la bárbara invasión de Ucrania por parte de Rusia, cada vez son más las personas que abandonan el ruso, su lengua natal, para hablar en ucraniano, tal como hizo la protagonista de mi libro, Marianna, a finales de la década de 1980. El cliché de su tío Alekséi sobre el «cielo pacífico» se ha convertido ahora en un grito desesperado que pide a Occidente «el cierre del espacio aéreo» sobre el valeroso país defensor. Me imagino a otro personaje de mi novela, Mikołaj, andando por una soleada Leópolis en tiempos de guerra. Pasa por delante de la catedral latina, donde un funcionario del ayuntamiento, inflexible, supervisa la protección de las estatuas de los apóstoles. Junto a las estatuas hay sacos de arena en el suelo, que se supone que las protegerán de la onda expansiva en caso de producirse una explosión.

—¿Puedo echar una mano? —pregunta Mikołaj.

—Va usted demasiado elegante —responde el funcionario.

Entretanto, los trabajadores ponen otra capa protectora, esta vez blanca, a las esculturas ya vendadas.

—¿Para qué sirve eso? —pregunta Mikołaj.

—Escriben los polacos… La estética… —dice la mujer, buscando en su móvil. Resulta que las esculturas alrededor de la catedral fueron restauradas hace poco por especialistas polacos.

Como heridas, las esculturas de Leópolis están vendadas.

En los últimos días, a la «protagonista» de mi libro, una vidriera de estilo Secesión situada en el hueco de la escalera de uno de sus edificios, también la han protegido de las explosiones; me gustaría creer que ha sido así gracias a la literatura. Sobre todo porque, al contrario que en mi texto, no se desmoronó, sino que fue reparada por los restauradores.

—¿Sigues yendo a tomar café a Leópolis? —le pregunto a Mikołaj.

—Sí, todos los días, de lo contrario no podría soportarlo. Solo hay que llegar antes de las cinco, porque después cierran.

Primero la pandemia y luego la guerra hicieron que el tiempo se reblandeciera, y en algunos lugares se agrietó y se estropeó: el reloj en el Rijksmuseum de Ámsterdam en el que alguien dibuja y borra las agujas sigue sirviendo para describir este fenómeno.

Recientemente, los cadáveres de muchos habitantes de una hermosa ciudad cerca de Kiev, donde algunas de mis amigas de Leópolis habían construido sus casas, fueron descubiertos en fosas comunes y la propia ciudad, Bucha, fue arrasada.

¿Y si destruyen también Leópolis? Con solo pensarlo, el suelo se hunde bajo mis pies. De repente empiezo a entender mucho mejor a los varsovitas que vivieron la guerra.

Me reconforta la historia de Seamus Heaney. Cuando nació, su tía plantó cerca de su casa un árbol que creció junto con él. Estaba muy unido a ese árbol, hasta que un día se vendió la casa y los nuevos inquilinos lo cortaron. En lugar de sentirse triste, se puso a pensar en el espacio radiante al que creía que había ido el árbol muerto. Se identificó con él como antes se había identificado con el árbol vivo. Escribió que ese espacio era un cielo sin lugar *(placeless heaven)* y no un lugar celestial *(heavenly place)*.

En los últimos días, no solo las palabras están cambiando de significado, sino también los símbolos. Antes de la invasión, el edificio de la curia de Leópolis, el mismo desde el que en 1918 el arzobispo polaco Bilczewski envió cartas al arzobispo ucraniano Szeptycki durante las batallas polaco-ucranianas por Leópolis, estaba engalanado con una bandera azul y amarilla. No creo que esto hubiera llegado a ocurrir si la historia hubiera sido más pacífica.

Esta bandera, vergonzante y rústica para la joven protagonista de *Una vidriera en Leópolis,* ha comenzado a percibirse de una nueva manera por muchas personas en el mundo. Sus colores, antes asociados a la opresión y a la periferia, se están transformando ante nuestros ojos en los colores de la libertad, así como de los valores sobre los que se construyó la Europa unida. Son los colores de David, que se enfrenta con valentía al gigante Goliat, esta vez armado, y ya no solo en la poesía y las canciones.

La historia vuelve a colarse en *Una vidriera en Leópolis* como si lo que se describiera en esta novela no fuera sino una semilla. La flor la veremos en el futuro.

Żanna Słoniowska
Cracovia, 13 de marzo de 2022

La palabra *mamá* para mí no es una imagen, sino un sonido. Comienza en el vientre, recorre los pulmones y la laringe hasta la tráquea y se queda atascada en la garganta. «No tienes ningún talento para la música», solía decirme; por eso nunca canto. Aun así, la voz que nace en mis entrañas es la suya, una *mezzosoprano.* Mientras estaba en su vientre, a decir verdad, me parecía que esa era mi voz, pero cuando salí de allí resultó que era solo suya. Nuestra separación musical duró once años, hasta su muerte. Luego durante mucho tiempo no hubo nada, ni sonidos ni colores, solo un agujero en el omóplato. Y, cuando por fin crecí, descubrí que era ella ahora la que estaba en mi vientre, que era ella ahora la que no veía. Volvía a ser solo una voz, una maravillosa mezzosoprano. Y en vano me planto frente al espejo, abro la boca y trato de sacarla de mí.

La muerte

El día en que murió, su voz retumbó ensordecedora y ahogó muchos otros sonidos estridentes. Pero la muerte, su muerte, no era un sonido, sino un color. Trajeron su cadáver a casa envuelto en una enorme bandera azul y amarilla, la bandera de un país que aún no existía en ningún mapa del mundo. Estaba envuelta con ella firmemente, como una momia egipcia, y en un trozo de la bandera destacaba una oscura mancha de sangre. Mientras observaba esa mancha, tuve la sensación de que se había cometido algún error. En la escuela nos habían explicado que todas las banderas eran rojas porque estaban empapadas de sangre heroica. Nos contaron la historia de un obrero oprimido que salió a la calle con una bandera blanca a luchar por sus derechos, pero, cuando sonaron los disparos de los gendarmes, la sangre tiñó la tela de rojo. Desde entonces nada fue igual; ahora sabía que el rojo traía más a menudo terror que liberación. Aun así, mientras me inclinaba sobre el cuerpo de mi madre, no pude evitar pensar que el rojo le habría sentado mejor.

Una bandera roja era solemne y trágica, mientras que la azul y amarilla era simplona, de mal gusto. Se parecía a un caluroso día de verano, a unas vacaciones campestres. Mamá solía decir que el azul representaba el cielo y el amarillo las espigas maduras. Hay momentos en la vida en los que a uno se le ocurren cosas extrañas, a veces muy inoportunas. Si mamá hubiera sabido lo que estaba pensando en ese instante, se habría horrorizado. No fue hasta un momento después, cuando los hombres que la trajeron a casa desplegaron la bandera para mostrarnos la herida abierta en la zona del omóplato, cuando dejé de concentrarme en los colores y empecé a pensar en la piel.

Mamá solía desvestirse frente al espejo alto sin que le diera vergüenza mi presencia y luego se quedaba un rato desnuda,

mirándose y a veces cantando. En esos momentos me sentaba a su lado y con la mirada le acariciaba la piel blanca y pecosa, sus pechos pequeños y firmes, así como sus piernas largas, cubiertas de pelitos rojos. Era mi Reina de las Nieves particular, además de todas las Venus desnudas y las madonas vestidas de los libros de arte en las estanterías. Al ver su cuerpo, se entendía qué era un alma, y habría sido perfecta de no ser por un pequeño fallo. En la espalda, cerca del omóplato izquierdo, se ocultaba un hueco blanco y satinado del tamaño de una hoja de arce: era el único trozo de su piel libre de pecas y parecía un parche mal cosido. Entendía que era un defecto, pero a mí era lo que más me gustaba. A menudo le preguntaba a mamá por qué tenía eso. «Es la marca de una bala enemiga», contestaba y se reía. Cuando era muy pequeña, me tomaba esa respuesta en serio y me imaginaba a los enemigos de nuestro régimen persiguiéndola en una noche oscura, acosándola con perros; veía a mamá escondiéndose en una cabina telefónica, el proyectil atravesando el cristal, rompiéndose en miles de esquirlas afiladas y brillantes bajo cuyo granizo su cuerpo se desplomaba inerte. Pero la verdad era otra: a mamá, de niña, le había salido una cadena de lunares en la espalda (algo parecido a la mancha de nacimiento que tenía Gorbachov en la frente) y los médicos decidieron quitársela. Fue así como apareció el hoyuelo satinado.

Así que, cuando trajeron a casa su cuerpo envuelto en la bandera ucraniana y lo descubrieron ante nuestros ojos, mi atención se centró en ese fragmento concreto de piel. Una bala de verdad le había penetrado en el omóplato derecho, el pecoso, y me di cuenta de que había contribuido a crear cierta simetría: una cavidad de satén a la izquierda, el agujero abierto a la derecha. Sin duda, este pensamiento, como el de la bandera, no se adecuaba a la situación. Por eso me quedé tensa e inmóvil en la habitación, donde a pesar del sol radiante todas las lámparas estaban encendidas, y traté de alejar todas esas asociaciones insólitas. Esto hizo que apareciera una zona en blanco en mi cabeza, similar al hueco sin pecas de su piel, excepto que yo no sabía si la tenía en el hemisferio derecho o izquierdo de mi cerebro. Era julio de 1988 y mi madre había

muerto en una lucha desigual contra el régimen totalitario soviético.

El día de su funeral daba la impresión de que los sonidos de la orquesta militar iban a destrozar las fachadas de nuestra calle, decoradas como pasteles de crema. Con las primeras notas se abrieron muchas ventanas, en las que aparecieron caras de personas que esperaban un terremoto o una calamidad por el estilo.

«Para mí, un día de fiesta es el sonido de una banda de música», decía siempre mamá mientras nos abríamos paso entre los cordones policiales del centro para llegar a nuestro lugar en el podio, ya fuera el Primero de Mayo o el 7 de noviembre.

Esos desfiles eran las únicas concentraciones de masas que no me hacían entrar en pánico. Por todas partes había globos y banderas, pero sobre todo reinaba un orden inquebrantable establecido de antemano. Nada que ver con la multitud de hoy. Si se hubiera desatado un diluvio como el de la Biblia, se habría visto muy parecido. Y tampoco habría ningún lugar adonde huir. Estaba de pie junto a una ventana cerrada del primer piso y la marea humana no dejaba de crecer mientras sobre ella flotaba el ataúd abierto con mamá en su interior.

Enfrente de nuestra casa había una comisaría y varios policías se agolpaban en el balcón semicircular, justo a la altura de mi ventana. «¿Qué pasará si uno de ellos levanta ahora su arma y apunta contra mí?», pensé. ¡Fantasías absurdas! Habría muerto sin dudarlo en lugar de mamá, pero sabía muy bien que en el juicio final se darían docenas como yo por una como ella. Ella era grandiosa. Quería morir. Y lo había conseguido.

Entre suspiros y murmullos, avanzaba un río de cabezas desconocidas. Cada uno de sus movimientos me producía un espasmo de terror. Tenía poder suficiente para engullirme. Entre la multitud había mujeres de mediana edad con aspecto de embarazadas, envueltas en chales grises y abrigos largos hasta la pantorrilla. Sabía lo que escondían debajo de la ropa. También había hombres, vestidos de negro, con lo que parecían cañas de pescar asomando por debajo de sus axilas.

Intuí lo que significaba aquello. Al mismo tiempo, no tenía ni idea de quiénes eran o de qué podían tener en común con mamá. Con su voz de mezzosoprano y su colección de discos de todas las óperas del mundo, con su piel clara y su costumbre de leer mientras comía, con sus largas uñas en forma de almendra. No los había invitado a casa, no iban a sus conciertos. No la saludaban por la calle ni tomaban café juntos en el Ormiańska. No habían trabajado con ella ni le habían llevado textos mecanografiados que debían leerse por la noche. Pero ahora estaban allí y se lamentaban como si mamá fuera una rama cortada de su árbol. Ayer una desconocida llamó a nuestro timbre para preguntarnos a qué hora iba a empezar la despedida de «nuestra Marianna».

¿Fueron ellos los culpables de su muerte?

Me negué en redondo a asistir al funeral. Me quedé junto a la ventana hasta que el último joven con su caña de pescar desapareció tras la esquina de un edificio, con aspecto de transatlántico, hasta que el sonido de las trompetas se desvaneció en el aire. Varios paquetes de cigarrillos Orbita pisoteados quedaron en la acera. Entonces me aparté de la ventana y me fui a tocar el piano; nadie (excepto yo) llamaría a esa cacofonía tocar. Bueno, yo y la bisabuela. Pasamos ese día en su habitación sin decirnos ni una palabra. Entre ejercicio y ejercicio, la oía rascar la pared con sus dedos amarillos y manicurados y también oía el árbol que crecía en nuestro patio.

Aba —la abuela— volvió a casa por la noche con unos socavones de color cereza oscuro alrededor de los ojos. En ellos descubrí su decisión recién tomada de dedicarme toda su vida a partir de ese instante. Esto es lo que me contó del funeral:

—La ola de gente que portaba el ataúd con tu madre al cementerio de Lychakiv crecía a ojos vistas. Cuando la cabeza ya había llegado a la mitad de la calle Pekarska y los estudiantes de Medicina de todos los edificios universitarios, a su vez, empezaron a unirse a la procesión, la cola aún serpenteaba en algún lugar de las inmediaciones de la plaza Halytska. Se rumoreó que los cordones policiales ya esperaban cerca del cementerio, pero ¿podría haber tenido eso algún

efecto en el movimiento del tsunami? Más o menos a la altura del Museo de Anatomía, donde, desde hacía muchos años, las manos del verdugo de la ciudad, impasibles al cambio de régimen, dormitaban en un frasco de formol, la orquesta dejó de tocar a Chopin. Tampoco se oyeron las habituales marchas soviéticas. Resultó que los trompetistas tocaron la canción prohibida *Chervona kalyna*[1].

> *Levantaremos el sauquillo rojo con todo nuestro júbilo,*
> *¡regocíjate, nuestra gloriosa Ucrania!*

Poco a poco, un dramático y furioso canto *in crescendo* se sumó a los metales. Las mujeres sacaron iconos de debajo de sus abrigos y asomaron las efigies de san Jorge y de san Nicolás, así como del arcángel san Miguel, descoloridos por los años pasados en sótanos y desvanes.

—¡Deshonra para los verdugos de Marianna! —gritó alguien.

—¡Deshonra! —gritaron miles de gargantas.

—¿Vengaremos a Marianna?

—¡Juramos que así se hará!

Como para confirmar estas palabras, los hombres de las cañas empezaron a agitarlas con cautela y al mismo tiempo desplegaron las prohibidas banderas azules y amarillas sujetas a ellas. El cortejo fúnebre siguió avanzando y se acercó inexorable a los tres arcos de la entrada principal del cementerio. En la calle Mechnykova, perpendicular a la calle Pekarska, se había detenido ya el tráfico de tranvías y un cordón de agentes de policía, protegidos por varios vehículos blindados, estaba desplegado por todo el perímetro del muro del cementerio. A pesar de ello, la marcha siguió adelante.

En el instante en el que quienes llevaban el ataúd llegaron a la altura de las vías, el director de la orquesta, un hombre bajo y calvo, levantó enérgicamente sus grandes palmas. Se interpretó como una señal que todos entendieron y la gente se puso a cantar otro himno prohibido: *Sche ne vmerla Ukrayina,* «Ucrania aún no ha muerto».

Era como si los policías hubieran estado esperando también ese momento. De pronto empezaron a arrancar los iconos de

las manos de las mujeres y las banderas que sostenían los hombres. Esto, a su vez, puso en marcha a los hombres con chaquetas de cuero negro, con grandes pastores alemanes sujetos con correa. Se abalanzaron sobre la gente, que corrió hacia los callejones laterales mientras escondían las coloridas telas debajo del abrigo y tiraban las cañas en plena carrera. A los detenidos los metieron a empujones en furgones.

Aba recordó a un chico con una bandera que, buscando un lugar donde esconderse, se lanzó hacia una cabina telefónica, pero, como ya estaba ocupada, tuvo que subirse al techo. Se sintió mucho más seguro allí, así que puso el asta de la bandera entre sus piernas y empezó a sacarles el dedo con júbilo a los oficiales. Un hombre de negro dio una breve orden y en pocos segundos el perro ya estaba encaramado encima de la cabina. Aba no tuvo tiempo de ver cómo terminaba la escena, pues el cortejo fúnebre ya entraba en el recinto del cementerio y continuaba cuesta arriba, pasando por delante de las tumbas de la escritora polaca Maria Konopnicka, del poeta ucraniano Iván Frankó y de la cantante de ópera ucraniana Solomiya Krushelnytska. Viacheslav Maksímovich Chornovil, que ese día tenía unas sombras oscuras debajo de los ojos, recorrió todo el camino junto al féretro. Por primera vez en su vida parecía no darse cuenta de que estaban hostigando a su gente con perros, que los golpeaban con palos y se los llevaban a comisaría. Andaba con la mirada clavada al frente. Debía de pensar que era él quien tenía que haber muerto, no Marianna.

Muy pocos llegaron hasta la tumba, eran sobre todo los que conocían a mamá en persona. Desde allí, desde la colina, se podía ver el ruinoso cementerio de los Aguiluchos, la terminal de la línea siete y las apartadas villas de Pohulyanka.

—El pueblo ucraniano puede estar orgulloso de su hija Marianna, que dio su vida por él —dijo Chornovil con solemnidad, y a nadie se le ocurrió mencionar que mamá no pertenecía *de facto* a ese pueblo—. Los que la mataron creen que han silenciado nuestra canción, pero incluso hoy han podido comprobar que cada vez suena con más fuerza.

En ese mismo instante, como burlándose de sus palabras, las sirenas de la policía se pusieron a aullar desde abajo: seguían

llevándose a manifestantes a comisaría. Una cigüeña blanca revoloteaba en el cielo claro de julio. Ese día mamá ya no estaba envuelta en la bandera: una tela manchada de sangre cubría su cuerpo como una sábana. Los sepultureros cerraron el ataúd y empezaron a bajarlo con cuidado a la tumba. Entonces Aba lloró. Mucho más tarde descubrí lo que pensó en ese momento. Al igual que una embarazada se vuelve más ligera cuando por fin da a luz, también la madre que entrega un hijo a la tierra empieza a pesar menos. Tal vez por eso Aba consiguió abrirse paso por entre los sinuosos caminos del cementerio, sin la ayuda de nadie, hasta llegar donde había unas grandes cisternas naranjas con el rótulo «Agua», que vertían generosas y abundantes fuentes sobre el antiguo campo de batalla. Sus piernas, torcidas por la artritis en un feo arco, se movían con más vigor que de costumbre. Se apresuraban a venir hacia mí.

Ese día ocurrió algo más: tuve mi primera menstruación. Pero, en contra de lo esperado, en lugar de un majestuoso chorro púrpura y carmín, dos escasas rayas de color marrón sucio me mancharon la ropa interior. El mundo parecía un lugar diferente al que había imaginado.

---

1. *El sauquillo rojo:* canción con una historia centenaria de lucha por la independencia de Ucrania. Himno de los fusileros de Sich, que combatieron por el Estado ucraniano entre 1917 y 1919. *(N. de la T.)*

Cajas

Mucho más tarde descubrí que no fui la única desertora del funeral de mi madre. Y no me refiero a sus supuestos amigos del teatro o a alguien que no se presentara porque temiera por su pellejo. Me refiero a un hombre que, como yo, habría estado dispuesto a compartir hasta la última gota de su sangre con mamá. Me refiero a Mikołaj.

Junto con el cortejo fúnebre, llegó hasta la mitad de Pekarska, luego giró sigilosamente hacia una calle lateral que cruzaba primero la calle Maiakovski y luego la Zielona. Vivía en la Lev Tolstói. A lo largo de esa calle se erguían viejos robles que, como columnas, sostenían la bóveda de un templo invisible; le pareció que ese lugar era mucho más apropiado para llorar a Marianna que entre la multitud apretujada que se dirigía al cementerio.

Durante muchos años había pensado en la villa abandonada de la calle Tolstói como un cuerpo humano: las dos habitaciones de la planta baja, que le eran familiares desde su nacimiento, eran el vientre; el taller del sótano, que había heredado de su padre hacía unos años, era la zona de debajo de la cintura; y el ático, que en su día determinó el rumbo de sus intereses profesionales, era la cabeza. (También estaba el primer piso, donde se encontraba el apartamento de los vecinos; pero, cuando pensaba en la casa, ignoraba esa parte). De repente se dio cuenta de que nunca, jamás de los jamases, le contaría ya a Marianna la historia que había ocurrido en el ático, y en ese momento sintió como si la bala del francotirador le destrozara a él la cabeza en lugar del pecho a Marianna.

Abrió la puerta con su llave, bajó las escaleras, empujó una puerta, luego otra, una tercera, encendió la luz y se tumbó en el sofá cubierto con una vieja manta. La superficie intacta de la cartulina en el caballete, el lago oscuro del vinilo en el

tocadiscos, el mar aun más oscuro del piano de cola maltrecho, incluso las cubiertas de los libros abiertos con el lomo hacia arriba como alas de gaviota: todo estaba como siempre.

«La muerte es un sótano lleno de bocetos —pensó—. Cuando muera, solo encontrarán bocetos en mi taller, como si nunca hubiese terminado nada. Y el viejo piano, que toco bastante mal.»

Se oyeron unos golpes fuertes en el techo: alguien había golpeado el suelo con algo pesado en el piso de arriba.

—¡Ahora no! —gritó con rabia.

Aun así, los golpes no cesaron, un golpeteo regular, invasivo. Contó hasta diez y luego gritó:

—¡Déjame en paz, mamá! ¡No tengo hambre!

En una de las paredes del taller colgaba la fotografía de una joven cuyos ojos parecían brillar con la certeza de que pronto ascendería al cielo. No era Marianna.

Impulsado por un pensamiento repentino, Mikołaj se levantó, se acercó a la pared, descolgó la fotografía y la colocó sobre la mesa. Luego apoyó una escalera en la estantería y se puso a bajar del estante más alto varias cajas cubiertas con tela oscura. Dentro había fotografías clasificadas y archivadas. Las sacó de las cajas y las arrojó sobre la mesa, que pronto se llenó de fragmentos de rostros de frente y de perfil, así como de detalles de manos y pies. Durante un rato barajó las fotos como si fueran naipes. Enseguida quedaron cubiertas por la telaraña de ceniza de sus cigarrillos.

En el centro apareció una fotografía de la mujer que parecía preparada para la ascensión. Tenía los mismos ojos oscuros y brillantes que él, un poco separados, y el mismo pelo fuerte y grueso. Por entonces, en 1988, Mikołaj se lo cortaba a cepillo, pero, a medida que se derrumbaba el imperio, su pelo se iba haciendo más largo, de manera que cada vez recordaba más la melena larga y lisa de su madre, a quien le gustaba peinárselo en una especie de montículo sedoso.

A su alrededor, como si fueran rayos, dispuso siete retratos suyos de la época escolar. En todos, incluso en las fotos oficiales del álbum de la clase, se le veían los ojos un poco saltones, torcía la cara en una mueca o bien sacaba la lengua.

Al observarlas, no pudo evitar tener la impresión de que parecía retrasado: en la Unión Soviética a esos niños los encerraban, mientras que a los que tenían una discapacidad leve los enviaban a escuelas comunes y fingían que no eran diferentes de los demás alumnos.

Rodeó los retratos de su infancia con imágenes más recientes de su madre, que con el tiempo había renunciado a sus deberes maritales y permitido que se le redondeara la figura. Mikołaj sentía debilidad por un retrato en especial: el de ella con los brazos extendidos, en la cima de una montaña, como si gritara al mundo entero que había recibido esa montaña como regalo y con ese gesto ratificara para siempre la escritura de propiedad. Hasta cierto punto era verdad: ella había nacido en los Cárpatos y, justo en esa misma montaña, pero unos cientos de metros más abajo, se encontraba la casa de su familia. La casa que dejó para irse a estudiar a Leópolis, donde conoció al padre de Mikołaj. Este último colocó un retrato de su progenitor a los pies de su madre, lo que reflejó una situación diametralmente opuesta a la real.

Rara era la vez en que los largos brazos y piernas de su padre cabían en el encuadre: Mikołaj había heredado su estatura. Parecía como si la mirada de su padre, sombría incluso en su juventud, tuviera el poder de derribar las paredes y el techo del taller; Mikołaj rodeó su retrato con otras fotografías suyas de niño en las que aparecía haciendo el payaso. En aquella época las muecas eran una de las pocas formas de protesta a su alcance contra las despiadadas reglas de vida que se le imponían: nada de salir con los amigos; solo estudiar y tocar el piano. Entonces, cuando su padre no estaba en casa, era su temerosa madre la que se encargaba de que se cumplieran las normas. Años más tarde, Mikołaj se dio cuenta de que su madre también vivía en una especie de prisión: se asfixiaba entre los edificios imponentes de una ciudad extraña para ella y en las interminables colas de las tiendas. Solo llevaban una vida diferente en vacaciones, cuando los dos viajaban en tren a los Cárpatos, al pueblo natal de la madre, y con las mochilas a la espalda subían esa montaña que Mikołaj también consideraba suya, aunque ninguna prueba gráfica lo

corroborara.

Esta vez los golpes sonaron más cerca: su madre estaba abajo, detrás de la puerta. Con un suspiro, apagó el cigarrillo y fue a abrir. Esperaba allí, sosteniendo una bandeja con un tazón de sopa y unas rebanadas gruesas de pan. Su vestido descolorido de flores y sus zapatillas de fieltro contrastaban con su pulcro y alto peinado; en la vejez, se le había redondeado aún más, y en sus ojos apareció un nuevo brillo, una insaciable sed de poseer: la montaña ya no le bastaba.

—En Lychakiv dispersaron a la gente con perros y los metieron en furgones —dijo su madre con voz quejumbrosa.

Sin decir una palabra, Mikołaj cogió la bandeja y le cerró la puerta en la cara.

El *collage* se fue transformando poco a poco en un montón informe; estaba claro que se había cansado de organizar las fotos, así que empezó a sacarlas de las cajas al azar: escenografías, ensayos con actores, paisajes de Crimea y monumentos de Leópolis. En un momento dado dio con una serie de fotos de un joven delgado con vaqueros de campana; eran de la época en que había dejado de pedirle permiso a su padre para salir y se pasaba todo el día en el taller de arte de Valeri Bortiakov, en el Teatro Popular Polaco, entretenido en hacer bocetos, tallar vidrio para vidrieras y ayudar a crear escenografías.

Desde el techo, las cuencas vacías de unos ojos miraban en silencio el caos de la mesa; allí estaba colgada la máscara mortuoria de yeso de su padre, a la que había bautizado con el nombre de «el ojo que todo lo ve».

Se acordó de esa mañana: un tipo estaba fotografiando a Marianna tumbada en el ataúd abierto. Era irreal: frente a sus ojos, la mujer a la que amaba se había convertido en su propia estatua, una escultura rígida, desprovista de intimidad y además envuelta con la bandera nacional. Al verla así, sintió dos impulsos contradictorios: acostarse a su lado y escapar de allí. No dudaba que ella mereciera un monumento, pero hubiera preferido otro, invisible a los ojos, formado solo por sonidos; no tanto un monumento, de hecho, como un lugar donde el aire vibrase con las arias que ella cantaba y que, en

cuanto se acabaran, volvieran a empezar sin cesar, sin intermedios ni aplausos. La idea de esa tumba invisible lo reconfortó un poco, pero de pronto se le ocurrió que, si Marianna tenía que irse, al menos podía dejar su voz. Si la voz pudiera salvaguardarse de alguna forma milagrosa, él se convertiría en su custodio, la conservaría allí mismo, en su taller, porque, por encima de todo, cuando había acariciado a Marianna, era su voz en especial lo que había tratado de tocar y poseer. La imaginación lo llevó aún más lejos, pues se imaginó corriendo a su casa y lanzándose sobre el ataúd… para llevarse ese tesoro único, escondiéndolo debajo de su abrigo y corriendo con él de vuelta a casa, esquivando a policías y patriotas por el camino, antes de encerrarse en el sótano con su voz para siempre. Resulta que, al final, era un pervertido que solo necesitaba un fragmento de la mujer amada.

Una ráfaga de viento se coló por la ventana y algunas fotos cayeron al suelo. Allí estaban, amontonadas como si fueran chatarra. Eso evocó la imagen del cuerpo en el ataúd abierto y la del fotógrafo afanándose en captar lo que ya estaba inmóvil y rígido. También recordó cómo se le endurecían los pezones a Marianna bajo sus dedos y pensó en la muerte como si fuera una amante cruel y desvergonzada.

Fumó otro cigarrillo hasta el filtro, que se sumó al lecho de colillas en el cenicero. Inmediatamente después, Mikołaj recogió todas las fotos de la mesa y del suelo, las metió en una bolsa de tela y volvió a poner las cajas vacías en el estante. Hizo un cálculo a ojo: diez cajas, cada una con un centenar de fotos. Diez cajas, mil fotos, toda su vida hasta la fecha. Una más, la undécima, permanecía intacta: en lugar de fotos, contenía placas fotográficas antiguas; las había encontrado hacía mucho tiempo en el ático, formaban parte de su leyenda, la que no había tenido tiempo de contarle a Marianna. Finalmente, cogió la bolsa, la sacó al patio, tiró el contenido en un cubo oxidado y le prendió fuego.

La pequeña hoguera causó sensación entre las vecinas del primer piso, a las que Mikołaj ignoró. Ellas, a su vez, colgaron sus pechos en la desgastada barandilla del balcón y lo

observaron mientras lo maldecían en silencio. Él les dio la espalda, de cara al cubo del que se elevaban chorros de humo oscuro. Pensó en que nunca había fotografiado a Marianna.

Puertas

Todas las noches la bisabuela cerraba la puerta principal según un elaborado ritual de invención propia, convencida de que así podía protegernos de invitados inoportunos, como los que llamaron a su casa en 1937 y se llevaron a su marido para siempre. Ella nunca mencionaba esa historia, pero Aba la recordaba a menudo:

—Una noche sonó el timbre, papá dijo que se trataba de un error, que volvería pronto, me dio un beso de despedida y se fue con unos desconocidos. Nunca volví a verlo.

Eso ocurrió en Leningrado, donde Aba y la bisabuela vivían antes de la guerra. No es de extrañar que desde pequeña tuviera miedo de oír el timbre inesperado de la puerta.

Por eso, la bisabuela siempre comprobaba antes que nada que la primera puerta, pintada de color oscuro, estuviera cerrada; luego daba dos vueltas a la llave en la cerradura, pasaba la cadena maciza de metal y después la reforzaba con otra puerta, blanca, que también cerraba con llave. Era imposible abrir desde fuera, para desagrado de mamá, a quien le gustaba volver tarde y cada vez se veía obligada a despertar a toda la casa o bien a hacer que la bisabuela se quedara durante horas de guardia esperando a que mamá regresara.

Cada una de nosotras tenía su propio juego de llaves: la larga y delgada cantaba en falsete y abría la puerta oscura; la corta, con su atípica punta redondeada, sonaba en tono grave y servía para la puerta de abajo; la plana y moderna encajaba en el buzón y claramente no podía emitir ningún sonido. Solo la bisabuela tenía la llave de la puerta blanca y nadie sabía dónde la guardaba durante el día.

Estas puertas eran un terrible tormento para mí. Aun cerradas con dos vueltas de llave, cadena y cerrojo, acrecentaban en mí la sensación de inseguridad, como si estuviera en una fortaleza asediada, y tenía la impresión de

que si solo cerraban una única cerradura, quedábamos expuestas a un gran peligro, a la invasión de extraños con el poder de destruir nuestro mundo.

La puerta oscura exterior era lo suficientemente ligera como para poder cerrarla de un portazo y así hacer aflorar mis emociones cotidianas: como mi enfado con Aba cuando me aconsejaba que me abrigara más antes de salir de casa. En esa puerta había una mirilla, un orificio redondo cerrado por un cristal que estaba oculto desde el interior por un trozo de cartón viejo. En esto la bisabuela también percibía un peligro: en primer lugar, al levantar la cortinilla de cartón, el forastero al otro lado podía darse cuenta de que alguien lo observaba; es decir, podía saber que había alguien en casa; y, en segundo lugar, según creía la bisabuela, nada le impedía atacar a través de la mirilla.

—Primero hay que abrir solo una pequeña rendija para asegurarse de si es un extraño o un amigo —me enseñaba—. ¡Un extraño podría atravesar el cristal con una varilla metálica y dejarte sin un ojo!

El extraño en cuestión siempre era un hombre.

Si alguien llamaba a nuestro timbre, había que salir corriendo al balcón para ver quién estaba en la entrada y, si era un desconocido, debíamos gritar:

—¿Por quién pregunta?

Era una estrategia intimidatoria, ya que la persona que esperaba abajo no reconocía enseguida de dónde venía la voz y, como un ciego, desorientado, miraba a su alrededor y se ponía a buscar a quien le hablaba. Estar un piso más arriba daba la ventaja de poder repeler el ataque:

—¡Aquí no vive nadie llamado así!

Los errores se sucedían con frecuencia y llenaban de inquietud a Aba y la bisabuela. Supongamos que un hombre venía a buscar a un tal Pável Ivánovich Petrov. Nada fuera de lo común, pero al instante se percibía la tensión en sus voces. Especulaban durante mucho rato sobre quién podía ser el visitante y qué significaba todo eso: nada bueno, por supuesto.

Vivíamos en el centro de la ciudad y más de una vez por la noche alguien había venido a llamar a nuestra puerta. El

timbre imprevisto cuando estábamos todas ya en la cama era como las trompetas de los ángeles anunciando la llegada del juicio final, como un cuchillo cortando el suave pasado doméstico del violento presente: podían ser «ellos», y «ellos» tenían un poder absoluto sobre la gente y podían hacer cualquier cosa: secuestrar, matar, torturar. Los sirvientes de la oscuridad tenían que ir sin falta vestidos de negro.

Por la noche la puerta blanca parecía triste, llena de melancolía. Giraba pesadamente sobre sus bisagras y emitía un ruido sordo; no tenía mirilla y costaba introducir la llave larga en la cerradura. Si me despertaba en mitad de la noche y veía que la puerta blanca estaba cerrada, me invadía la desesperación y la claustrofobia. Su superficie monocroma me recordaba la palabra rusa *glujomán,* para referirse a un lugar remoto, despoblado. La puerta blanca contenía la lejana inmensidad de Siberia, los largos viajes por etapas de los convictos, la infinita llanura nevada, el tintineo de los grilletes.

Como ya he mencionado, había una cadena entre la puerta oscura y la clara. De día servía para ventilar nuestra miserable cocina sin ventanas. Gracias a la cadena se creaba un hueco que dejaba pasar los ruidos y el aire, pero no a las personas: una ilustración perfecta de un estado de suspensión, una inquietante sensación de estar dentro y fuera al mismo tiempo. Buscaba la más mínima oportunidad para acabar con esa incertidumbre, así que abría las puertas de par en par, supuestamente para ventilar la cocina, o las cerraba con el pretexto de que hacía frío. ¡Qué placer, abrir o cerrar las puertas! ¡Qué dulce ilusión de poder! Cuando las abría, la vidriera de la escalera se reflejaba en el espejo del pasillo, la cocina empezaba a oler ya no a zanahorias hervidas, sino a madera; cuando las cerraba, se restablecía por un momento la creencia infantil de que en casa estábamos a salvo.

La bisabuela no confiaba en la cadena. Cuando estaba echada entre la puerta y el mundo exterior, me decía que aguzara el oído por si alguien se acercaba para cortarla con unas tenazas.

Y, en efecto, se oían a veces pasos rápidos en las escaleras y alguien aparecía al otro lado: dos dedos ágiles se deslizaban

por el hueco y se movían en todas direcciones en busca del extremo bloqueado de la cadena; uno de ellos se esforzaba en agarrarlo, mientras yo, en lugar de alargar la mano y ayudar desde dentro, me limitaba a mirar; y, luego, cuando seguían los tirones y los dedos forcejeaban con el metal, yo me ponía a bailar de la emoción sin moverme del sitio hasta que llegaba el momento decisivo: los dedos soltaban el cierre metálico, la cadena vencida golpeaba contra la madera, la puerta se abría de par en par y una diosa irrumpía: era mamá, airada, ruidosa, enérgica.

Los rituales relacionados con el cierre de puertas se repitieron sin cambios a lo largo de los años, pero, cuanto más se resquebrajaba la Unión Soviética, más empeño ponía en ellos la bisabuela. Nunca lo dijo en voz alta, pero sospecho que no era partidaria del régimen soviético, aunque tampoco apoyaba a los que deseaban su caída. Lo más probable es que fuera una de esas personas que solo se dieron cuenta de las peculiaridades del sistema en el que vivían cuando este empezó a asomar por las ventanas de sus casas. El que apareció en 1937 la marcó de por vida. Así que, cuanto más a menudo salía la gente a las calles de Leópolis y cuanto más alto se hablaba de cosas que hasta entonces se habían silenciado, con más diligencia comprobaba por la noche que las puertas estuvieran bien cerradas.

Cuando, más o menos un año antes de morir, mamá cambió de improviso del ruso al ucraniano, el ritual de cerrar las puertas se enriqueció con un nuevo elemento. Después de terminar la habitual ceremonia de todos los días, la bisabuela apuntalaba la puerta con un cesto de mimbre lleno de ropa sucia y desde ese momento siguió haciéndolo ya siempre. Fue entonces cuando empezó a hablar cada vez más de los *banderitas,* los patriotas ucranianos. Cuando nos quedábamos a solas, me contaba que *ellos* bombardearon el vagón en el que viajó a Leópolis en 1944 y que les tenía mucho miedo, casi tanto como a los alemanes. Ahora sentía lo mismo que entonces: de nuevo se subían a su vagón y, cuando miraba por la ventanilla, veía que al frente de esa gente iba su propia nieta: mi madre. La misma con la que llevaba tantos años sin

hablar. La que contra su voluntad se hizo cantante y la que, contra sus ideas sobre la vida, luchaba por una Ucrania independiente. Así que el cesto de la ropa sucia se convirtió en una barrera más de la barricada que llevaban años construyendo entre ellas.

Fue en esa época cuando la bisabuela se acostumbró a intimidarme con el tema de la lengua. Me esperaba en el pasillo y con su cuerpo me bloqueaba el paso.

—¡No hables ruso por ahí! —me advertía—. ¡Antes de que te des cuenta, te arrastrarán a un patio vacío y te darán una paliza!

Otra vez me preguntó si me sabía de memoria «Testamento», de Tarás Shevchenko, un poema patriótico ucraniano.

—Agarran a mujeres y niños, los arrastran a un escondrijo y les ordenan que lo reciten de memoria. Si te equivocas, te violarán y te golpearán.

Pero yo no tenía miedo: no podía imaginar que fueran a darme una lección de literatura ucraniana en la calle; creía que la poesía no era compatible con la violencia.

Al anochecer de aquel día, cuando llevaron a casa el cadáver de mamá envuelto en una bandera azul y amarilla, la bisabuela abandonó el ritual de asegurar la puerta principal; ni siquiera la cerró bien. Era una señal de capitulación: la bisabuela se había esforzado mucho, pero «ellos» habían llegado una vez más para destruir todo su mundo. Sobre la mesa de la sala principal colocaron a mamá, con velas largas encendidas a los lados. La cera derretida dejó rastros claros sobre el parqué de roble. Mucho más tarde, descubrí que Aba había tenido que sobornar a varios funcionarios para que no le hicieran la autopsia ni guardasen el cadáver en la morgue; lo consiguió gracias a sus contactos en el mundo de la medicina, ya que en otro tiempo había sido una doctora de éxito.

Aun así, la no injerencia del KGB sorprendía a Aba. Se podría pensar que *ellos* se iban a encargar ahora de silenciar, tergiversar o tapar la muerte que ellos mismos habían causado. Aquel disparo era absurdo, se mirara por donde se mirara: no solo había errado en su objetivo, sino que además en Leópolis

sonó como una campana que ordenaba a los pocos aún indecisos a salir a la calle. Mamá no habría podido desear nada mejor (Aba, la bisabuela o yo éramos otra historia). En los primeros días después del disparo todo el mundo hablaba de las circunstancias que habían rodeado esa muerte: una manifestación clandestina en la zona de Klumba en la que se exigieron elecciones libres, un francotirador apostado en el tejado del edificio que había albergado el famoso Café Wiener antes de la guerra. Por lo visto, el francotirador había recibido órdenes de disparar a Chornovil, pero Marianna se movió con tanto ímpetu en la parte trasera del camión que hacía las veces de tribuna que protegió con su cuerpo al famoso disidente.

Se usó una pistola de aire comprimido, por lo que nadie oyó el disparo, pero, cuando vieron la mancha de sangre que se extendía por el vestido beis de la cantante, algunas personas echaron a correr. Chornovil continuó con su mitin. Estaba acostumbrado a la muerte, no en el sentido de una indiferencia interior, sino en el de un coraje indestructible, entrenado durante años en los campos; sus antiguos compañeros incluso lo calificaban de patológico. Se encontró a un médico entre la multitud, Chornovil entregó a Marianna a su cuidado y siguió con su discurso. Intentaron protegerlo de las balas, incluso bajarlo del camión a la fuerza. Sin embargo, no hubo más disparos y hasta hoy nadie sabe por qué. Sea como sea, ese día mamá le regaló a Chornovil una década más de vida. Supongo que debió de recordarlo en 1999, cuando un camión chocó con su coche en la carretera de Boryspil.

Otros también se acordaron, pero no por mucho tiempo. En los primeros días la gente hablaba y gritaba, llamaba y venía a vernos: me irritaba tanto que me entumecía la rabia mezclada con la impotencia e, incluso años después, cuando veía cera líquida que se caía de la vela al suelo, ese estado de ánimo volvía a apoderarse de mí. En contra de la tradición, según la cual el entierro debe celebrarse tres días después de la muerte, el funeral se programó para el día siguiente y, extrañamente, nadie puso impedimentos cuando Aba trató de conseguir un nicho en el cementerio de Lychakiv, la necrópolis más importante de Leópolis. Si bien es cierto que en la década de

1980 aún no estaba prohibido enterrar allí a los muertos, incluso entonces se requerían muchos permisos especiales que Aba consiguió con la mayor rapidez. Sí, la manifestación en la que se convirtió el funeral se dispersó brutalmente; sí, alguien de «ellos» fue a ver al director de la Ópera y lo atosigó con preguntas sobre Marianna; sí, en los meses siguientes alguien se encargó de quitar la gruesa capa de flores artificiales que volvía a cubrir la tumba todos los días. Esto último incluso me alegraba. El manto de narcisos amarillos de plástico ofendía mi criterio estético, además de que parecía separarme aún más de mamá. Luego también dejaron de hacerlo y, desde entonces, las flores se quedaron allí, sobre la losa. El otoño la cubrió con un manto de hojas.

Desde el primer día, Aba esperó que la llamaran para *ir a ese lugar*. Más tarde me confesaría que había imaginado esa visita decenas de miles de veces. Esa idea le resultaba familiar desde niña: cuando tenía siete años y vivía en Leningrado, mataron a su padre, y, ahora que tenía casi sesenta años y vivía en Leópolis, habían asesinado a su hija. Entre el primer acontecimiento y el otro, no dejó de odiarlos, ni tampoco de demostrarlo de manera más o menos explícita. Cuando en 1944 Aba —todavía una adolescente— llegó a Leópolis, decidió convertirse en una organización de resistencia unipersonal: confeccionaba y distribuía a la gente, a través de los buzones, folletos en los que se decía que Stalin era un criminal. Sigo sin entender por qué no hubo represalias contra ella; no tengo otra explicación que la protección especial de un ángel de la guarda. Visitó el edificio gris de la plaza Dzerzhinski sola una vez, poco después de la muerte de Stalin: los acribilló a preguntas sobre el destino que había corrido su padre. Mientras iba allí, arrancó el odio de su cara, la cubrió con una capa de imprimación, como si fuera un lienzo, y pintó en ella una expresión completamente diferente, todo para arrancarles alguna información a *ellos*. La recibió un comandante con una sonrisa cínica. Tenía en las manos el expediente de su padre y, a pesar de todos sus ruegos, no se lo entregó. Declaró con aire misterioso que su padre había muerto «en algún lugar del norte». También añadió que ahora

ya no tenía que cargar con el estigma de ser la hija de un «enemigo del pueblo»: habían rehabilitado a las víctimas del terror estalinista. No sabía la fecha ni el lugar de la muerte de su padre: *ellos* se esforzaban por que la gente viviera durante años a la sombra de sus seres queridos sin poder hacer el duelo.

En el caso de mamá fue muy diferente: su muerte fue absorbida por el vacío, cayó en una brecha entre dos épocas. Ahora a Aba ya no la convocaron a ninguna parte: de repente *ellos* tenían cosas mejores que hacer.

Después de ese disparo, el tiempo empezó a fluir de otra manera. Es difícil de describir, porque tanto galopaba como un loco como se detenía en seco o desaparecía por completo. En el Rijksmuseum de Ámsterdam hay un extraño reloj: detrás del cristal esmerilado de su esfera aparece la figura de un hombre que borra el minutero, lo dibuja en una posición nueva, se va, vuelve un minuto después y repite todo el ritual sesenta veces por hora. Me pregunto qué aspecto tendría este reloj de Ámsterdam en los días que describo y me parece que el hombre dibujaría los nuevos minuteros sin borrar los anteriores y, cuando la esfera se convirtiera en un sol con seis docenas de rayos, se iría y se quedaría dormido en algún rincón. El presente se volvió suave y cálido: los pilares de piedra sobre los que se apoyaba se derritieron como la cera. El pasado se estaba reescribiendo: cada día se revelaba alguna nueva mentira que había sustentado el viejo sistema. El futuro, fresco y diferente, parecía estar al alcance de la mano, como si navegáramos en un barco desde cuya cubierta pudiéramos ver una hermosa isla e incluso distinguir los colores de las flores que allí crecían. En esa nueva tierra, todo iría bien. Porque ¿cómo podría ser de otra manera cuando se vence el mal, se rompen los grilletes y se abren de par en par las puertas de la prisión? Así que flotamos a la deriva en esa masa de agua entre las rocas de dos épocas e incluso yo pude sucumbir a la euforia y al éxtasis, porque estaba mirando ese futuro nuevo como lo habría hecho mi madre, cuyas esperanzas se estaban haciendo realidad ante nuestros ojos. El «carnaval» ocurría a la vez tanto detrás de las ventanas como en la pantalla del televisor: los

últimos tanques soviéticos abandonaron Afganistán. El Muro de Berlín cayó y Mstislav Rostropóvich tocó el violonchelo para la ocasión. Los polacos participaron en las primeras elecciones libres. Los rumanos asesinaron al dictador Ceaușescu. Lituania declaró su independencia. Las ciudades rusas empezaron a librarse de sus nombres soviéticos.

A mediados de julio de 1988, dispararon a Viacheslav Chornovil por ser un enemigo del régimen; a principios de septiembre creó el Movimiento Popular de Ucrania, que se convirtió en el primer partido alternativo al único y principal, y en abril de 1990 el candidato del Movimiento Popular fue elegido jefe del Consejo Regional de Leópolis. Se convirtió en el amo y señor de esa casa donde previamente lo habían convocado para mantener conversaciones desagradables; allí fue recibido hospitalariamente con pan y sal, como manda la costumbre, por maestras de escuela y un rebaño de pequeños alumnos con camisas bordadas, la prenda de vestir tradicional de Ucrania.

Ellos, por supuesto, también percibieron el cambio del ritmo de los tiempos: la orden de disparar a Chornovil la dio, al parecer, algún ferviente comunista cegado por las ilusiones de su propio poder. Los demás estaban ocupados con asuntos más urgentes: quemando archivos, preparando la huida o cambiando de colores, elaborando planes de privatización de empresas. Nadie se interpuso en el camino de los equipos de televisión que llevaron la noticia de la muerte de la cantante de Leópolis primero a Moscú y luego a todos los rincones del imperio. Se convirtió en la noticia principal solo por un día. Después la Ópera consideró que Marianna nunca había existido: al funeral no asistieron muchos de sus colegas, al instante se les asignaron sus papeles a otros y se borró su nombre de los carteles: ¿a quién le importaba que multitudes en las calles corearan su nombre?

Empecé a rebelarme. Escribí cartas a las publicaciones y al director de la Ópera. Conseguí que en la escuela se escucharan cintas en las que sobrevivía la voz de mamá. Fui grosera con la profesora de historia de la escuela, una comunista que se permitió hacer comentarios sarcásticos sobre su muerte. Me

vestía con su ropa y ordenaba sus papeles; monté una especie de museo en su habitación con todos sus objetos favoritos colocados en su sitio. Esta lucha por inmortalizar su vida se adueñó de mí y me ayudó a sobrellevar los primeros y terribles años sin ella. Pero incluso eso tenía que terminar algún día: el barco siguió navegando.

Luego llegaron los años noventa, el hambre, el frío y los cortes de electricidad programados. Crecí y de pronto todo lo ucraniano me pareció anticuado, feo, ajeno. En mi memoria se silenció del todo ese disparo, que ya casi era inaudible, así como todas las arias de ópera: no sabía cómo escapar de la duda de si mi madre había muerto por una causa justa. Me instalé en su habitación y, en lugar del retrato de Solomiya Krushelnytska, colgué otros de Freddie Mercury y Jesucristo.

En los primeros años después del tiroteo, la bisabuela dejó de preocuparse por el cierre ritual de las puertas. Nos íbamos a la cama sin protecciones adicionales y yo, con cierto alivio, vi este hecho como algo positivo: lo peor ya había pasado, durante un tiempo no había nada que temer. Pero pronto empezó todo de nuevo: la puerta oscura, la cadena, la puerta clara. Quizás lo hiciera por mí. Cierto, ya no ponía el cesto de mimbre para la ropa sucia. Estaba tan deteriorado, sumaba tantos agujeros a lo largo de los años que no había modo de moverlo de un lado a otro: se habría desintegrado sin remedio.

La casa

Su abrigo de piel de oveja se asemejaba al pelaje de un animal, llevaba el cabello cubierto con un pañuelo. No tenía nombre, ni apellido, ni dirección. De vez en cuando aparecía en nuestra entrada poco iluminada dejando a su paso huellas húmedas con sus botas de goma. Se quitaba el hatillo de la espalda y lo extendía sobre la mesa mientras anunciaba su mercancía en ucraniano.

—Tengo ternero fresco, señora, ¡cómprelo!

Dentro había carne: trozos picados, cubiertos de una capa blanca de grasa, con pelos y restos de sangre.

—Recién sacrificado esta mañana, señora, ¡cómpreme este ternero y no se arrepentirá!

Recuerdo mi asombro cuando oí a Aba llamarla «joven». No podía ser cierto. Esa persona no encajaba en categorías como género, edad o mundo urbano, ese en el que la gente montaba en tranvía, compraba pasteles en las confiterías y paseaba a sus perros con correa.

—¡Está fresquísimo, señora! ¡Y se lo dejo tirado de precio!

Me quedé mirando algo extendido en esa sábana que había sido un animal vivo hasta esa mañana. Me imaginé a esa «joven» acercándose con el hacha afilada.

—¡Es carne muy fresca, señora!

¡Paf! ¡Paf! La sangre fluye, las patas del ternero se doblan, ella lo corta en pedazos, lo envuelve en un hatillo y se apresura a llegar al tren de cercanías. Nadie la detiene por el camino ni revisan sus papeles, aunque va dejando un reguero marrón a su paso.

Aba regateaba con firmeza:

—¡Déjemelo un poco más barato, vamos!

Pasó las piezas de la sábana a la balanza portátil y las examinó por todos los lados sin remilgos.

Yo, en cambio, pensaba en las patas del ternero recién

sacrificado que nunca volverían a correr. Nuestra visitante llevaba medias de lana gruesas: en la ciudad solo las niñas las llevaban, una prueba más de que no podía ser una «joven».

Acordaron un precio y las partes del animal se separaron para siempre: varias piezas pequeñas fueron a parar a nuestra nevera, mientras que el resto lo envolvió de nuevo con la sábana. Entonces llegó el momento de intercambiar las cortesías de rigor.

—¿Qué tal está su marido? ¿Y sus hijos? ¿Cómo se encuentra su madre? ¿Ya han hecho la siembra? ¿Y la cosecha?

—¡Bien, bien, bien! —respondía la mujer con un hondo suspiro, como si en realidad dijera: ¡Mal, mal, mal!

Nunca se quitaba la piel de oveja y nunca traspasaba la oscura entrada de nuestra casa.

«Paf, paf, un par de hachazos», pensé, y, aunque ya se había ido, todavía oía su voz:

—Un ternero fresco, bonito, recién sacrificado esta mañana.

Pensé en el cuadro que colgaba en la habitación de la bisabuela: una cara oscura con chorros de sangre rodando por ella.

—Lo mataron unos hombres malvados, le atravesaron las palmas de las manos con clavos afilados.

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? Ni idea. No me dejaban oír lo que decía la bisabuela ni mirar el cuadro porque era malo. La mujer con la carne, en cambio, no era mala.

En la habitación de la bisabuela las ventanas casi nunca se abrían y rara vez se ventilaba. La cama sin hacer estaba cubierta con unas sábanas amarillentas y sucias y junto a ella había un gran orinal esmaltado con su tapa. De la mañana a la noche la bisabuela iba en bata. Casi nunca salía de casa. Como un árbol de Navidad con guirnaldas, estaba rodeada de cintas de piel blanca y arrugada, agradables al tacto. En la cabeza esta piel era firme y rosada, cubierta de un pelo rubísimo, cortado a tazón. Sus ojos, distorsionados por los gruesos cristales de sus gafas, brillaban tenuemente: parecían dos peces pegados al vidrio de una pecera.

Si yo entraba en su habitación a tocar el piano, primero tenía que oír hablar del dios del cuadro: cara verde, pelo largo

y una corona de espinas en la cabeza.

—A Jesusito le dolió mucho cuando esa gente malvada le perforó las palmas de las manos. La sangre salpicó en todas las direcciones y, aun así, siguieron clavándole clavos en las manos.

La bisabuela me empujó suavemente contra la pared y miré sus dos dientes negros, los únicos que le quedaban en la mandíbula de arriba. Siempre que hablaba de Dios, lo hacía en polaco.

—Le pusieron una corona de espinas en la cabeza, le hicieron heridas terribles. La sangre se derramó sobre sus ojos —.

—Dios no existe. Gagarin viajó al espacio y lo comprobó — repliqué.

—¡Dios castigó a los que se atrevieron a hacer comprobaciones! Les envió terribles calamidades, enfermedades, padecimientos.

Mientras decía esto, levantó la tapa esmaltada del orinal, levantó las solapas de su bata de algodón y se puso a orinar. No llevaba bragas y pude ver la cálida y maloliente pelusa que sobresalía entre sus piernas, cubiertas de innumerables pliegues.

—¿Te gustaría tocar el piano, querida?

Quedaron al descubierto los dientes blancos y negros: las teclas. El instrumento estaba desafinado y yo no conocía las notas. La bisabuela se sentó en la cama con una expresión dulce en la cara, que podía fundirse en lágrimas de ternura en cualquier momento. A veces cogía un cuchillo de cocina de la mesa y, con una mueca de placer sensual, se rascaba la espalda con él.

Me prohibieron visitar a la bisabuela, pero, si mamá no estaba en casa, Aba fingía no saber dónde me había metido yo.

Aba era quien había pintado el retrato de Jesús con la corona de espinas: a ella se le había ocurrido la sangre y el pelo verde, así como la boca entreabierta a través de la cual se veía un hueco entre los dientes delanteros. También eran suyos muchos otros cuadros que colgaban en las paredes de nuestra casa.

«Cuando me muera, os los llevaréis todos al sótano», solía decir los días en que se sentía deprimida. Así que me imaginé la muerte como un sótano lleno de cuadros.

Aba también coleccionaba álbumes con reproducciones. En uno de ellos vi la imagen de una mujer con un vestido índigo; una mano era cinco veces más grande que la otra:

—¿Por qué es tan grande esa mano?

—Así la veía el artista. Los artistas ven el mundo de forma diferente a la gente corriente.

—¡Yo también seré artista!

—¡Sé lo que quieras! —exclamó Aba, y los ojos se le nublaron de la rabia.

Aba había querido ser artista, pero la bisabuela no se lo permitió. Su conversación debió de transcurrir así:

—Mamá, he presentado la solicitud para la Academia de Bellas Artes, en el departamento de artes gráficas.

—Ni hablar.

—Pero, mamá, si ya la he presentado.

—Pues ve y retírala.

—Mamá, soy artista. Es mi vocación.

—No tienes talento, vivirás en la miseria.

—Mamá, yo…

—Fin de la discusión, querida. Recuerda que durante la guerra te di siempre mi última ración de pan.

De acuerdo con el plan de la bisabuela, Aba se hizo médica. Poco después, contrajo una enfermedad incurable en las articulaciones, por lo que cada movimiento le causaba un dolor como el del pinchazo de mil cuchillos afilados. Sus manos, al igual que las de la mujer del álbum, eran desproporcionadamente grandes y las tenía hinchadas. Sin embargo, eso no le impedía realizar cualquier actividad: cortar verduras y carne, lavar la ropa, fregar el suelo. Su rostro parecía tejido de un material cálido y diáfano, sus rasgos escapaban a toda descripción y día y noche un halo ligeramente desgastado brillaba sobre su cabeza. Sin embargo, recuerdo bien su cuerpo: pesado y rígido, tosco como toda la maquinaria soviética que se estropeaba una y otra vez. Hablaba en ruso, pero repetía a menudo:

—Soy polaca hasta la médula.

Cuando decía eso, se le llenaban los ojos de lágrimas, por lo que empecé a pensar que ser polaco era también una especie de enfermedad incurable para la que no se había inventado aún ninguna medicina.

Polaco también era Tadeusz Kościuszko, el hombre del cuadro que colgaba encima de su cama; aparecía junto con sus camaradas insurgentes armados con sus guadañas. Los polacos eran hombres muy elegantes con sombrero, que besaban la mano incluso de una adolescente como Aba cuando en 1944 fue a parar a Leópolis y ella por fin se sintió como en casa porque estaba en Polonia. Sin embargo, en los años siguientes Polonia y sus hombres elegantes se fueron de la ciudad. ¿Adónde? A algún lugar lejano, en el extranjero. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Aba se quedó porque Polonia no se la llevó consigo.

—Si me hubiera ido, ni tu madre ni tú estaríais aquí —decía para consolarse—. O habríais sido unas personas completamente diferentes.

Al crecer, mamá decidió convertirse en cantante, pero tampoco lo tuvo fácil.

Sus conversaciones discurrían más o menos así:

—Abuela, quiero inscribirme en el conservatorio.

—Ni hablar.

—Abuela, ya he presentado la solicitud.

—Pues ve y retírala.

—Abuela, soy cantante. Es mi vocación.

—No tienes talento, vivirás en la miseria.

—Abuela, yo…

—Fin de la discusión, querida. Te he dedicado toda mi vida, ¿dónde está tu gratitud?

—Seré cantante, aunque me vaya la vida en ello.

La reacción de la bisabuela fue abrir la ventana y ponerse a gritar con su voz aguda y estridente:

—¡Ayuda! ¡Socorro! ¡Policía! ¡Me matan!

Pero nadie respondió a su llamada. Mamá no dio su brazo a torcer, ingresó en el conservatorio y dejó de hablar con la bisabuela.

Cuando Aba y yo íbamos a los estrenos de la Ópera, más de una vez pensé en el suicidio. Alguien me había contado que el arquitecto Zygmunt Gorgolewski se había quitado la vida cuando la estructura del Teatro Bolshói, construida a partir de su diseño, empezó a hundirse y a agrietarse. «¿Acaso era un castigo por haber sepultado Gorgolewski el río Poltva bajo tierra?», pensé, mientras caminaba por una avenida decorada con brillantes claveles, símbolos de la Revolución de Octubre. Por ahí fluía el río y él lo había ceñido a la fuerza en un corsé de piedra. Las aguas residuales empezaron a verterse en el río oculto, por lo que el cadáver del Poltva apestaba sin tregua. «La belleza exige sacrificio», susurraba Aba mientras me tiraba dolorosamente del pelo al trenzármelo. ¿Era la Ópera el tipo de belleza que se había tragado a Zygmunt Gorgolewski, como él mismo se había tragado antes el río Poltva?

En el escenario mamá era mucho más alta que en la vida real y, a decir verdad, ni siquiera era mamá. Yo cerraba los ojos para no distraerme con su disfraz artificial y apretaba las palmas de las manos contra mi pecho: su voz me desgarraba las entrañas. En casa nunca cantaba arias, así que cada una de sus actuaciones era para mí un descubrimiento de su otra voz. Me atravesaba, a pesar del escudo de mis dedos, lo que me hacía pensar en las sirenas que, con sus cantos, atraían a los marineros hacia los afilados acantilados. La sala se convertía en un barco y el escenario en una isla de sirenas, y yo navegaba hacia las rocas ocultas en el foso de la orquesta, un poderoso vibrato se aceleraba y no podía hacer nada para resistirme. La premonición de la catástrofe era dulce, como los caramelos rosados Barbaris que comía a escondidas y que me dejaban heridas en la lengua y el paladar con sus bordes afilados. Cuando el barco estuvo a punto de estrellarse, me tapé los oídos con un movimiento rápido y discreto, luego abrí los ojos y examiné el terciopelo burdeos de los apoyabrazos de las butacas.

Después de la función, mi madre se desmaquillaba sentada en una silla giratoria de su camerino y me ponía en la cabeza la tiara de Aida o la peluca de Carmen. Fuera del escenario también tenía una voz resonante. Su corta melena rubia y

ondulada, en lugar de caer, le tiraba de la cabeza hacia arriba, lo cual daba la impresión de que podía elevarse por encima del suelo, y me imaginaba que, cuando no estaba con ella, vivía en un palacio de nubes y hielo como el de la Reina de las Nieves.

—¿He cantado bien hoy? —preguntaba.

A modo de respuesta, me limitaba a cerrar los ojos y a mordisquearme la blusa como un bebé. Decepcionada, se volvía hacia Aba.

—Excelente, Marianna. Perfecto. Maravilloso.

A mí también me habría gustado ser capaz de mantenerme erguida y responder con solemnidad: «Perfecto. Excelente. Maravilloso».

Pero era imposible. Hacía tiempo que era obvio que yo no tenía oído, y era irremediable. Por eso trasladaron el piano a la habitación de la bisabuela, adonde no se me permitía ir. Tenía que irme con mis rasgueos al instrumento del sótano, como el río Poltva bajo tierra. Yo no era digna de la Ópera, no era digna de los estrenos, no era digna de mamá. Quería volver a casa.

La topografía de nuestro piso se estableció de una vez por todas. Al igual que los mares, las montañas y los desiertos no cambian de ubicación en el mapa, la disposición en nuestro hogar de los muebles, accesorios y electrodomésticos era invariable. Esta configuración inmutable de los objetos era probablemente una respuesta a las vicisitudes de los destinos humanos. El marido de la bisabuela —por tanto, mi bisabuelo— fue arrestado en 1937 en Leningrado durante la «operación polaca» —la purga de polacos llevada a cabo por Stalin— y luego desapareció sin dejar rastro como otros miles de hombres. El marido de Aba —mi abuelo— sirvió como oficial en el Ejército Rojo durante toda la guerra y llegó a Berlín y luego murió a mediados de la década de 1960 de lo que hoy llamaríamos depresión crónica combinada con cirrosis hepática. En cuanto a mi padre, tenía mis dudas: ¿de veras había existido?

Fui el resultado de una breve aventura poética que ocurrió en el verano de 1977. El 1 de junio mis padres (mamá era estudiante de último curso de canto y mi padre era un joven

arquitecto de Moscú) se conocieron en una fiesta. Luego, durante todo un mes, noche tras noche, se recitaron de memoria la poesía rusa de la Edad de Plata. Mamá se sabía sobre todo los versos de Marina Tsvietáieva, mientras que papá prefería a Aleksandr Blok. Según la leyenda familiar, nunca faltaron a una sola de esas citas. No sé si de día tenían que aprenderse poemas nuevos o si su repertorio poético ya era lo bastante rico. Pero hay que saberse mucha poesía de memoria para tener de sobra treinta noches enteras. No creo que Tsvietáieva y Blok escribieran tanto. Aquel verano Aba y la bisabuela estaban de vacaciones en el mar Negro, por lo que el maratón de poesía al que debo mi nacimiento se celebró en nuestra casa.

Mis padres se vieron por última vez el 30 de junio en el andén de la estación central. El tren de Leópolis a Moscú se estremecía con los movimientos de un ferroviario que revisaba el estado de los vagones, un óvulo fecundado vibraba en el cuerpo de mi madre y mi padre temblaba de la emoción. Al despedirse, se dijeron palabras de Mayakovski.

—«¡Escucha! Si se iluminan las estrellas por la noche, ¿es que alguien las necesita?» —preguntó mamá.

—«¿Alguien llama a esos escupitajos perlas?» —gritó mi padre, mientras el tren se movía despacio. Nunca volvieron a verse.

La primera vez que di señales de vida fue en vísperas del examen final de mi madre: ella estaba planchando su blusa blanca de nailon y el mundo le bailó ante los ojos. Al principio confundieron una virulenta toxicosis con una intoxicación alimentaria común y luego durante mucho tiempo se creyó que era un síntoma de otras enfermedades crónicas.

No habría habido el menor problema para eliminarme, pero mamá se negó en redondo. Nada le hizo cambiar de opinión, ni siquiera las repetidas advertencias de que iba a arruinarse la vida. Tampoco le comunicó la noticia del embarazo a mi padre. No quería que la prosa interfiriera en la poesía de ambos, según me contó más tarde. Y todo lo que mamá decidía era firme como una roca.

Así que, cuando empezó a derretirse la nieve y las viejecitas

invadieron las calles para vender bulbos de azafrán, me llevaron a casa desde la maternidad. Cuenta la leyenda familiar que fue el primer día de auténtica primavera, un torrente de calor y luz. Era como si el sol se hubiera asomado para hacer una inspección, dispuesto a iluminar hasta la más pequeña mota de los cristales, pero para mi llegada habían limpiado las ventanas a conciencia. En cambio, la vidriera del hueco de la escalera tuvo que esperar muchos años antes de que alguien fuera con un trapo y la dejara como los chorros del oro.

Mucho más tarde descubrí que no todas las casas del vecindario tenían una vidriera y, si la tenían, era mucho más pequeña. La nuestra ocupaba todo el hueco de la escalera. Como un telón, separaba lo que era el interior del edificio del patio y se extendía por todos los pisos de arriba abajo, o quizás a la inversa, de abajo arriba. Vivíamos en el primer piso y bastaba con abrir la puerta para ver su parte central: los restos de un inframundo marrón rojizo del que emergía un grande y solitario tronco de árbol que partía un lago azul turquesa por la mitad. Los vecinos que vivían por encima de nosotros veían la orilla opuesta, donde se alzaban montañas verdes con abetos azules. Y desde el ático se veían cómo las montañas pasaban a los colores blanco y lila de las nubes. La vecina de abajo, la loca Luba, no veía nada: la parte inferior de la vidriera hacía tiempo que se había perdido y la sustituyeron por un cristal transparente que revelaba la estrechez de nuestro patio. Desde esa perspectiva observaban la vidriera la portera y sus numerosos hijos. Todas las mañanas, uno de ellos aparecía junto a la rejilla del desagüe para vaciar un gran cubo y se quedaba mirando la parte inferior de la vidriera. Era gris y abombada.

—No tienen comodidades en su casa —decía Aba en un tono que expresaba más reproche que compasión.

La vidriera I

Como no recordaba a Mikołaj de cuando era niña, considero el día de la limpieza de la vidriera como el de nuestro primer encuentro. Ocurrió un día de otoño a finales de la década de 1990. Su llegada vino anticipada por unos visitantes inesperados en el hueco de la escalera.

Aparecían por la noche y no se sentían intimidados por el nuevo código de la cerradura de la puerta, cuya combinación numérica obviamente conocían. Bebían un líquido incoloro, tras lo cual dejaban en las escaleras botellas de plástico aplastadas y colillas de cigarrillos fumadas hasta el filtro. A veces se les oía tocar canciones de Nirvana con la guitarra. Orinaban en los rincones del patio. Huían cuando Luba entraba en escena con una escoba en la mano. A veces ella iba a la comisaría de enfrente para denunciar a esos intrusos a la policía.

—¡Tiran las colillas al suelo! —gritaba—. ¡Son drogadictos! ¡Unos delincuentes!

Con sus camisas azules arrugadas y sus charreteras torcidas, los agentes de la ley se situaban debajo de nuestro balcón a fumar en los descansos, que duraban horas. Tenían las caras tristes de los pastores arrancados de sus Cárpatos natales; asintiendo a lo que decía Luba, escupían y pisoteaban las colillas contra el suelo… Fumaban los mismos cigarrillos que nuestros visitantes nocturnos. Tenían sus razones para no tomar ninguna medida.

Después de cada una de sus visitas nocturnas, desaparecían uno o dos trozos de la vidriera.

«Bárbaros», me enfurecía. Se llevaban una obra de arte escondida en sus bolsillos agujereados. Y todo por diversión. Pronto se llevarían así toda la vidriera, ¿y qué haríamos entonces?

Una noche, Aba salió a hablar con ellos en bata.

—¡Una obra maestra! ¡Única en su categoría! ¡Con cien años de antigüedad! ¡De manera irrevocable y para siempre! —Eso fue todo cuanto alcancé a oír.

Los jóvenes, al igual que los policías, asintieron con una indiferencia mezclada con abatimiento, pero después de ese incidente los cristales dejaron de desaparecer: la pandilla se trasladó a otro lugar. Aun así, la sensación de amenaza seguía colándose a través de los agujeros de los fragmentos robados.

Al cabo de unos meses aparecieron unos nuevos visitantes en el edificio. Llegaron a plena luz del día. Tenían cámaras y tomaron muchas fotografías, midieron la vidriera y dibujaron algo en unas cartulinas colocadas sobre el alféizar de la ventana. Me daban más miedo que los anteriores. Parecían especialistas, lo cual no presagiaba nada bueno. «Han obtenido un permiso ilícito del ayuntamiento para desmontar la vidriera —pensé con horror—; quieren llevársela a algún museo de Kiev, se romperá durante el transporte y luego toda la casa se derrumbará, porque no se puede sobrevivir a una extirpación de corazón.» Luba observaba a los recién llegados sin reaccionar, pues no tiraban basura al suelo.

—¿Tienen el permiso para investigar? —preguntó Aba sin poder contenerse.

—No se preocupe, señora —respondió un hombre alto de mediana edad que parecía estar a cargo de aquella investigación—. Estamos documentando la vidriera a petición del departamento de vidrio de la Academia de Bellas Artes de Leópolis. Registramos cada fragmento. Queremos hacerlo antes de que sea demasiado tarde—. Su voz era suave y yo apenas lo oía, aunque estaba apoyada en la mirilla.

¿Demasiado tarde? ¿Cómo se atrevía a decir eso?

—Ah, hola, no te había reconocido —dijo Aba con un cambio brusco de tono.

Lo miré con atención: alto, de pelo largo. Me pregunté por qué no tenía yo profesores así. Los míos llevaban trajes arrugados y daba la impresión de que habían ido a parar a la universidad por pura chiripa. Este parecía dispuesto a jugarse la vida con cada una de sus palabras. Tal vez incluso ya lo hubiera hecho, poniendo su vida en algún altar desconocido

para mí.

Yo aún estaba junto a la mirilla. Aba lo invitó a tomar el té, pero él se negó.

Cuando pasó frente a nuestra puerta escaleras arriba, le miré las botas. De cuero, anormalmente largas, sus tentáculos se estiraban hasta la mitad del vestíbulo, luego crecieron durante horas en el felpudo rayado y me asustaron con su innegable masculinidad. Botas de otra época.

Al día siguiente llegó con un chándal y zapatillas de deporte, sacó trapos y un cubo de una bolsa grande. Llamó a nuestro timbre.

—¿Podría darme agua?

Lo llevé al cuarto de baño y luego lo acompañé a la puerta, que dejé entreabierta para observar cómo preparaba espuma en el cubo y se ponía a limpiar la vidriera. Tenía un palo largo con el que alcanzaba las partes más inaccesibles. Sabía que esta vez Luba ya lo estaba observando a través de la mirilla.

Me quedé en el umbral de la puerta mientras él sacaba la mugre de las nubes blancas y lilas, así como de las cimas de las montañas. Me senté en las escaleras mientras los ríos de jabón se mezclaban con el azul del lago. Me acerqué a la barandilla cuando los tejados en pico de las casitas esparcidas por las laderas revelaron su color amarillo claro, y no un tono esmeralda como siempre había pensado. Sostuve el cubo cuando los dedos largos del hombre empezaron a quitar la suciedad que estaba incrustada en las raíces del árbol marrón. Estaban a la misma altura, él y el roble de cristal, y luchaban como dos colosos por ver cuál de los dos tapaba más el sol, que de repente había inundado el hueco de la escalera, y también pensé que estaría muy bien tener un órgano pequeño, pero con buena resonancia, en este portal. Yo misma limpié los cristales transparentes frente a la puerta de Luba, intentando no delatar con mis movimientos que nunca en mi vida había limpiado una ventana.

—Me pregunto en qué piensa la gente cuando le quita el polvo a *La Piedad* de Miguel Ángel —le dije un poco más tarde, cuando entró a tomar el té. Aba no estaba y la bisabuela se había metido en su habitación.

—Hacía siglos que no venía aquí, nada ha cambiado —respondió, ignorando mi comentario.

Le brillaban hebras blancas en el pelo, que le caía suavemente sobre los hombros. En su oreja izquierda centelleaba un pequeño pendiente: una extravagancia insólita para aquellos tiempos.

—Siento como si alguien acabara de lavar el parabrisas del coche en el que viajo —dije.

—Y yo como si alguien hubiera rebobinado el tiempo —respondió con una sonrisa y la mirada clavada en la colección de vinilos de mamá con las mejores óperas del mundo—. Fui yo quien trajo la mayoría de estos discos aquí.

Pronto volvimos al hueco de la escalera para admirar los colores restaurados.

—He buscado por todas partes, en esta ciudad y en el extranjero, pero esta vidriera es única. En cualquier lugar se encuentran pequeños vitrales, pero no en un hueco de once metros de altura en la estructura del edificio. Y aquí es el edificio el que se adaptó a la vidriera, no al revés.

Me estremecí, siempre había querido saber más sobre nuestra vidriera.

—En cuanto a los colores —continuó—, he contado setenta y dos. En la Edad Media se usaban solo unos diez. Es puro impresionismo. Por desgracia, no sabemos quién la creó. —Levantó un poco la voz porque yo estaba en un rellano por encima de él—. La fábrica Żeleński de Cracovia, donde se hicieron antes de la guerra la mayoría de las vidrieras de Leópolis, no sabe nada al respecto. Tierra, agua, cielo: la imagen se desarrolla temáticamente de abajo arriba. Lo que falta es la parte inferior, el inframundo, no se sabe qué pasó con ella. Esta vidriera es una alegoría del viaje de la vida. Acompaña a todos los que suben o bajan la escalera de caracol.

—¿Dónde puedo asistir a sus conferencias? —le pregunté, y no respondió.

Cogió el cepillo y el cubo y se fue sin despedirse. Volví a casa y apunté todo lo que había dicho.

Aida

Más tarde, cuando eran muchas ya las cosas que habían pasado entre nosotros, Mikołaj cedió a mis ruegos y me habló de su primera noche con mamá. No de la primera vez que la vio, sino de cómo se dio cuenta de que la amaba. Ocurrió en 1986, a principios de la primavera, durante *Aida;* en plena representación murió un hombre entre el público.

No era la primera noche que Mikołaj, por una u otra razón, iba al teatro después del trabajo a ver una función.

Con una vieja bolsa de cuero, había entrado en el teatro abarrotado en el último instante antes de que se levantara el telón, después de besar de pasada la mano de Niłowna, la vieja acomodadora con su traje azul marino, cuyo alto peinado y noble perfil anunciaban la inminente aparición en el escenario de la maltrecha esfinge en su palanquín. Mikołaj encontró su asiento en la tercera fila y el otro hombre estaba sentado en la segunda.

Aquella noche Mikołaj por fin se atrevió a reconocer que la voz de Marianna ejercía sobre él un efecto especial, como si abriera en su interior una puerta olvidada en algún lugar lejano, muy profundo, cuya existencia había olvidado hacía tiempo. Al otro lado estaban los Cárpatos, Hrebenne, el pueblo natal de su madre, un pastor con botas de goma que bebía leche directamente de la ubre de la vaca y, sobre todo, el columpio, demasiado grande para el niño que era él entonces. Cuando Mikołaj se lanzaba hacia lo alto sobre la montaña, el tiempo y sus pensamientos desaparecían, pero se liberaba la conciencia de que él era, de que él existía, una pura esencia ontológica de la existencia que ni entonces ni ahora habría podido expresar con palabras. De adulto lo había vuelto a sentir cada vez que escuchaba la voz de mezzosoprano de Marianna. Así que, cuando sonaron las primeras notas de *Aida,* los ojos de su alma vieron una realidad placentera y distante,

aunque al mismo tiempo su ojo profesional captó todas las ilusiones teatrales: los defectos de la escenografía anticuada, el anacronismo del vestuario y, sobre todo, la fealdad indescriptible del vestido de Amneris (sabía que había que culpar al Partido Comunista por aquel tono verde sucio).

En el momento en que los solistas se callaban y entraba el coro, Mikołaj imaginó un río lleno de peces. Grandes y pequeños, se movían a diferentes velocidades y profundidades. Los peces que nadaban más cerca de la superficie, claramente visibles a la luz del sol, eran las sopranos. Debajo de ellos, unos peces más grandes y oscuros serpenteaban como una cinta por el río: eran los altos. Aún más hondo, imposibles de distinguir de la arena fangosa, los peces pesados y lentos con largos bigotes eran los bajos. Los tenores, por su parte, eran poco visibles. Mientras esperaba la siguiente aparición de Amneris, Mikołaj recordó el tesoro escondido en su bolsa, una botella de Tokaji seco que había recibido de regalo antes de la función.

Al final del segundo acto, cuando el faraón entrega la mano de su hija Amneris a Radamés y Amneris se prepara para vivir su momento de gloria, ocurrió algo inesperado. La cabeza del hombre que estaba delante de Mikołaj, a la que no había prestado atención hasta ese momento porque no destacaba de entre las demás, se tambaleó primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda antes de caer pesadamente hacia delante. Las dos mujeres sentadas a su lado se inclinaron sobre el hombre y una de ellas gritó: «¡Un médico!».

Mikołaj se precipitó hacia Niłowna, que encendió las luces de la sala. A Marianna le tembló la voz, lanzó de repente dos notas falsas y luego se calló. La orquesta siguió tocando como si no hubiera pasado nada y luego se calló también. Encontraron un médico entre el público. Después de un rápido examen, pidió a Mikołaj que lo ayudara a llevar el cuerpo por el pasillo. El telón pintado por el famoso Siemiradzki estaba bajado hasta la mitad. Un murmullo recorrió la sala: «Ruptura de aneurisma aórtico».

En el vestíbulo poco iluminado, Mikołaj encontró un teléfono, marcó el 03 y llamó a una ambulancia. El cuerpo, rígido en su traje, yacía cerca de la escalera principal vigilada

por Niłowna, que ahuyentaba a los curiosos. Mikołaj no podía apartar los ojos de sus gafas con montura de carey, sujetas por el lado con un cordón; las llevaba torcidas sobre los ojos cerrados. Estaba claro que su dueño no volvería a necesitarlas.

Mikołaj y el médico salieron; ninguno de los dos se molestó en ponerse el abrigo, pero sí llevaban sus cigarrillos y cerillas. Lloviznaba, la luz de las farolas parpadeaba bajo los castaños, apenas había gente.

—¿Deberíamos taparlo? —sugirió Mikołaj.

El médico, un hombre delgado con bigote gris, agitó la mano con despreocupación.

—A mí también me gustaría morirme así de rápido; uno, dos y se acabó —admitió con un suspiro.

—No parecía muy viejo —dijo Mikołaj.

—Cincuenta y seis —contestó el médico y le mostró el pasaporte del fallecido—. Por suerte lo llevaba encima.

«Veintiocho más veintiocho es igual a cincuenta y seis: me encuentro exactamente en la mitad de mi vida», pensó Mikołaj, mientras hojeaba el pasaporte de Andréi Andréievich Fetísov. Esa aritmética inesperada lo perseguiría hasta el final de aquella larga y azarosa velada.

La actuación se había reanudado y a Mikołaj y al médico les dio tiempo de hablar de muchos temas y de congelarse, pero la ambulancia seguía sin aparecer. Llegó poco antes de que la plaza frente al teatro se llenara de espectadores. La gente se reía, hablaba, fumaba y escupía, como de costumbre, y no parecía que nadie se acordara del incidente. Al parecer, Fetísov había ido solo a escuchar *Aida*.

Una vez cumplida su misión, Mikołaj volvió al teatro. Intercambió algunas palabras con Niłowna, miró el espacio desierto junto a la escalera principal y bajó a los camerinos. Cuando aún estaba en el pasillo supo a qué puerta debía llamar, pues una voz retumbó contra las paredes y le indicó el camino.

—¡Me he llevado un susto terrible! ¡Incluso desafiné! —se lamentó Marianna, sentada frente al espejo de tres caras; el vestido verde sucio yacía desabrochado sobre los tubos de maquillaje, como las tripas de una trucha reventada. Una

mujer, al parecer la maquilladora, ayudaba a Marianna a arreglarse el pelo. No hace mucho ese vestido había causado polémica: la nueva producción de *Aida,* como cualquier espectáculo soviético, tenía que ser aprobado antes del estreno por una comisión formada por un amplio círculo de arpías del Partido Comunista. Buscaban ataques velados contra el régimen y otras manifestaciones de disidencia. Esta vez las mujeres habían centrado sus ataques en el vestido de Amneris; el director quería que fuera azul como el Mediterráneo y dorado como las joyas de las mujeres del antiguo Egipto. ¡Una combinación cromática muy sospechosa! Todos deberían saber que en ese lugar ni siquiera la auténtica hija del faraón tenía derecho a aparecer vestida así.

—Disculpe —murmuró Mikołaj.

Se quedó en la entrada, sin cerrar la puerta tras de sí. Hasta ahora solo había hablado con Marianna en persona una vez: el técnico de iluminación los había presentado en la cafetería. «Una mujer encantadora, una zorra fría», le había advertido mientras se acercaban a su mesa.

—Me dijeron que estuviste ayudando con toda esa pesadilla —dijo bajando la voz, mientras se giraba con la silla y le extendía las dos manos. Mikołaj se percató de la teatralidad de ese gesto, pero no dudó ni un instante en dar un paso adelante para corresponderlo, y no solo eso, sino que incluso se llevó las dos frías palmas de ella a su pecho. La maquilladora había desaparecido.

Los dedos de Marianna demostraron una destreza inesperada; fue ella quien logró descorchar por fin el Tokaji. Para abrir la botella, probaron con un bolígrafo, un punzón, un destornillador y varias llaves; al final fue su llave, una llave corta y recia, la que se impuso; tenía una curiosa punta ovalada que le permitió empujar el corcho dentro de la botella sin romperlo. Estaban en el café del teatro Zankovetska y abrieron el vino por debajo de la mesa (corrían los oscuros años de la campaña antialcohol de Gorbachov), y sus dedos se rozaban de vez en cuando. Pidieron lo que entonces llamaban cócteles: zumo de uva con una bola de helado derretido. No había nadie en el local excepto ellos, y los éxitos de la cantante

soviética Ala Pugachova sonaban de fondo; en la barra una mujerona gorda, con una gorra blanca sujeta al pelo con horquillas, los observaba desde detrás del mostrador con ojos cansados de borracha. De todos modos, Marianna había insistido en que se fueran de la Ópera cuanto antes para recuperarse de aquella muerte en la platea.

Hablaba sin cesar. Sobre el incidente de esa noche y sobre las producciones de *Aida* en otros teatros, sobre las penurias que había soportado Niłowna durante la guerra y el murmullo del río Poltva, que se oía en algunos rincones de la Ópera, y Mikołaj descubrió que cada uno de los temas que tocaba con un fervor infalible ejercía sobre él el mismo efecto que su canto, y era como cuando Cristo le habló a Lázaro. Escalofríos hasta entonces desconocidos le recorrían la columna y se extendían en distintas direcciones y le despertaban a la vida distintas partes de su cuerpo: poco a poco fue cobrando conciencia de sus tobillos y de los dedos de sus pies, de sus pulmones y las costillas, de su nuez de Adán y de sus pómulos, de sus muñecas y el plexo solar. El calor subía y bajaba por su torso como si alguien le hubiera envuelto el cuerpo con una red de luz solar. Mientras servía el vino debajo de la mesa en las copas con restos de «cóctel», su única preocupación era que ella notara los cercos de sudor debajo de sus axilas. El último tema, es decir, la conexión entre la Ópera y el Poltva, intrigaba especialmente a Marianna.

—Es tal como te cuento: los miembros de la orquesta oyen el río, y yo no puedo dejar de pensar en ello.

Mikołaj se acercó tambaleante a la barra, pidió un vaso y le sirvió un vaso de Tokaji a la mujer de la gorra. A modo de agradecimiento, esta carraspeó, se lo bebió de un trago como si fuera vodka y quitó a Pugachova antes de desaparecer en un cuarto trasero.

—Me imaginé a Caronte con la cabeza de Niłowna llevando al pobre Andréi Andréievich con sus gafas inútiles a través del Poltva —dijo mientras volvía junto a Marianna.

Su pelo rubio y ondulado formaba un peinado mucho más esplendoroso que cualquier tiara y tenía la frente surcada de arruguitas. «No es de extrañar en alguien tan expresivo —

pensó—. Un ánfora —se dijo además—, es un ánfora llena de un líquido misterioso, y yo, por alguna razón, me muero de sed.»

No había ningún motivo racional que explicara por qué no se terminaron la botella de Tokaji en la cafetería; en lugar de eso se la llevaron en posición vertical en la bolsa; o, mejor dicho, Mikołaj fue quien se esforzó por mantenerla erguida, mientras que Marianna se limitaba a tocarla de vez en cuando con su mano sin guante; reflexionaron juntos sobre el destino del corcho de la botella: no había poder en el mundo que pudiera extraerlo sin romper el cristal. Caminaron sin rumbo, dejando que las mangas de sus abrigos se rozaran con la despreocupación de unos viejos amantes, mientras bromeaban sobre muertes súbitas en el teatro.

—¿Quieres bajar conmigo al sótano de la Ópera? —preguntó Marianna cuando estuvieron ya sentados en un banquito mojado del parque Kościuszko.

—Palabra de pionero —respondió Mikołaj antes de sacar el Tokaji y darle un sorbo.

En ese momento, se movieron unos arbustos cercanos y dos hombres salieron de allí; Marianna soltó un aullido que atravesó el parque.

—Guardia popular —dijeron los hombres mientras enseñaban sus identificaciones—. No hay necesidad de gritar, querida ciudadana. Sus documentos, por favor.

Entendió al instante lo que le esperaba: consumo de bebidas alcohólicas en un lugar público. Esa infracción conllevaba una multa, la notificación al lugar de trabajo, lo que daría lugar a que su expediente fuera revisado en las reuniones del partido y del sindicato. Por violar la prohibición antialcohólica del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética: una reprimenda con registro en su expediente personal y la pérdida de la paga extra.

«Y todo el teatro se apresurará a cotillear sobre mi noche con el joven escenógrafo», pensó al cabo de un instante.

Mikołaj observó consternado la identificación de uno de los guardias, que también se llamaba Andréi Andréievich.

—¡Camarada! —gritó Marianna—. ¿Ha estado alguna vez

enamorado? ¿Hasta el punto de sudar en invierno, de que te duela todo el cuerpo y tu garganta cante arias?

—No —respondió el guardia, y su tono delató que dudaba.

—Amo a este hombre. Más que nada en el mundo. Hoy me he dado cuenta. Y queríamos celebrarlo juntos. Para demostrárselo, cantaré para usted, camarada.

Marianna se levantó y se puso a tatarear *Las noches de Moscú*.

El que se llamaba Andréi Andréievich estaba ahora a su lado y la escuchaba, mientras que el otro, entretanto, charlaba con Mikołaj. Marianna nunca se enteró de lo que habían hablado ni si Mikołaj había recurrido al método de deslizarle con discreción un billete de veinticinco rublos en la mano.

La última parada de esa velada fue junto a la entrada de la casa donde vivía Marianna. Cansados, se quedaron allí a oscuras: la bombilla de la escalera acababa de fundirse.

—Te pasaste un poco con lo del amor —murmuró Mikołaj. Estaba decepcionado y consternado por lo ocurrido en el parque. Había imaginado algo muy diferente: que le contaría cómo había encontrado las cajas en el ático de su casa de la calle Tolstói, que la besaría. Un escalofrío lo atravesó y sintió que todo su cuerpo se debilitaba por el frío.

Marianna respondió con una carcajada tan fuerte que enseguida oyeron el crujido del suelo detrás de la puerta del piso: era obvio que alguien se había acercado a la mirilla.

—La música me conmueve más que nada. Me extraña porque tengo un temperamento frío y los nervios fuertes como el acero. —Después de una pausa, añadió—: Es una cita, de las cartas de la cantante Solomiya Krushelnytska. ¿Las has leído?

Mikołaj no respondió.

—Volviendo a la vidriera… No se sabe quién la hizo ni cuándo. Un misterio absoluto, como los que tanto abundan en esta ciudad. No tengo ni idea de dónde buscar información sobre el tema. Nunca se la había enseñado a nadie a oscuras. ¿No lo consideras una distinción para ti y tu talento? —le dijo, y sonó más como una afirmación que como una pregunta, y luego apoyó los labios en los de él.

Durante el beso sus labios permanecieron apretados. Luego

ella le tomó la mano y la acercó a la vidriera.

—Aquí están representados los cuatro elementos. Empezando por arriba: aire, tierra, agua y fuego. Ahora tienes la mano apoyada en el fuego. Es la única parte que no ha sobrevivido.

La vidriera estaba helada al tacto y Mikołaj quitó la mano al instante: de pronto pensó que iba a congelarse allí mismo si se quedaba más tiempo en aquel lugar. Se fue sin despedirse y giró a toda prisa por Akademicka.

Calle Akademicka

Llamábamos Akademicka a la calle que empezaba a la vuelta de la esquina de nuestra casa, aunque la placa indicaba otro nombre: avenida Tarás Shevchenko. Había tres cines, muchas tiendas y una pequeña avenida de altos álamos en el centro, por donde antes pasaba el río Poltva. Dos o tres veces por semana, Aba y yo también nos movíamos por su cauce, por desgracia con demasiada lentitud. De vez en cuando teníamos que echar el ancla en algún puerto, es decir, en una tienda, para hacer compras, lo que yo odiaba por encima de todo.

La calle Akademicka comenzaba en la plaza donde hace un siglo se había alzado la estatua de Aleksander Fredro, poeta y dramaturgo polaco, sentado en su sillón de piedra, pero en mis tiempos y en los de Aba ya no había sillón ni poeta, solo las palomas que se balanceaban en las pesadas cadenas que cercaban la plaza. Cada eslabón terminaba en una bola de piedra con pinchos. «Carrera armamentística» era lo que me venía siempre a la mente cuando los miraba.

En la calle Akademicka también había un edificio esquinero, y en él había un cine que llevaba el nombre del revolucionario Mikola Shchors. Al lado, había una máquina expendedora de agua con gas: se metía una moneda y el líquido empezaba a fluir desde la parte superior hasta un vaso facetado de cristal grueso. Una vez vaciado, había que ponerlo bocabajo y enjuagarlo con el agua que salía a chorros de la parte inferior de la máquina. A principios de los años noventa, se añadieron cadenas a los vasos y, a finales de esa misma década, estas máquinas expendedoras desaparecieron por completo, pero ahora hablamos de los años ochenta.

En pequeños carteles pintados a mano se leía: *«Nostalghia,* Andréi Tarkovski». Frente al cine la cola se extendía hasta la mitad de la calle.

—¿Qué significa nostalgia? —le pregunté a Aba.

—Anhelo por la tierra natal —respondió, y miró a algún lugar a lo lejos. No sé si pensaba en Leningrado-San Petersburgo, donde había nacido y vivido antes de la guerra, o en Polonia, con la que siempre soñaba y que tan de repente se había desprendido de Leópolis.

Detrás del cine había una mercería que olía a perfume y sudor y yo no entendía por qué entrábamos allí si no íbamos a comprar nada, pero seguía obedientemente a Aba mientras intentaba no respirar por la nariz. En los escaparates, como cohetes listos para el despegue, estaban los pintalabios en firmes, los polvos compactos parecían desfilar como tanques, junto a los esmaltes de uñas que parecían amenazantes lanzadores, los paraguas negros como estaciones de radar y los sujetadores en forma de paracaídas. Había ruido y bullicio, mujeres corpulentas se agolpaban en el mostrador y se sacaban de los vestidos sin pudor sus pechos de melocotón para probarse corpiños, y unos guantes de hombre negros de piel sobresalían un poco del mostrador, y me daba la impresión de que estaban a punto de tocar las carnes flácidas de aquellas mujeres, sus gargantas chillonas, sus pechos caídos, y que iban a abalanzarse sobre ellas. Las mujeres que se paseaban por la calle Akademicka eran detestables: arrastraban tras de sí bolsas de compra y niños malhumorados, empapadas de sudor y refunfuñando. Los hombres, en cambio, eran más correctos y tranquilos, caminaban con paso pesado, todos vestidos con abrigos grises y sombreros de ala estrecha, que levantaban con dignidad cada vez que se cruzaban con un conocido.

En la calle Akademicka había un café llamado Doncella de la Nieve, con dos salones idénticos en dos edificios contiguos, donde trabajaban dos gemelas con el pelo morado. Allí se servía el famoso helado Plombir en cuencos metálicos, al que se podía añadir mermelada, chocolate o nueces si se quería.

Me gustaba la tienda con el letrero «Pan», con sus dependientas de mejillas rubicundas y el pelo oculto bajo gorros blancos. Nunca gritaban, me recordaban a médicos solícitos y de hecho incluso eran más importantes que ellos, porque vendían pan a la gente y no hacía tanto que la gente moría de hambre.

Comprábamos una barra de pan blanco y media hogaza de pan de centeno, así como medialunas por seis kopeks y bollos redondos por tres, que engullíamos de camino a casa. La panadería también tenía una sección de pastelería, que solía estar vacía. Solo de vez en cuando se distinguían las curvas de uno o dos pasteles en un rincón del mostrador, tras lo cual se formaba enseguida una cola de mujeres ágiles y luego volvía a quedarse vacío. Nosotras no éramos espabiladas; solo me quedaba soñar con esos pasteles; por ejemplo, el pastel con la silueta del ayuntamiento dibujada con cacao en polvo sobre un fondo blanco de crema y la inscripción «Leópolis» difuminada, como si estuviera espolvoreada con nieve.

—La crema está hecha con margarina —decía Aba para consolarme.

Sabía que no había colas para la margarina, pues no tenía un olor apetecible, así que añadirla a un pastel llamado Leópolis era en realidad un sacrilegio.

Después de la panadería estaba la tienda de salchichas. Antes de entrar, me cruzaba las manos sobre el pecho para evitar que la multitud me golpeara. Dentro siempre había tres colas. No sé en qué se diferenciaban entre sí, pero nos colocábamos en dos paralelas por si una resultaba ser más rápida que la otra. La muchedumbre se agitaba, empujaba y me desplazaba de un lugar a otro; olía las pieles de astracán y los abrigos de lana, miraba de cerca los maletines con cerraduras de código, las sucias bolsas de red para la compra y los perritos con correa. Las vendedoras de aquí eran inaccesibles e implacables, como reinas; sus formas exuberantes no cabían debajo de sus delantales con volantes. Comían demasiado embutido, incluso engullían como cerdos; después de todo, no tenían que hacer colas interminables para conseguirlo, hacían trampas al pesar, escondían la mercancía debajo del mostrador para su familia y amigos y le decían al resto «Nema i nie bilo», «ni hay ni hubo». Me recordaban a los traficantes de esclavos de *La cabaña del tío Tom:* lo único que les faltaba eran los látigos. Cada vez que la tienda se llenaba a rebosar, soñaba que los clientes se rebelaban contra su autoridad y empezaban una revolución, que todos a una

pasábamos a la ofensiva, que las destronábamos y nos llevábamos todos los embutidos para compartirlos fraternalmente antes de irnos cada uno a nuestra casa. Sin embargo, esperábamos con paciencia en la fila. Ese día, de forma excepcional, también ofrecían mantequilla, por lo que mi presencia era necesaria: daban doscientos gramos por persona, así que familias enteras hacían cola para conseguir más. Mi cola avanzaba más deprisa que la de Aba y por fin llegué al mostrador, contra el que apreté la frente temiendo que se resquebrajara bajo mi peso: detrás de mí todos se apiñaban. Solo de cerca pude ver las bandejas esmaltadas con todo tipo de embutidos soviéticos: con trozos grandes o pequeños de grasa, o incluso lisos, sin nada de grasa. Ahora que estaba increíblemente cerca de mi objetivo, me sentía ansiosa, preocupada por si los que se encontraban delante de mí se llevaban demasiados productos, por si las vendedoras gritaban: «Se acabó» a la vez que lanzaban la última ración sobre la balanza de metal… Aun así, lo conseguimos: ahí estaba nuestra porción envuelta en papel grueso en el que de inmediato aparecieron manchas oscuras. A codazos, nos abrimos paso hacia la salida: «Cuidado con el niño, por favor». «¡Cuidado!» «¿Podría dejar de pisarme, señora?» «¡Qué persona tan maleducada!» «¡Grosera!»

Avancé con los puños apretados contra la caja torácica y de pronto vi a la bisabuela al final de la cola. Aba la saludó con indiferencia: «¡Hola!», y siguió adelante, mientras que yo me detuve, maravillada por el contraste entre su rostro hogareño y el sombrero de calle, que cubría su escaso pelo blanco y su precioso abrigo de terciopelo con una mariposa ámbar prendida en el cuello. ¿De veras esa era la mujer que me encontraba todos los días entre el baño y la entrada? ¿Era ella la que se paseaba en bata y meaba en el orinal delante de mí? Allí, entre extraños, la bisabuela parecía la elegante protagonista de una película y el breve saludo formal de Aba no hizo más que reforzar esa impresión.

—¿Por qué la bisabuela tiene que hacer la misma cola otra vez? —le pregunté cuando salimos.

Aba no me respondió al instante.

—Después de que tu madre y ella se pelearan, empezamos a llevar las cuentas por separado.

En el tono agresivo con el que hablaba de acontecimientos que habían ocurrido antes de que yo naciera, percibí algo parecido a la culpa.

Seguimos andando hasta el estanco para satisfacer el pequeño vicio secreto de mamá, que nadie podía mencionar y que, según Aba, le haría perder la voz y acabaría con su carrera operística. El techo y las paredes estaban cubiertos con figuras de cosacos, medio recostados junto a sus caballos, entre bocanadas de humo de pipa, con sus hermosos ojos oscuros entrecerrados, sus grandes pies que sobresalían de debajo de sus bombachos azules, sus pulcras uñas y su ondulado mechón, al estilo típico de los cosacos ucranianos, se confundía con las crines rizadas de sus cabalgaduras. En el estanco las dependientas, soñolientas, también daban cabezadas; en los mostradores solo había paquetes azules y blancos de Bielomorkanal. Los Bielomorkanal, baratos, eran los que fumaban los trabajadores de las obras, mientras que nosotras buscábamos cigarrillos Orbita para mamá, pero ese día no les habían llegado.

Luego fuimos a la pescadería. Delante de la tienda estaba un camión aparcado y al lado un hombre triste, con un delantal azul marino; pescaba carpas vivas con una red y se las iba dando a las mujeres de la cola. Tenía los mismos ojos y bigotes que los cosacos del estanco. Un día en que nosotras también compramos una de esas, la carpa nadó en nuestra bañera, rosa como la señora de la mano grande en el cuadro de Matisse; bastó con sacar el tapón para quitarle la vida.

En la famosa confitería, donde entraba poca luz a pesar de sus enormes ventanales, los mostradores rebosaban de caramelos vendidos a peso y dulces de chocolate. Siempre había olor a cigarrillo, el humo subía por las escaleras y el algodón gris envolvía los ficus en los jarrones. Comprábamos caramelos rosas Barbaris y ni siquiera me atrevía a mirar las escaleras; pensaba que si me acercaba ardería en las llamas del infierno, como Kacha, la heroína de los cuentos populares checos que hizo un pacto con el diablo. Un día Aba me contó

que en la parte de abajo de esa tienda había un burdel clandestino. La gente trabajadora no iba a esos lugares; solo los holgazanes y los alcohólicos los frecuentaban, fumaban y bebían todo el rato, y entre ellos también había mujeres. «No hay nada peor en el mundo que una mujer depravada. Por su naturaleza, las mujeres son más sabias, más bellas y más inteligentes que los hombres y por eso su degradación es mucho peor que la degradación de esas criaturas menos inteligentes, es decir, los hombres», me explicó Aba.

De vez en cuando, las mujeres depravadas se sentaban en la barandilla frente a la entrada del local, con los ojos hinchados, un maquillaje llamativo y peinados extravagantes y descuidados. No sé por qué siempre llevaban pantalones, a diferencia de Aba y otras mujeres trabajadoras que siempre vestían faldas oscuras hasta media pantorrilla. En sus gestos exagerados y en sus voces roncas se percibía una libertad y una despreocupación desconocidas para las mujeres trabajadoras. Eran a la vez atractivas y fieras, como los tigres agazapados tras las rejas de sus jaulas en el zoológico.

Al final de la Akademicka había una gran tienda de comestibles, conocida coloquialmente como «la corriente de aire» porque la recorrías de punta a punta y veías los mostradores vacíos, y las fornidas dependientas, despojadas del lustre de las de la tienda de embutidos, parecían focas varadas; la venta de cerillas, cereales o gelatina de frutas no las entusiasmaba demasiado. Desde allí nos dirigimos al cine Ucrania, donde también se proyectaba *Nostalghia,* aunque sus carteles estaban hechos por otra mano, y las lucecitas verdes y rojas parpadeantes de las máquinas tragaperras se veían a través de la puerta abierta. El cine Ucrania, al igual que el cine Shchors, estaba situado en un edificio esquinero, y sobre la entrada vi una cita de Lenin, en ruso, grabada: «El arte pertenece al pueblo». «¿A quién más podría pertenecer?», pensé asombrada.

Ahí terminaba la calle Akademicka; me di la vuelta y vi que la bisabuela nos seguía de cerca.

—¿Por qué seguimos viviendo con ella? —pregunté.

—¡No tienes ni idea de cuál es el «problema de la vivienda»!

—dijo Aba con irritación—. ¿De dónde se supone que íbamos a sacar pisos separados?

Por su nerviosismo adiviné que en realidad Aba quería vivir con la bisabuela, aunque no le gustara.

A pocos pasos, la plaza Halytska estaba cerrada con una altísima verja de hierro forjado, pero ¿cómo podría una puerta así contener el torrente del bazar, que salía a borbotones por sus aberturas caladas y se derramaba en las calles aledañas en forma de cactus en maceta y campanillas de nieve ilícitas, o el chillido de los cerdos a punto de ser sacrificados, que se transportaban allí en bolsas con cremallera sobre ruedas. En la plaza poco a poco desaparecían los letreros que decían «comida», no había etiquetas de precios ni colas, nadie se dirigía a los demás como «camarada»; en su lugar allí se oía «señor» y «señora», o incluso «joven» o «señorita». Al llegar a la ciudad desde sus aldeas, las tenderas se situaban en una especie de plataforma frente a montones de patatas y zanahorias, huevos y carne, gritando y gesticulando, sin pudor, con sus grandes y toscos dedos ennegrecidos. Hablaban de sus productos —fresas, requesón— en polaco, no en ruso, y decían que eran más baratos. No se asustaban como yo de las patas de cerdo sin vida, cortaban lonchas blancas de queso y me las ponían en la palma para que las probara, luego abrían botellas de aceite y las vertían generosamente también en mi mano, para que probara. Las vendedoras que venían del campo llevaban pañuelos en la cabeza y las clientas iban tocadas con sombreros; las vendedoras hablaban siempre en ucraniano, las señoras, en ucraniano y ruso. En el mercado todo era muy caro, así que Aba regateaba y solo comprábamos lo habitual, como remolacha y patatas. Al final, entramos en una zona cubierta donde ya no había mujeres del lugar, sino hombres de barba oscura y acento marcado, con amplias gorras grises. Ellos también estaban sobre plataformas, pero frente a ellos había montones de fruta que solía brillar bajo otro sol: traían granadas y naranjas, limones y caquis de Georgia y Armenia. La mayoría de las veces su clientela eran caballeros con sombrero: abrían sus grandes maletines con cerradura de código y guardaban con cuidado los abultados paquetes antes

de cerrar despacio la solapa. En este gesto yo percibía una confesión indirecta de su infracción, pues todos sabíamos que, supuestamente, la vida debía ser diferente: todos los ciudadanos debían ser iguales, todos debían tener los mismos derechos y deberes, todos debían recibir la misma cantidad de naranjas y albaricoques, pero resultó lo contrario. Nosotros no podíamos permitirnos casi nada, mientras que ellos sí podían permitirse cualquier cosa, casi todo.

—Cuando nos evacuaron a Kazán durante la guerra, la bisabuela siempre me dio su ración de pan —dijo Aba de repente—. Tenía hambre todo el rato porque yo estaba creciendo —añadió, tras un silencio—. Soñaba con las cortezas de pan que yo solía esconder bajo los bordes de mi plato antes de la guerra.

Volví a mirar atrás para ver a la bisabuela con su abrigo y su sombrero. En una ocasión, me había quedado muy sorprendida cuando me enseñó fotos suyas de juventud, en las que llevaba varios disfraces de carnaval: una especie de turbante con una pluma, un vestido con estrellas, un elegante pantalón bombacho. Cobró vida mientras me hablaba de esos bailes de disfraces que tanto le gustaban. Se puso a describirme en detalle la tela y el corte de sus trajes y en voz baja admitió que una vez, en un baile de Año Nuevo, la llama de una vela que adornaba el árbol de Navidad había incendiado la cola de su vestido y, por milagro, ella misma no se quemó. Eso fue antes de la guerra, en Leningrado. Mientras me contaba esto, se llevaba la mano a la cabeza de vez en cuando, como si se arreglara un sofisticado peinado. Al fin y al cabo, siempre había cuidado mucho su pelo y sus uñas, a diferencia del resto del cuerpo; iba a la peluquería para que se lo cortaran y luego se afeitaba ella misma los pelitos de la nuca con una cuchilla. De niña, una vez confundí esa cuchilla con una lima de uñas y me corté los dedos: la sangre fluyó como en el Jesús del cuadro. Mamá descubrió entonces que estaba incumpliendo sus normas y se enfadó mucho conmigo. Pero me seguía atrayendo la oscura guarida de la bisabuela con el piano.

Cargadas con bolsas de redecilla, caminábamos de regreso a casa por el centro de la calle Akademicka, sin entrar ya en

ninguna otra tienda, pero yo no dejaba de pensar que íbamos demasiado despacio, pues a cada minuto teníamos que detenernos para descansar bajo un álamo.

—¿Por qué nos arrastramos como tortugas? —pregunté con un tono brusco que me sorprendió incluso a mí—. ¿Por qué no puedes andar tan deprisa como yo? —seguí diciendo después de una pausa, ya que Aba no reaccionaba—. Sé que estás enferma. ¿Qué te pasa? Dime, ¿de qué se trata?

Con todo, no respondió, lo que significaba que había traspasado un límite que no debía cruzarse, había formulado preguntas que no debían hacerse, dicho palabras que no debían pronunciarse, pero, como no había vuelta atrás, insistí:

—¡No quiero arrastrarme detrás de ti! —dije—. ¡No lo soporto! ¡Quiero correr! ¡Estoy cansada de llevar todas estas bolsas!

Me giré y seguí andando a paso ligero mirando al frente. Ella se quedó sola, sin inmutarse, mientras yo seguía corriendo. Pronto llegué al final de la calle, o tal vez al principio, según se mire; iba saltando sobre una pierna y me sentía cada vez peor. No podía dejar de mirarla de reojo, veía sus piernas torcidas con sus medias zurcidas, rodeada de una montaña de bolsas de red que no podía levantar, de las que sobresalían barras de pan y salchichas. «Ojalá fuera libre y despreocupada —pensé para mí— y no tan lenta y una mujer enferma. Que se dedicara a otras cosas, y no solo a comprar y cocinar, y dejara de atormentarme.» Sabía que eran pensamientos ruines que no debía permitirme tener, pero ¿qué podía hacer si venían a mí de manera espontánea? Tal vez yo también debía de ser ruin, y era imposible alejarse de esa ruindad; ya se había apoderado de mí, me había ido demasiado lejos y, al mismo tiempo, no tenía adónde ir, no había nadie esperando en casa. Así que me quedé inmóvil en el césped, en el lugar donde antes se alzaba el poeta Fredro, que los polacos de Polonia se habían llevado, y miré en dirección al cine Shchors, donde la cola se había desvanecido. La película hacía tiempo que había empezado, y yo daba de comer a las palomas los restos de un panecillo, y me balanceaba sobre las cadenas. La bisabuela debía de haber ido a ayudar a Aba; da lo mismo que aun fuera más vieja, lo

principal es que estaba sana, de tal modo que se las arreglarían para volver juntas a casa. En cuanto a mí, decidí quedarme allí sola hasta la noche porque acababa de darme cuenta de que era una niña mala, y las niñas malas tenían que estar solas.

El patio italiano

Nunca nos vimos en los polvorientos pasillos de la Academia de Bellas Artes, donde él enseñaba y yo era estudiante, pero comencé a encontrármelo en el centro de la ciudad. Los dos éramos productos autóctonos de Leópolis, un huevo incubado en esa ciudad. Habíamos nacido en sus calles y formábamos parte de ellas: él era la corona de espinas del Cristo de la Misericordia en la capilla de Boim; yo, la boca del león tallada en su zócalo; él era la agrietada escalera de la iglesia de los Dominicos; yo, el desgastado pomo en forma de cono de la puerta de un edificio renacentista; él era el empedrado de la calle Pekarska; yo, el badajo de la campana de la torre Kornyakt, hasta hace poco muda. Siempre habíamos caminado por las mismas calles, pero solo ahora habíamos empezado a reconocernos: «¡Hola!», «¡Hola!», «¿Cómo está?», «¿Qué tal…?». Observaba con admiración la forma en que mantenía la cabeza erguida, aun abrumado por la pena y desgarrado en su interior por una terrible experiencia que una persona normal no habría podido soportar. Me llevaba aquí y allá, mostrándome las horribles placas conmemorativas que acababan de brotar en las magníficas fachadas de piedra, y criticaba los errores de composición de los nuevos monumentos a la vez que elogiaba el perfecto conocimiento anatómico de los escultores antiguos. Yo siempre había intentado leer la ciudad como si fuera un libro, pero resulta que él conocía su alfabeto. Estábamos mirando la fachada de un edificio, cuyo yeso se había caído hacía poco, cuando me dijo:

—Eso está en yidis, significa *café, té, leche*. Todos los años, en primavera, el semblante de Leópolis muda y revela letras de diferentes alfabetos en las fachadas. El gobierno actual trata este fenómeno como si fuera una enfermedad peligrosa. Una especie de sarpullido. Si se erradican los síntomas en un lugar,

vuelven a aparecer en muchos otros sitios. Sin embargo, los médicos locales confían en su preparación y en haber aplicado la terapia adecuada.

—¿Y no obtienen resultados?

—Hasta ahora, nada. Pero eso… no durará mucho. Para mí, la vidriera de vuestra escalera es la última membrana cultural de la ciudad. Si se rompe, nada la salvará.

—¿La caída de Roma? —sugerí con timidez.

Me dirigió una mirada penetrante, quizás incluso demasiado, y eso empezó a excitarme. Observé sus manos, el anillo en su dedo era como una garantía de mi intocabilidad; acariciaba los monumentos judíos con una mirada tan suave como el árbol de cristal de nuestra escalera. Miré sus viejos zapatos de cordones: eran negros y brillantes, como la superficie de los vinilos de óperas que nadie había escuchado durante años en nuestra casa.

—¿Dónde puedo escuchar sus conferencias? —le pregunté, pero fingió no oírme y volvió a sumirse en sus penas obsesivas, a las que yo no tenía acceso. Pensé que ya se había olvidado de que yo estaba allí, pero de pronto dijo:

—Te invito a tomar un café mañana, a las cuatro, en el patio italiano. Adiós —añadió, y me saludó con la mano al cabo de un minuto, pero sin alejarse ni un paso de las letras de la fachada en yidis, como si quisiera quedarse allí para siempre.

Al día siguiente nos reunimos en el patio porticado, donde un antiguo veterano de la guerra afgana, interpretando a Romeo, había saltado una vez sin cuerda desde el tercer piso directamente a los brazos de su Julieta; mucho antes de eso, la reina consorte María Casimira, conocida como Marysieńka, se había paseado por allí. Pero ahora no había ni Romeo ni Marysieńka, solo algunos trabajadores del Museo de Historia que iban y venían por los balcones, mientras en las mesitas de abajo había hombres con barba y mujeres con zapatos de tacón que podían permitirse tomar un café y charlar sobre arte. Las camareras de ojos rasgados pasaban volando con sus bandejas por delante de la estatua blanca de Temis, cuyos ojos quizá también fueran rasgados, pero era imposible de comprobar, ya

que se los habían vendado de una vez por todas, y menos mal, porque, de lo contrario, habrían visto a los estudiantes polacos entrando en el patio, diciéndole al guardia de la entrada que iban a tomar un café, pero luego se sentarían bajo los arcos sin pedir nada para tomar fotos gratis mientras divagaban sobre la batalla de Viena e ignoraban los desesperantes agujeros en el presupuesto del museo ucraniano.

Mikołaj ya estaba sentado allí, con el rostro oculto tras la cortina de humo de su cigarrillo Orbita, esa marca que me resultaba tan familiar, y ocupaba con las palmas de las manos toda la superficie del tablero. Me senté a su lado, pero no me concentraba en lo que decía, pues pensaba de manera obsesiva en mis piernas, ceñidas bajo la mesa en una minifalda que ese día llevaba por alguna razón: normalmente solo llevo vaqueros. El café que pidió para mí era dulce y amargo y tenía un poco de pulpa que noté en la boca, traté de masticar y tragar.

—En casa tomo café instantáneo —confesé.

—¿Te gusta este?

—Sí —mentí.

—Se llama Fort y lo traen a Leópolis desde Polonia; desde la ciudad fronteriza de Przemyśl. Un paquete cuesta una *jrivnia* en la plaza Halytska. Me tomo cinco o seis tazas de este café al día.

Levanté la vista hacia él y vi que, en lugar de su larga cabellera, tenía un bigote que crecía de los posos del café, amargo y dulce. Sentí un pinchazo en el corazón. «El café actúa sobre todo en el corazón», decía Aba. Con un cigarrillo encendido en la mano, siguió llenando el patio con volutas de humo, como las que envolvían a Ala Pugachova cuando salía por televisión cantando una melancólica canción de amor. Me pregunté qué diría Aba si empezara a tomar un café tan poco saludable. De todos modos, qué más daba, tenía ya más de dieciocho años y hoy me había puesto una minifalda, para mi propia sorpresa. Me tragué los últimos grumos de pulpa y sentí que mis piernas se deslizaban por debajo de la falda y, dueñas de sí, empezaron a trepar por los arcos. «Tengo unas piernas bonitas —pensé sin querer—; son esbeltas, están ceñidas en

unas medias negras donde se reflejan los rayos del sol.» Quería atraparlas y volver a ponerlas rápidamente en su sitio, pero mi falda no lograba retenerlas y ellas ya se habían apoderado de las partes más altas del patio, se encaramaban como gatos, mientras que yo, sin piernas e inmóvil, tendría que esperar a que volvieran, antes de que Mikołaj se diera cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Quieres ir a dar un paseo? —me preguntó mientras apagaba su cigarrillo.

Acepté con alivio. Mientras cruzábamos la plaza del Mercado, todas las partes de mi cuerpo volvían a estar bajo control y funcionaban tan bien como el reloj de la torre del ayuntamiento, hecho en la fábrica alemana de Wilhelm Stiehle. Nos acercábamos a la capilla de Boim cuando me pidió de repente:

—Tutéame, por favor.

Asentí, pero en la siguiente frase, en vez de salirme un «tú» claro y seguro, solo emití un hipido: ese pronombre se me atragantó como si tuviera una flema posada en la garganta y lo regurgité como un bebé la leche. No podía… Me sentía indigna, necesitaba tiempo para acostumbrarme. Atravesamos un portal, subimos unas escaleras, pasamos junto a partes de muebles viejos tirados; los tablones rugosos me hicieron dos agujeros en las medias. «No pasa nada —pensé—, que les sirva de escarmiento a mis piernas después de lo que hicieron en el patio.» Nos detuvimos en un pequeño balcón, el campanario de la catedral estaba cerquísima y daba la impresión de que iba a caerse encima de nuestras cabezas.

Tenía miedo de que fuera a besarme, pero empezó a parlotear como un chiflado, a veces inclinándose sobre la barandilla, luego volviéndose hacia mí y de nuevo adoptando la postura *urbi et orbi*.

—¿Sabías que mi padre era el director de la Ópera? Pasé toda mi infancia allí, me sé todas las obras de memoria. Cuando tenía siete años, durante *El cascanueces,* hubo un incendio en el escenario. Bajaron la cortina antiincendios, que separaba el escenario de la sala por completo. Se desató el pánico y la gente corrió a las salidas. Pero yo no tenía miedo.

Me senté y pensé que aquella escenografía era mucho más interesante que la anterior. Fue en ese momento, creo, cuando me di cuenta de que quería ser escenógrafo, aunque entonces, naturalmente, no conocía aún esa palabra. ¿Te contó tu madre que un día, durante *Aida,* un hombre murió en el teatro?

Me tiró decenas de recuerdos de la Ópera como piedras con un tirachinas y yo me hundía en el suelo de piedra del balcón: tenía tanto miedo del fuego como el público de aquel *Cascanueces* malogrado, porque sus palabras reavivaban las llamas del dolor que había conseguido apagar, rompían mi equilibrio conquistado con tanto esfuerzo, incluso parecían presagiar un desastre. Sabía que esta vez no sería capaz de afrontarlo: primero empezaría a arder la catedral, luego el fuego se extendería a las casas vecinas hasta alcanzar al balcón en el que nos encontrábamos y después abrasaría toda la ciudad: eso es lo que había ocurrido en 1527, después de lo cual los habitantes se habían preguntado si valía la pena reconstruir la ciudad en el mismo lugar.

—Tengo que irme ya —grité, y bajé corriendo las escaleras a la vez que me tapaba los agujeros de las medias con las palmas de las manos. Bajó detrás de mí, sin acelerar el paso. Ni siquiera respondió a mis palabras de despedida.

La manifestación

Estaba tumbada en el suelo y le sujetaba las piernas con fuerza justo por debajo de las rodillas mientras Aba la sujetaba por los brazos. Pero ella no nos prestaba atención a ninguna de las dos y se asomaba a la ventana abierta de par en par: se había olvidado de cerrar con el pestillo. Había una multitud invadiendo nuestra calle y se extendía como una masa en las escaleras de la comisaría de policía.

Mamá gritó al teléfono:

—¿Los encerraron? ¿A cuántos? ¿Cuándo?

Fue el ruido de afuera lo que nos había llevado a Aba y a mí a su habitación.

—En ningún caso debe haber un baño de sangre. Ya bajo.

Fácil de decir, difícil de hacer. Tenía los brazos y las piernas esposados con grilletes humanos.

—Es una multitud furiosa. Tienen piedras en las manos. Si intentan asaltar la comisaría, la cosa no acabará ahí. La policía tendrá una excusa para usar la fuerza. Tengo que bajar.

Mis dedos alrededor de sus articulaciones apretaron aún más.

—¿Y…? —preguntó Aba.

—Viacheslav Maksímovich ya está de camino, pero puede pasar cualquier cosa antes de que llegue.

Empezó a sacudir las piernas, en un intento vano por liberarse, mientras le preguntaba a alguien por teléfono:

—¿Los detenidos son estudiantes?

El oscuro cuadrado de parqué sobre el que reposaba mi cabeza olía a polvo; una vez un pie había hecho un surco en él que me atraía. Si pudiera encogerme como Pulgarcito y encoger también a mamá, cogerla de la mano como hizo el ratón de campo con Pulgarcito y conducirla a través de la rendija bajo tierra, donde una pequeña habitación nos esperaría, con una mesita puesta para dos, en una acogedora

casita blanca a la orilla de un río, el mismo por el que Marie y el cascanueces navegaron cuando él ya se había convertido en un apuesto príncipe.

Entretanto, mamá se inclinó y, con algunos movimientos ágiles, me desató los dedos sin mirarme siquiera. Las últimas notas de la obertura cesaron, los flautistas salieron a fumar, el contrabajista se recostó en su silla y solo los violinistas esperaron tensos la siempre grandiosa entrada del solista.

Solo oí el portazo de casa. Miré por la ventana y la vi dirigirse a la entrada de la comisaría; la gente se separaba para hacerle un pasillo y coreaba las cuatro sílabas de su apellido ruso. Caminaba con un paso un tanto inseguro, pero solo porque sus tacones de aguja resbalaban sobre el empedrado; llevaba un vestido azul con mangas abullonadas que se levantaban sobre sus hombros. Cuando llegó a los escalones frente a la puerta de la comisaría, subió al más alto y abrió los brazos como si quisiera echar a volar. La muchedumbre se apaciguó un poco. Y empezó a cantar con una voz penetrante de mezzosoprano que evocaba las voces de las sirenas:

—Oh, en el prado se inclinó un sauquillo rojo.

»Por alguna razón nuestra gloriosa Ucrania está de duelo.

Y la multitud, con voz profunda y furiosa, la acompañó:

—¡El dorado trigo de primavera se extiende por la llanura,

»los fusileros ucranianos se preparan contra los moscovitas para la lucha…

No podía creer lo que oía. Dijo que ella y Chornovil habían acordado saltarse siempre ese verso. No por miedo a las autoridades, ni mucho menos, sino para no acentuar las divisiones nacionales y no ofender a las personas con raíces rusas.

—¡Hermanos! —gritó al terminar la última estrofa—. ¿Por qué estamos reunidos aquí ahora?

—Por nuestros chicos —dijo alguien de abajo—. Queremos liberarlos…

—¿Estáis de acuerdo en que sea vuestra emisaria, que vaya en vuestro nombre a la policía y trate de averiguar si hay algún motivo por el que siguen detenidos? —siguió preguntando, y

caí en la cuenta de que estaba a punto de perder la voz: ni los huevos crudos ni las cataplasmas de hierbas la salvarían, y esa noche no podría salir al escenario; y ni siquiera la salvaría Maria Pietrovna, del departamento de personal, una gordita alegre que siempre intercedía por las cantantes en los dos primeros días de su periodo (sí, esos días eran la excusa oficial para que se las eximiera de actuar). Pietrovna llevaba un calendario con los ciclos menstruales de las cantantes que estaba a disposición de todos y, cuando se acercaba la fecha de alguna de ellas, profetizaba: «El día tres del mes esta chica o aquella se "desmoronará"». Lo que mamá había hecho también contaba como «desmoronarse», pero su público nunca se enteraría. Mirarían el telón de Siemiradzki a través de sus binoculares dorados, luego tamborilearían impacientes con los dedos sobre los apoyabrazos de las butacas de terciopelo y entonces el director del teatro aparecería en el escenario y anunciaría que la *prima donna* no podría actuar ese día, ya que en ese momento estaba luchando por la independencia de Ucrania. ¿Se levantarían de sus asientos para aplaudir ante esa noticia? ¿Pisotearían los libretos y se apresurarían juntos a la salida, corriendo hacia debajo de ventanas para cantar *Chervona kalyna?* ¿O acaso Marianna sería sustituida sin más por una de las solistas que llevaban tiempo esperando una oportunidad de desbancarla del teatro?

«Fue a la policía por su propia voluntad, allí la torturarán y la matarán», pensé mientras me acostaba en la cama para intentar encontrar consuelo en el sueño. Mis tres muñecas, Alina, Arina y Aglaya, estaban muy cansadas. Tenían su habitación a los pies de mi cama, con todos los muebles que necesitaban: sofá, una mesita e incluso un armario como los de verdad. Yo misma les hacía la ropa con una máquina de coser Singer para adultos, les cepillaba el pelo y les hacía trenzas. Cuando se portaban mal, las desnudaba y les daba azotes en el trasero. Cuando me enfadaba, les destrozaba la casa, les pisoteaba los muebles, la vajilla y los vestidos, y al día siguiente los volvía a montar: las lavaba, les peinaba el pelo, les ponía unos preciosos zapatitos rojos y volvían a tomar una taza de té. Mis muñecas aparecían en el escenario y sabían

cantar, pero más en estilo pop, como Sofia Rotaru, que en un estilo operístico como mamá.

—Resiste con el canto —le dijo Aba a alguien al otro lado de la pared, con un cansancio perceptible en la voz—. Típico del pueblo ucraniano. ¿Qué más se puede hacer?

Yo podía dormir, a diferencia de esa gente que estaba debajo de nuestra ventana, que no se había ido a casa ni guardaba las banderas ni se calmaba.

—¡Llevan dos horas cantando! —le estaba diciendo Aba a alguien por teléfono cuando me desperté—. ¿Marianna? Por desgracia, aún está en la comisaría.

Aba colgó y salió al balcón. Al mirar la puerta metálica que se había cerrado detrás de su hija, debió de recordar el dicho soviético: «Había una persona, ya no la hay».

Por un instante pareció que los hombres y las mujeres que se agolpaban en la estrecha calle estaban simplemente haciendo cola, una de tantas de ese vasto país donde faltaba de todo; pero esa vez no esperaban salchichas, mantequilla o medias de nailon, sino que los detuvieran, pues, después de todas las Siberias, los Kazajistanes y las unidades penitenciarias psiquiátricas que habían soportado, ya no podían tolerar lo que en esta parte del mundo se llamaba libertad.

—¿Adónde irá ahora? La violarán, la torturarán y le arrancarán la cabeza. ¡Recuérdalo…! —dijo la bisabuela en voz alta, pero al cabo de un instante se calló. Siempre lo hacía, porque las palabras *arresto, represión* y *1937* se le atascaban en la garganta.

—Calla calla —trató de calmarla Aba mientras la sacaba con suavidad del balcón—. La niña está durmiendo.

—¡Vete, tonta! —le siseó la bisabuela.

Se detuvo junto a mi cama y me miró fijamente hasta que abrí los ojos. Si alguien dormía en casa fuera de las horas habituales, la bisabuela se preocupaba por si ese alguien había muerto y trataba por todos los medios de despertar al durmiente. Era una costumbre que había adquirido en la guerra, cuando había sido testigo de muchas muertes. Veía su cara encima de mí, con las cejas torcidas y una larga hendidura

entre los labios. «¿Cómo puede seguir siendo una mujer?», me pregunté mientras la observaba por debajo de las pestañas.

Mamá apareció de repente en el balcón de la comisaría en compañía de dos mayores que estaban tan cerca de ella que sus charreteras le rozaban los pliegues abullonados de sus hombros y le arrugaban la delicada tela. La barandilla de estilo Secesión era demasiado alta para que Aba pudiera verle las manos a mamá. Debían de formar parte de la maraña de barandillas del balcón con formas vegetales que, por puro descuido, aún no habían sido enderezadas por el personal de seguridad. Aunque las miradas de madre e hija estaban a la misma altura, Marianna no miraba en dirección a Aba. Gritó a la multitud allí reunida:

—¡Amigos míos! ¡Hermanos!

Se oyó un ruido sordo e inquieto a modo de respuesta.

—¡Nuestros chicos están a punto de ser liberados! Estos hombres que están a mi lado me han dado su palabra —exclamó Marianna y, tras una pausa, añadió—: Pero no es lo único que estamos esperando. Lo más importante es que pronto caerán los muros y se acabarán las mentiras.

Hubo una salva de aplausos, alguien se puso a cantar con timidez *Chervona kalyna* y la marea humana rugió cuando los dos estudiantes detenidos aparecieron en su superficie, pero al instante los arrastraron de nuevo.

—¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria! —gritaron en su honor, y desde el cielo empezó a lloviznar.

Aba se quitó las gafas mojadas.

—Amigos —gritó Viacheslav Chornovil, que por fin había llegado a las escaleras de la comisaría—. Es hora de despedirse. ¡Todo el mundo a casa!

Sus palabras fueron una orden: la marea humana empezó a retroceder de nuevo hacia las orillas de las casas y en el cuarto de las muñecas se desató una tormenta: el suelo, las camas y las mesas temblaron. Las puertas de un pequeño armario se abrieron de golpe, blusas y faldas cayeron al suelo, junto con la pequeña bolsa con artículos de primera necesidad que todo soviético debía tener siempre a mano, por si acaso.

Oí la voz de mamá, había vuelto, pero se disponía a

marcharse de nuevo: se iba de inmediato a Kiev, aunque nadie podría sustituirla en la actuación de esa noche. De todos modos, no habría podido cantar.

Tumbada en la cama, oía sus palabras y, al mismo tiempo, el ruido debajo de las ventanas, que ya había empezado a remitir.

—*Oh, en el prado se inclinó un sauquillo,*

»se inclinó un sauquillo,

»sau-qui-llo, sau-qui-llo…

—¿Otra canción sobre un sauquillo?

—A Solomiya Krushelnytska le encantaba esta.

—*Sau-qui-llo, sau-qui-llo…*

¡Qué bien canta! Enseguida volví a tumbarme a su lado en el suelo, abrazada a sus piernas, como si no nos hubiéramos movido desde la mañana. Sus esbeltas piernas estaban cubiertas con unas medias negras de rejilla, ligeramente húmedas por el sudor; hacía tiempo que no se depilaba y emanaba un leve olor a rancio, como a veces su cama cuando se levantaba por la mañana e iba a ducharse, sin saber que luego yo corría a meterme en ella y me envolvía en sus sábanas. «Eso es antihigiénico», decía Aba, pero para mí ese olor contenía una sustancia necesaria para vivir, intentaba arrancarlo de las sábanas arrugadas para guardármelo, pero enseguida se disipaba… y me quedaba sola con la boca abierta y los dedos extendidos.

—¡No te vayas!

—Debo hacerlo. Es muy importante. Tengo asuntos que nadie más que yo puede resolver.

—Siempre tienes asuntos importantes que hacer. Los odio.

Ignoró mis palabras y el peso de mi cuerpo a sus pies, revisó unos papeles y metió algunos en la maleta. *En el prado se inclinó un sauquillo.*

—Te prometo que no te molestaré. No diré ni una palabra, como si fuera sordomuda.

Dejó de cantar y, por debajo de sus negras cejas, arqueadas como los barrotes de una barandilla de hierro forjado, me clavó una mirada que no pude soportar por mucho tiempo. Las siguientes palabras cayeron como fuertes golpes sobre mi

cabeza:

—¡No-hay-lugar-para-niños-allí-donde-voy!

La solté. ¿Para qué iba a retenerla cuando de un momento a otro se elevaría en el cielo y flotaría envuelta en nubes de plumas hinchadas hasta alturas inalcanzables?

—Quédate conmigo.

—¡Vuelve a tus deberes ahora mismo! ¡Vete con tus muñecas! Tengo media hora antes de que llegue el taxi, ¡y aún tengo que hacer la maleta!

Con la nariz en el polvo, me arrastré hacia la puerta. Ahora no volvería a cantar hasta que saliera de casa, y todo por mi culpa. En la tapicería empapada de lágrimas del sofá, apareció el mapa serpenteante de las calles de la ciudad por las que aún circulaban carruajes, que cumplían la misma función que los taxis actuales, y me imaginé a uno de ellos, con la capota bajada, mientras se llevaba también a una cantante: no a mamá, sino a Solomiya, y no a la estación sino a la Ópera.

Aba había acabado de cocinar y estaba en su habitación. De una caja negra, en cuya tapa estaba grabado el perfil de un hombre con una gran nariz aguileña, sacó unos dibujos. Siempre podía contar con ella: a Aba le dolían las piernas, así que no iba a marcharse a ninguna parte.

Me enseñó retratos de cantantes de ópera que había dibujado con pluma y acuarela cuando era joven.

—Qué bien —dije—. Tenías que ir a la Facultad de Medicina, pero podías dibujar en tu tiempo libre.

—¡Oh, no, no, querida! Mientras estaba en la Facultad de Medicina no, y menos en un idioma que apenas había empezado a aprender. Todas las noches cogía un libro en ucraniano y lo leía en voz alta hasta quedarme ronca.

—¿Y cuando ya acabaste los estudios?

—¿Has oído alguna vez la palabra *colocación?* En aquella época nadie conseguía un trabajo en Leópolis después de la universidad. Acabé durante unos años en un pueblo remoto cerca de Sambir. Mientras estaba allí, dibujé algo, pero necesitaba un profesor. Y, como no había ninguno, no pasé del nivel de aficionada.

En ese pueblo descubrió por primera vez lo mucho que

echaba de menos Leópolis. El castaño que crecía en el patio de su casa extendía todas las primaveras sus ramas cada vez más largas hacia el balcón, como si quisiera alcanzarla y llevársela a algún lugar del que ella no supiera volver.

Cuando se instalaron en Leópolis en 1944, su vida solo consistía en olores y sonidos, así que tuvo que arreglárselas con los colores ella sola. En la habitación de su madre había un piano y, por las noches, el olor a tabaco y el tintineo de las teclas del piano se colaban por el hueco de la puerta, así como el golpeteo de las botas militares y el repiqueteo de los tacones de las mujeres. Cerraba la puerta, se envolvía la cabeza con una toalla y pintaba retratos de divas de la ópera, o retratos de amigos, incluido un joven de perfil bien definido.

—Tus pinturas apestan. Cuando pintes, no te olvides de cerrar la puerta —le dijo su madre.

Una mañana, la bisabuela estaba en la cocina con su bata, apoyando con firmeza su escuálido cuerpo a ambos lados con las palmas de las manos, como si quisiera evitar su inevitable derrumbe, y gritó:

—Dile a tu galán que se queda durante horas debajo de nuestras ventanas que se vaya buscando a otra. —Luego añadió en tono burlón—: ¡Vaya con el Chopin!

Aba miró a su madre y sintió que le flaqueaban las piernas con una angustia y un dolor casi insoportables: hacía años que la guerra había terminado, pero su madre seguía pareciendo desnutrida y la visión de su cuerpo siempre la conmovía. Entonces Aba le dijo con solemnidad:

—¡Sí, mamá! Se hará como tú quieras.

—¿Amabas a ese Chopin? —le pregunté.

—¡Tsss…! —dijo Aba, enfadada, agitando los brazos—. ¿Qué más da ahora? Volví a Leópolis y empecé a trabajar en el hospital, a menudo hacía horas extra. Luego me casé y tuve una hija. Como sabes, me diagnosticaron artritis reumatoide justo después de dar a luz.

Los colores no empezaron a imponerse hasta muchos años después, cuando por fin consiguió un piso en un edificio con una vidriera. Se apuntó a clases nocturnas de dibujo y pintura para estudiantes, no tenía miedo de hacer el ridículo. Decía

que en esas clases «volaba». Se balanceaba de un lado a otro, apoyándose en su pierna más sana, y disparaba su cuerpo hacia delante: en efecto, volaba. Fue en aquella época cuando pintó la mayoría de los cuadros que colgaban en nuestras paredes.

—¿Qué te parece este ramo?

Me mostró un boceto en el caballete, a la vez que cerraba su preciosa caja negra con dibujos.

Me gustaba el ramo de girasoles, pero el tono con el que Aba me hizo la pregunta fue infantil y vacilante. Entonces pensé en que, al igual que mis muñecas eran aspirantes a cantantes, Aba también era una artista de mentirijilla.

Los balcones

Aquel invierno —corría 1999— los balcones empezaron a caer sobre las cabezas de la gente y andar por debajo de las casas se convirtió en una actividad de riesgo.

—Cuidado con la cabeza —se les decía a todos los que salían de casa.

«Ayer, en la calle X, del tercer piso del edificio n.º 6, cayó el yeso del balcón sobre la cabeza de una transeúnte —leí en el periódico—. Aunque estos detalles arquitectónicos pesaban poco, la mujer acabó en el hospital con lesiones graves. Hoy empleados de la administración del distrito han retirado todos los elementos que sobresalían de la antigua fachada para evitar este tipo de accidentes en el futuro.» Imaginé los ojos de Mikołaj entrecerrados de la ira y a él yendo en busca de la fachada en ruinas. «Nadie puede contar cuántos balcones peligrosos hay en nuestra ciudad», dijeron los concejales, legitimando así más caídas de balcones.

A veces los balcones se derrumbaban junto con las personas que estaban en ellos; ocurría que, al caer desde el último piso, arrastraban todo cuanto se encontraban por el camino hasta el fondo.

Lo que quedaba tras la caída de los balcones rara vez se reparaba, y menos aún los agujeros abiertos en las fachadas: en la ciudad, como en nuestra casa, regía el principio de que todo cambio es una manifestación de la Providencia y de la voluntad de Dios.

Mikołaj argumentó que incluso era mejor así, pues, si los operarios hubieran intervenido, sobre la preciosa piedra gris habría aparecido un parcheado de plásticos de colores, lo que era mucho peor para la ciudad que un lento y espontáneo declive.

Aquel invierno quedó muy claro que con el paso de los siglos la ciudad se había cansado de crecer hacia arriba y

empezaba a deslizarse hacia abajo como una avalancha imparable, arrastrando el terreno mezclado con piedras y terrones hasta quedar convertido en una papilla. No se sabía si a los balcones les seguirían, por ejemplo, los tejados, y luego casas enteras, carreteras y personas, que los elementos arrastrarían no se sabe adónde, fuera de la ciudad.

Aquel invierno era imposible andar rápido: las suelas de los zapatos, demasiado ligeras, siempre empapadas, que se enviaban a Leópolis en paquetes desde países tan míticos como Suiza, apenas se deslizaban entre los sucios ventisqueros que asediaban las aceras. Se veía a las pensionistas caminar con alguna extremidad escayolada. Se quejaban menos que los demás porque recordaban tiempos mucho peores: la guerra, la hambruna, el genocidio… y la muerte prematura de sus maridos. Sus hábitos bien entrenados, junto con la jerarquía de valores bíblicos, ofrecían un modelo de supervivencia para los descendientes más frágiles. De hecho, en los años noventa la muerte afectó sobre todo a los que tenían cuarenta y tantos.

—Tengo la impresión de que mis compañeros se subieron al mismo tren y se marcharon, mientras que yo me quedé en el andén —me dijo entonces Mikołaj.

Ese invierno nos vimos esporádicamente, siempre con el pretexto de explorar la historia de algún monumento arquitectónico. Después de nuestro encuentro en el patio italiano, evitó los recuerdos de la Ópera: debió de notar mi ansiedad, pero ya era demasiado tarde, pues habían caído como un trueno sobre mi pobre cabeza. Era a la vez aterrador, emocionante y nostálgico, no tenía ni idea de qué nombre dar a todo aquello. Revivía la muerte de mi madre, pero esta vez el hambre provocada por su ausencia brotaba de la pasión por su amante.

Cada dos o tres días se producía un corte de electricidad planificado. Calles enteras quedaban sumidas en la oscuridad y, acto seguido, pequeñas llamas aparecían en las ventanas; me imaginé que dentro entonaban cantos eclesiásticos, y solo en la comisaría de policía brillaba una luz eléctrica vulgar. En la oscuridad Aba encendía el transistor a todo volumen:

—Esto es Kiev. Son las nueve en punto —se oía, seguido de

la señal del Primer Canal de la radio ucraniana: «Ucrania-Ucraaa-niii-aaa»—. Hoy el Consejo Supremo de Ucrania ha aprobado…

Aba también era una pensionista con experiencia en supervivencia: siempre tenía a mano unas toscas velas blancas y por los rincones de su casa había candelabros de varias formas que sabía encontrar a tientas; para ella, la falta de luz no era un acontecimiento.

—El presidente del Consejo Supremo de Ucrania, Oleksandr Moroz, criticó duramente la iniciativa del líder del Movimiento Popular de Ucrania, el diputado Viacheslav Chornovil…

La llama azul en el hueco de la caldera de gas en el cuarto de baño me recordaba la hoguera de una caverna prehistórica. Mientras me desvestía, sentía los dedos sobre mi cuerpo como si no fueran míos: vagaban como ciegos por la superficie irregular, trazando surcos con las yemas y recordándome la época en que tenía tres años. Me sentaba en esa misma bañera y me tocaba las mismas piernas con los mismos dedos, sumida en un extraño aturdimiento.

Estas son mis piernas. Estas. Son. Mis. Piernas. Mis. Piernas. Piernas. Piernas.

Ahora eran grandes y rosas y estaban calientes por el vapor. Nadie me preguntó si estaba de acuerdo en dejar que crecieran y se convirtieran en las piernas peludas de una mujer adulta. Ellas mismas lo habían decidido, ignorándome a mí —que vivía dentro—, y yo solo podía aceptar su decisión y observar sus payasadas de reojo, como había pasado en el patio italiano.

Lo mismo ocurrió con el resto de mi cuerpo: primero me eligió a mí, luego creció bajo mis manos y se convirtió en algo distinto al cuerpo de mi madre, acicalado como una hermosa orquídea en un jarrón, cortada por un jardinero minucioso: la muerte. Dicen que san Francisco de Asís se quitó la ropa y se arrojó sobre unos arbustos espinosos cuando su cuerpo se negaba a obedecer; me pellizqué las piernas, pero el cuerpo se mantuvo firme en su obstinada excitación (no en vano el santo llamaba al cuerpo su hermano asno). Me rocié con agua helada para que mi cuerpo reflexionara sobre su comportamiento, como si quisiera pisar el freno, pero el cuerpo eligió otro

camino y, además, era él, no yo, el que iba sentado en el asiento del conductor.

Las duchas frías tuvieron un efecto diferente al previsto: pesqué una gripe y Mikołaj empezó a pasar por debajo de mi ventana. Se quedaba abajo con un limón en cada mano, haciendo equilibrios sobre el pavimento arrancado de una calle, mientras yo le advertía con gestos de que tuviera cuidado con la cabeza: además de los balcones, ese invierno también caían carámbanos gigantes sobre las cabezas de la gente. Haciendo caso omiso de mis advertencias, se quedó donde estaba hasta que Aba lo vio desde una ventana vecina.

—Invítalo a pasar, ¿qué hace ahí afuera con este frío? Sabe cuál es el código de la puerta.

Recuerdo que ese día la bisabuela tenía un «ataque de histeria»; es decir, estaba tumbada en la cama y lloraba a gritos. Siempre había habido días así desde que tengo uso de razón, y no necesariamente tenían que estar precedidos de algún acontecimiento desagradable. «Se trata del pasado», me explicaba Aba, y luego le llevaba un vaso de agua y una toalla blanca de lino a la bisabuela. Mientras tanto, el llanto se intensificó, transformándose en chillidos espasmódicos que no se parecían en nada a la voz habitual de la bisabuela, así que me imaginé el «pasado» como un conjunto de aullidos y sollozos desenfrenados, arrítmicos. Durante la visita de Mikołaj la «histeria» de la bisabuela se había apaciguado.

Entró en casa de puntillas y empezó a caminar despacio entre los cuadros. Le oí decir a Aba:

—Este retrato es un fracaso compositivo total. Aquí habría bastado con un cambio a una paleta de colores más clara. En este te inspiraste en Modigliani sin demasiado acierto… Solo me quedaría con esta acuarela.

—Sí sí sí —repitió con entusiasmo Aba, ávida de una evaluación profesional.

Luego tuvieron una larga charla mientras tomaban el té junto a la puerta de mi habitación y me sentí conmovida; por fin tenía un padre y una madre que se querían, a la sombra de sus alas estaba a salvo, solo había que cumplir una condición: podían hablar de pintura, pero en absoluto de música, ni

siquiera mirar en dirección a la colección de vinilos, o, de lo contrario, la que sufriría un ataque de histeria sería yo, mis lágrimas fluirían irreprimibles y formarían un gran lago negro, y luego todo un mar igual de negro, y no habría Dios suficientemente poderoso para secarlo.

Oí la voz de Aba:

—Puede que usted no se haya recuperado de ese golpe. El KGB quebró así a más de uno. Pero usted, en cambio, defendió su doctorado, y además en una Ucrania libre e independiente. Es una pena que su padre no haya vivido para verlo.

De camino al baño vi que la bisabuela estaba petrificada en el pasillo y que, inclinada sobre los zapatos en la alfombra, siseaba algo en voz baja, y solo oí dos palabras: «… de hombre».

Tuve que volver a tumbarme, me tomé una pastilla para la fiebre y, mientras ellos seguían hablando, yo aguzaba el oído detrás de la puerta.

—Tenía unos seis años —contaba Mikołaj—. Me escapé de mi madre y me fui a jugar al ático. Allí, a través de un agujerito, vi algo extraordinario: la luz del sol parpadeaba sobre algún objeto desconocido oculto tras un tabique. No me sorprendió demasiado, ya conocía los cuentos de Alí Babá y Aladino, así que ¿por qué no iba a ser yo el protagonista de un cuento? Llamé a mi madre, que a su vez llamó a la vecina, y pronto entramos a una parte hasta entonces inaccesible del ático. Recuerdo su emoción: había cuadros, cubiertos de plata y rollos polvorientos de telas muy bonitas. Las mujeres estaban tan entusiasmadas con lo que veían que no se dieron cuenta de que yo había sacado a escondidas una caja con placas de uso desconocido y la escondí. Levanté una de esas placas: era el negativo de un retrato de una señora con sombrero. Levanté la siguiente: una iglesia. Resultó que aquellas extrañas placas eran negativos: vistas de Leópolis, retratos de personas con atuendos extraños. Era un verdadero tesoro, solo mío, oculto a los ojos de los adultos.

—¡Qué historia tan increíble! —Aba suspiró.

—Muchos años después supe que antes de la guerra esa casa pertenecía a un fotógrafo polaco anterior a la guerra que

desapareció en el verano de 1941. Probablemente fue torturado por el NKVD en una de las cárceles de la ciudad.

—¿Y la caja?

—Todavía la tengo. ¿Y sabe? Cada vez que oigo la palabra *belleza,* pienso en esa mujer del sombrero, la del negativo. Obviamente, ella es la razón por la que empecé a pintar.

Antes de irse, Mikołaj entró a verme, se sentó en el borde de mi cama y me pasó su áspera mano de pintor por la frente.

—No sabía que tu abuela estuviera especializada en retratos.

Percibí un matiz de dulzura en su voz y sentí que el corazón me daba un vuelco, como si hubiera tomado demasiado café Fort. Cuando se fue, Aba vino a sentarse en el borde de la cama.

—No sabía que Mikołaj tuviera un sombrero tan curioso —dijo, y luego añadió en un tono que sonaba como si fuera una especie de secreto—: Después de la guerra los llevaban los prisioneros de guerra alemanes.

Se echó a reír con una risa fresca, como de niña, y me di cuenta de que algo la había ofendido. A decir verdad, no sabía lo que era.

De la habitación de la bisabuela volvieron a salir fuertes sollozos, que poco a poco se convirtieron en aullidos y finalmente en un canto: los estremecedores sonidos vocales de una vieja sirena. Solo con oírlos, todos los marineros se tapan los oídos, giran el timón y navegan lo más lejos posible.

San Florián

Si alguien me hubiera dicho en aquellos días que lo que estaba experimentando entonces podía llamarse lujuria, me habría parecido un insulto; por lo demás, me daba la impresión de que solo tenía calor, y me desabrochaba el abrigo mientras paseábamos por el mercado de antigüedades cerca de la Ópera, que llamaban Vernissage, donde cada cuadro, cada camisa bordada o cada cuchara de madera escondían un recuerdo que hubiera preferido no tener, aun a costa de perder mis otros recuerdos, aun a costa de perderme a mí misma. Yo no quería estar allí, pero me dejaba llevar y él se encargaba de que una y otra vez pasáramos por delante de la desdichada creación de Gorgolewski, de que le echáramos miradas furtivas que acababan por prolongarse, captando las hojas de palmera de la Gloria que aún se conservaban o el lugar del que quitaron el monumento a Lenin hace unos años.

—¿Cómo va en la universidad?

—Tengo que redactar un trabajo sobre el viejo poeta comunista ucraniano D. Voy a la biblioteca, escribo algo…

—¿Quién es?

—Bueno, ya sabes, D., todos estudiamos sus poemas sobre el partido en la escuela, y ahora se ha convertido en un patriota y diputado. Tengo que preparar un ensayo de quince páginas sobre él para la clase de literatura. Me asquea, pero lo hago.

Mikołaj no reaccionó, así que lo miré y lo vi encogido de la ira: la frente plegada en acordeón hacia la nariz y los ojos, las cejas y los labios fundidos en una estrecha línea de la que manaba como saliva la desaprobación.

—No hay que apresurarse a juzgar a nadie. Nada es blanco o negro. ¿Has leído sus primeros poemas? ¿Sabes lo que le pasó? ¿Que lo chantajeaba el KGB? No, no los has leído. No sabes. Así es.

Asustada por haberle enfadado tanto con mi estúpida

cháchara, me callé. Guardé silencio hasta el momento de la despedida y, cuando volví a casa, me pregunté: ¿De veras mis juicios son irreflexivos? ¿Son mis valoraciones demasiado apresuradas, tal vez incluso simplistas? Pues que me corrija ahora, que me enseñe, me instruya y me guíe. Hoy lo ha hecho con demasiada dureza, pero está bien; no debía tenérselo en cuenta.

Empezaba a convencerme de que lo había decepcionado, pero al día siguiente me llamó como si no hubiera pasado nada y me propuso que quedáramos junto a la estación de bomberos. Sin embargo, la clase se alargó y llegué al lugar acordado muy tarde; él ya se había ido.

Apreté la cara contra la pared de ladrillos rojos de la estación de bomberos y pensé que esta vez iba a tener que cargar con mucho más en la conciencia que una cháchara estúpida e imprudente. Esta vez se trataba de una falta de respeto. Le hice que me esperara, ¡él a mí! ¡Una eminencia! ¡Un profesor! ¡Un académico! ¡Abrumado por la pena! ¡A un hombre así solo se le llama de usted! ¿Qué iba a hacer ahora?

Sin apartar la cara del ladrillo, levanté la vista y vi a san Florián, que había sido testigo de nuestro encuentro no celebrado. Creí que estaba a punto de caerme una reprimenda desde su alto casco romano, pero Florián me miró dócilmente, como corresponde a un mártir, me miró con dulzura y luego preguntó: «¿Qué esperas exactamente de ese Mikołaj? ¿Tu temperatura corporal no es demasiado alta este día de invierno? ¿Acaso necesitas que te refresque con la manguera?». Me froté la frente contra la superficie rugosa, me invadieron las dudas. «Mikołaj y yo nos vemos en nombre del progreso intelectual —respondí después de pensarlo—. Sin Mikołaj ni siquiera sabría que decoras un nicho en la fachada en la pared, pues no habría mirado hacia arriba.»

Miré a mi alrededor y vi que Mikołaj, mientras me esperaba, había dejado sus sombrías miradas por todas partes; estaban colgadas de los árboles, tiradas en la acera y en las vías; cuidado, alguna de ellas podría acabar atropellada por un tranvía como el editor Berlioz[2], y yo sería la responsable. Corrí a la cabina telefónica más cercana para llamarle, pero no

respondió. Lo intenté una y otra vez, di vueltas por las calles durante mucho tiempo y, finalmente, de entre todos los monumentos del centro, empecé a identificar solo cabinas telefónicas, desde las que intenté localizarlo sin éxito. Desde esa ya había llamado, así que iba a otra, y luego a la siguiente, y a la siguiente, pero no encontré su voz en ninguna. No me rendí; había muchas cabinas y cada una me invitaba a entrar, cada una tenía un lugar para mí en su interior oscuro, cada una era una promesa de misericordia y perdón. Finalmente respondió, con la habitual tristeza en su voz, esta vez un poco menos triste y un poco más enfadada. Me quité la boina de la cabeza y la bufanda del cuello, y el calor meteorológicamente injustificado despertó de paso un recuerdo fugaz de san Florián. «Te lo compensaré —dije al auricular—, vendré mañana, no llegaré tarde. A tu estudio, por supuesto. Encontraré la puerta de entrada. Bajaré las escaleras.»

---

2. Véase *El Maestro y Margarita* de Mijaíl Bulgákov.

Vidrio

Me despertó el timbre inesperado de la puerta, su sonido estridente me atacó como un tanque y supe que iba a aplastarme, que iba a hacerme papilla.

Me despertó también el ruido de voces de Aba y de la bisabuela, aliadas como siempre frente a un enemigo común.

«Agua, agua —susurraban— echó agua por debajo de nuestra puerta otra vez, volvió a lanzarnos conjuros». Luba, la vecina del piso de abajo, es una bruja malvada: recoge «agua muerta» en los funerales, el agua con la que lavan a los difuntos, y luego la vierte por debajo de nuestra puerta. La bisabuela la vio a través de la mirilla.

Me despertó el sutil chirrido con el que se abrió la puerta principal, el estruendo con el que se arrojaron las llaves sobre la nevera y el estruendo con el que cayeron los zapatos de los pies. Entró de puntillas y yo fingí estar dormida, pero la órbita cálida de mi cama esperaba el aterrizaje de sus dedos helados y mis fosas nasales inhalaban insaciablemente esa mezcla única de perfume, viento y tabaco. Se alejaba, para no derretirse con mi calor, retrocediendo a la puerta de Aba, y yo me convertía en un radar que le enviaba señales de advertencia para que no entrara allí. No podía entender por qué tenía tanto miedo.

Me despertó el ruido de la televisión al otro lado de la puerta, intercalado por las arias verbales de Aba y mamá, en un registro cada vez más alto, el pánico me asaltaba inevitablemente, como los cuervos negros del NKVD.

—¡El Pacto Ribbentrop-Molotov!

—¡Un desfile germano-soviético en Brest-Litovsk!

—¡La abolición de la Iglesia católica griega!

—¡Millones de torturados en los campos!

Y luego otra vez:

—Yo tenía derecho porque estaba sola. Tú eres responsable de una niña.

—¡Tú eras una niña! ¡Tenías catorce años! ¡Echaste folletos escritos a mano en los buzones sobre los crímenes de Stalin! ¡Si alguien te hubiera denunciado, te habrían fusilado en el acto!

—Ya te ha convocado el KGB.

—No tengo miedo de nada.

—Marianna, no tienes derecho a arriesgarte. Tienes una criatura, una hija.

Me despertó un tintineo, un golpe, un ruido.

—Los lazos de sangre no significan nada. Soy ucraniana porque he elegido serlo.

¿Se ha caído la jarra de cristal del estante? ¿Se ha hecho añicos y ha hecho daño a mamá? ¿Aba le ha vendado la herida? Me estaba quedando dormida y entonces algo me despertó de nuevo.

De día, como un perro olfateando un rastro, seguí el largo cable del teléfono y me llevó hasta el baño. La luz estaba encendida, un cigarrillo humeaba, el champú con olor a pino hacía espuma y los libros estaban sobre la lavadora Sibir, con el lomo hacia arriba. Mamá estaba sentada sobre el inodoro cerrado. Me hablaba sin interrumpir su lectura, solo de vez en cuando me miraba desde detrás de las líneas de letras negras. Sabía que solo parecía distraída: mamá era como un conductor al volante concentrado en la carretera.

—Ayer en clase estuvimos jugando al XXVII Congreso del Partido Comunista. Un alumno era Gorbachov, el otro era Yeltsin. Todos teníamos tarjetas rojas para votar, como los diputados.

—¿Y cuáles eran los temas del orden del día?

—Votamos sobre la expulsión de las repúblicas bálticas de la URSS. Todos votamos a favor por unanimidad. Mamá, ¿algún día Ucrania también será independiente?

—No lo sé, cariño. Estamos luchando por eso.

Junto al baño, en el estrecho pasillo llamado cocina —¡qué eufemismo!— todos los quemadores estaban encendidos: se calentaba agua para el baño, se hervía sopa, se freía carne. Aba lo dejó todo, se limpió las manos pegajosas en el delantal, se acercó a nosotras y se sentó en el borde de la bañera.

—Acabo de leer sobre el brutal asesinato de la familia del

zar en 1918. Una prueba más de que toda la vida hemos estado viviendo una mentira.

—Te traeré más lecturas.

Mamá se estaba lavando el pelo vertiendo agua de un cazo, el champú olía intensamente a pino y el olor se elevaba sobre su cabeza junto con la nube de vapor. Una bata de seda se ceñía a la figura aniñada de mamá y a la altura de la cadera se veía un remiendo: la marca de una quemadura de cigarrillo zurcida por Aba. En el brazo llevaba un vendaje, recuerdo del incidente nocturno de los cristales.

Me estaba preparando para ir a la escuela. Al atarme los zapatos, estuve atenta para no empezar sin querer por el izquierdo. Había una superstición: «Si te pones primero el izquierdo, tu madre morirá». Se suponía que la lengüeta de mi zapato izquierdo debía mantenernos a salvo.

Yo iba a la escuela y ella a su ensayo, a una actuación o, con menor frecuencia, al taller de Mikołaj. Él me reveló que ella no lo complacía a menudo con sus visitas, no le hablaba a nadie en el teatro sobre su romance, aunque todos ya lo sabían. Siempre aparecía sin avisar, entraba a paso ligero, lanzaba el abrigo en cualquier sitio. No la dejaba fumar, le hacía café, le pedía:

—¡Canta!

Fruncía sus cejas negras, sus fosas nasales aleteaban de forma depredadora, pero él sabía que estaba contenta. El repertorio daba igual: podía ser una canción popular, un aria compleja o incluso un ejercicio monótono. Notaba que su voz era algo así como un yo extra, que transformaba el mundo a su alrededor y sobre todo a él en particular. Su voz nacía de su cabeza como Atenea de la cabeza de Zeus, la esencia de esa voz era la abundancia y el exceso, porque después de todo, pensó, aunque la naturaleza le hubiera dado la mitad, habría seguido siendo una cantante extremadamente dotada, pero la naturaleza era generosa, no tenía en cuenta la lógica humana y la costumbre del ahorro, quería dar más de lo que Mikołaj podía contener, tal vez incluso más de lo que ella misma podía contener. Y, quién sabe, quizás fuera por esa generosidad que Marianna tuvo que morir joven, pues cada una de sus notas

contenía diez años de la vida de otro…

Sí, pocas veces visitaba su taller, pero, incluso cuando estaba sentada frente a él o echada en sus brazos, Mikołaj ya la echaba de menos, porque aun en esos momentos estaba lejos de él y no sabía cómo llamar a esa ligera niebla de distancia que por iniciativa se interponía entre ellos como un cristal. Estaban juntos —y no lo estaban—, ella lo amaba —y no lo amaba—, daba un paso en su dirección y al instante dos hacia atrás. Había oído que así se comportaban los hombres que buscaban evitar el compromiso, pero ¿qué demonios quería evitar ella? Solo había dos temas en los que olvidaba su resistencia: el arte y la lucha contra el sistema. Con creciente preocupación notó que lo segundo empezaba a dominar sobre lo primero.

Un día, exhaustos, estaban tumbados el uno al lado del otro sobre la colcha húmeda, con la aguja del tocadiscos rebotando en el último tema, silenciosa. Marianna le dijo:

—Yo creía en eso. En la igualdad, en la justicia, en el fin de la explotación, en el comunismo otra vez en nuestra vida. La represión de Stalin, la muerte de mi abuelo incluida, la atribuía a los errores de sus subordinados. «Han traicionado las ideas del gran Lenin», así nos convencíamos los miembros del Komsomol. Después de todo, no conocíamos el alcance del terror, el gulag.

Mientras la escuchaba, devoraba su rostro con la mirada, mordía la piel de su cuello, su pecho y su vientre.

—Era una idealista. Con el padre de mi hija habíamos planeado ir al KGB para pedirles que nos dieran armas y nos mandaran a Chile, porque queríamos luchar contra Pinochet. Solo desistimos de ese plan porque descubrir el sexo era más excitante, consumía todas nuestras fuerzas.

—Enséñame todo lo que descubriste.

Ella se liberó de su abrazo y se sentó:

—Cuando era adolescente, a veces dudaba. Recuerdo el llamamiento en la escuela, cuando todo el mundo cantaba:

Lenin vive para siempre,
Lenin siempre está contigo.
En el dolor, en la esperanza y la alegría.

Lenin está en tu primavera,
en cada día feliz
Lenin está en ti y en mí.

»Todos en éxtasis, lágrimas de emoción corren por las mejillas de la profesora de ruso, y yo solo abría la boca; me enamoré de un compañero de clase: era él quien estaba en mi primavera, no Lenin. Miraba a mi alrededor tratando de adivinar quién más fingía cantar. ¿Recuerdas esos llamamientos?

Mikołaj asintió con un gruñido mientras seguía recorriendo su cuerpo.

—Al mismo tiempo, la escuela atea era un refugio para mí de mi abuela y su oscura y obsesiva religiosidad.

Mikołaj apartó sus labios de las zonas pecosas de su piel y empezó a tararear con ella:

—Nieta y abuela, nieta y abuela, nieta y abuela…

—¿Y cómo soportaste el horror comunista? En la escuela, en la universidad, en el trabajo…

—Nieta y abuela, nieta y abuela…

Él movió su cuerpo ágil y elástico, como un galgo, hacia el piano y tocó un estándar de jazz.

—Ya que ignoras mi pregunta, la responderé yo mismo. Sabías la verdad por tu madre, pero tenías que mantenerte callada. Estudiaste y dedujiste tu propia historia a partir de silencios elocuentes, miradas de reojo, medias sonrisas y sobrentendidos. Luego empezaste a leer *samizdat* y a escuchar emisoras de radio «enemigas».

—Mi refugio del sistema fue el Teatro Popular Polaco.

—Solía pensar que en las organizaciones nacionales solo había gente estrecha de miras, pero supongo que tendré que cambiar de opinión.

—Las obras de Tadeusz Różewicz y Mrozek eran como una ventana a otro mundo. No solo hay polacos en el teatro polaco. Valeri Bortiakov, nuestro director, era ruso, pero acuñó otro término para definirse: decía que era *leopolitano,* que su nacionalidad era de Leópolis. Y yo pienso algo parecido, aunque soy ucraniano de pura cepa.

—La cultura polaca es una ventana a Europa… ¿Te has

caído por la ventana, pues?

Torció la cara en una mueca.

—No, solo me caí del instituto. Hablando de lucha, mi madre te vio en la manifestación. Y me dijo que prefería oírte en la calle que en el teatro.

—Nunca pensé que terminaría cantando en la calle. Pero ya sabes… *Después de todo, el arte pertenece al pueblo…*

—Ya te convocaron en la plaza Dzerzhinski.

—No tengo miedo de nada, ¿sabes? El otro día unos trabajadores me trajeron un ramo de rosas, con el que me pinché los dedos. Entonces pensé que había derramado mi primera sangre en la lucha contra el régimen.

Después de estas palabras, Marianna empezó a vestirse y Mikołaj se levantó de detrás del instrumento, se puso a sus pies y le agarró las rodillas.

—¡Quédate esta noche, por favor, te lo ruego!

—Tengo un ensayo mañana por la mañana y una actuación por la noche. Y entre una cosa y otra hay una reunión política.

—Como quieras —respondió obediente, corriendo las cortinas en las ventanas cada vez más oscuras.

Taller I

Ya estaba oscuro. La calle y sus adoquines desiguales se doblaron bajo mis pies. Mis botas intentaron domarlas, pero fue en vano: me hundí en un agujero y me sumergí de repente más de cien años atrás en el tiempo. ¡Siempre había soñado con viajar en el tiempo por la ciudad! Visitar el Leópolis del pasado, no el Leópolis del futuro. Sabía, por supuesto, que no estaba en una máquina del tiempo, sino en medio de una obra: habían retirado parte del pavimento y el nuevo estaba a la espera de ser colocado. Entretanto, terminada la jornada laboral, los obreros se habían ido a casa, a sus pueblos, olvidándose de volver a poner el cartel de advertencia: «Cuidado, obras en la carretera»; por lo demás, en la ciudad nadie esperaba tanta cortesía por su parte. Me quedé allí unos instantes, en esa especie de mundo intermedio idealizado, observando las villas y los árboles de los alrededores desde un nivel próximo al del derrumbe del Imperio austrohúngaro y la guerra polaco-ucraniana. No podía permitirme llegar tarde a esta cita.

Salí de la zanja, pero la calle seguía bajando. Su casa estaba en el extremo más alejado, atravesé un portón, bajé unos escalones, abrí la primera puerta, luego la segunda y la tercera. Mikołaj me saludó abajo y enseguida supe que no estaba enfadado conmigo por haber llegado tarde el día anterior. Me invitó a pasar y entré en una habitación que desafiaba las leyes de la gravedad: colgaban maquetas en las paredes, una máscara mortuoria del techo y, en medio, rodeados de estanterías rebosantes de libros y discos de vinilo, había un piano y un caballete con el dibujo inacabado de unos dedos arrugados. Hablamos de varias cosas hasta que mis ojos se detuvieron en una hoja de papel sobre la mesa; le pregunté qué representaban las figuras geométricas.

Se sentó en el halo de luz que proyectaba una pequeña

lámpara —destellaron su pendiente y su alianza— y me señaló la silla que tenía enfrente. En una hoja de papel en blanco dibujó varios circulitos en una esquina, unos triángulos en la otra, y luego trazó una línea divisoria más o menos en el centro.

—A la derecha está la tierra de los círculos. Los círculos se casan con círculos y dan a luz a hijos círculos. A la izquierda reinan los triángulos. Ahí los triángulos se casan con triángulos y dan a luz a triangulitos. Esta línea representa la frontera, y el espacio que la rodea es la zona fronteriza, donde nacen otros niños muy diferentes.

Dibujó círculos dentro de triángulos, cuadrados dentro de círculos y también —lo que más me gustó— formas poliédricas formadas por círculos y cuadrados superpuestos.

—A la gente le encantaría que estos niños se definieran como estas o aquellas figuras. El problema es que no quieren. Son una y otra cosa a la vez, eso es lo que los hace únicos. Sin embargo, la mayoría de la gente no acepta esa posibilidad: los híbridos, las formas mixtas. La mayoría quiere definiciones inequívocas. Hace la vida más fácil.

—¿Y tú? —pregunté.

—Yo soy uno de esos híbridos. Un hombre de frontera.

Quería gritar «yo también», pero no me atreví. Por no mencionar que hacía poco que había aprendido por las malas a no hablar más de la cuenta.

—¿Aaah, síií?

La vocal que vibró en mi garganta se convirtió en un canto silábico, luego en vocalizaciones.

—Mamá solía venir a verte a tu taller.

Quería preguntárselo, pero sonó como una afirmación de la que me arrepentí al instante; frunció el ceño y la frente de una manera familiar y por eso el resto de las preguntas no formuladas se me atascaron en la garganta junto con todas las notas no entonadas.

Me senté al lado de la gran estufa de azulejos que aún ardía, frente a la biblioteca. Mikołaj empezó a sacar libros de arte. Estaba tan orgulloso de cada libro que no me atreví a preguntarle si me los prestaría algún día. En lugar de

devolverlos a la estantería, me los iba pasando, de modo que me hundía en la silla, abrumada por el noble peso de los libros. Con una pila sobre las rodillas, un gran volumen en cada mano, los pies en calcetines de lana apoyados en otra montaña y la cabeza rozando la estantería con una docena de libros similares, me sentía doblada como Atlas y los atlantes, o, mejor dicho, las cariátides que sostenían los balcones de la ciudad: me apoyé en *El Renacimiento del norte* y *La talla barroca en madera;* pisoteé *Los ornamentos hutsules* y me vestí con *El estilo secesión.*

Disfrutaba con esa avalancha de maravillas, aunque me molestaba esa inmovilidad forzada: la falta de una salida de emergencia era contraria a todos los principios de seguridad. Estaba inmovilizada en la silla y su dedo revoloteaba en mi sien y rizaba un mechón de mi pelo. Estaba inmovilizada en la silla, y su cabeza cobriza, abriéndose paso entre la pila de libros, se deslizó hasta mi regazo. Estaba inmovilizada en la silla, y su voz pronunciaba palabras sencillas que habrían sido más propias de un caballero de otra época.

—Creo que eres encantadora.

Estaba viendo cómo mis ideas sobre el mundo se derrumbaban; sus palabras, pensé, son como un accidente de coche, de esos que solo les pasan a los demás. Pero pensar que yo podría ser la víctima o incluso la instigadora… ¿Quién podría decir si íbamos a salir indemnes?

—¿Qué vamos a hacer?

Con estas palabras quejumbrosas apretadas contra mis labios, pensé que sería mejor que sacara su sabia cabeza de mi regazo y la metiera bajo el tren de alta velocidad que nos empujaba al uno hacia el otro. En su lugar, me liberó de todos esos libros, me levantó y me apoyó contra la estufa caliente y luego comenzó a besarme en los labios. «Lleva un jersey rojo —pensé mientras le devolvía el beso—, san Florián no se equivocaba.»

El frío disipó un poco los efectos de la excitación que acabábamos de vivir mientras caminábamos vacilantes, lánguidos por el beso, entre los árboles de la calle Lev Tolstói, con los zapatos patinando por la superficie irregular del

pavimento.

—¿Qué vamos a hacer?

Por fin había hecho la pregunta. No encontraba las palabras para explicarle el miedo que me daba ese deseo incontrolado, y por mis recuerdos de la Ópera que últimamente habían cambiado por su culpa, pero mi intuición me decía que desconfiara de las personas que tienen el poder de cambiar tus recuerdos. ¿Le diría alguna vez a mi hija: «Cuidado con el hombre que sabe más de ti que tú»?

En vez de responder, me llevó a un portal y me soltó una perorata sobre las molduras del techo estucado cubierto de polvo de mármol, mientras yo pensaba en las feas abolladuras del falso mármol y en los horribles adornos navideños que colgaban. Allí también nos besamos.

—No me vuelvas a llamar, por favor.

Probablemente era la última oportunidad para escapar del triángulo amoroso con mi difunta madre.

—Como quieras.

Ya sabía que nuestras palabras no cambiarían nada.

La catedral

Dios se me aparecía después de que se apagaran las luces. Podía jugar en la oscuridad con las muñecas que tenían su casa junto a mi cama. Tatarear canciones en voz baja. O tocar ciertas partes de mi cuerpo. Estar triste sin razón. Observar las sombras en movimiento de los coches en el techo o escuchar a escondidas las conversaciones de los adultos detrás de la pared. Sabía que era Dios Padre quien me visitaba, un dios mucho más digno de fe que el exaltado Jesús ensangrentado. Alguien me dijo que se llamaba el Todopoderoso.

Cuando Dios bajó de la biblioteca, me arrodillé ante él. Temblé al pensar que alguien de mi familia pudiera sorprenderme. Una vez, excepcionalmente, Dios me había visitado en el baño, justo cuando Aba entró. No dijo nada cuando me vio arrodillada de esa manera, se limitó a sonreír con aire misterioso.

Dios, como Polonia, pertenecía a un mundo que estaba condenado a la aniquilación mucho antes de que yo naciera. Empecé a buscar información sobre Él. En la habitación de la bisabuela encontré un misal que cogí y escondí en un cajón de mi escritorio. Contenía sobre todo versos impresos en páginas amarillas, con una ortografía de antes de la guerra que yo no conocía: «Ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares, ni de noche ni de día, no me dejes sola», «Te doy el corazón y el alma mía, que son más tuyos que míos», «Señor, perdona mis pecados, ámame y guíame todos los días de mi vida».

Me pareció una tontería, tal vez por mi educación, que me había acostumbrado a una poesía exquisita desde el momento de mi concepción. Si hubiera que resumir el contenido de ese *Manual de los justos suspiros del alma,* sonaría algo más o menos así: el hombre se dirige a Dios, pero Dios no quiere escuchar. El hombre no se da por vencido y le habla cada vez más. El

hombre espera mucho de Dios, que se resiste a darle nada. En el pasado, el hombre había hecho algo malo, Dios lo sabe y el hombre sabe que Dios lo sabe. Sin embargo, el hombre anhela que Dios le dé una segunda oportunidad. Me sorprendió que el hombre estuviera tan subordinado a Dios.

Pensaba que había que legitimar a Dios de alguna manera.

—Haz que me bauticen —le dije a Aba.

—Ya lo hice—respondió.

Así me enteré de que Aba y la bisabuela habían organizado mi bautizo en casa cuando era un bebé. El viejo cura de la catedral había exigido el consentimiento de mi madre, pero en el misal amarillento se afirmaba que, en determinadas circunstancias, cualquiera puede celebrar un bautismo sin el consentimiento de nadie. Un día, mientras mamá estaba en clase, después de correr las cortinas del salón, dos mujeres no muy santas, sacerdotisas sin la vestimenta ritual y privadas de la bendición de las autoridades religiosas, me rociaron con agua bendita robada de la catedral, convencidas de que esa operación casera lavaría el pecado original.

—¿Este bautismo es realmente válido? —pregunté, desconcertada.

No obtuve respuesta.

La catedral de Leópolis estaba en el centro de la ciudad: el hueso dentro de un melocotón. Este majestuoso edificio no parecía un lugar para niños y, sin embargo, una vez logré entrar. Dios, decían en la escuela, era la falta de electricidad, pero la catedral me dio la impresión contraria, la luz se manifestaba en forma de innumerables racimos. Brillaban con un resplandor dorado, resplandecían y se deslizaban desde la cúpula hasta el suelo, para volver a subir a la bóveda, proyectando su fulgor sobre una mujer arrodillada vestida de negro. Un pañuelo le cubría la cabeza y los hombros y detrás de ella se extendía la larga cola de su rosario. Se balanceó de un lado a otro, luego se tumbó y empezó a retorcerse en el suelo. «La religión es el opio del pueblo», recordé mientras la observaba.

Cuando Aba y yo llegamos a una puerta oscura y cerrada, golpeamos primero con nuestras llaves, cuyas cabezas y púas

se rompieron al golpear el metal. Poco después apareció en el umbral una mujer muy pálida con un peinado infantil. La seguimos a través de un pasillo oscuro donde se apilaban muebles en desorden, del que emanaba un olor a lirio y a bodega, mientras arrastraba al buen Dios de mi habitación detrás de mí. Subimos y bajamos escaleras, no muy cómodas para nuestros pequeños pies, talla treinta y cinco y medio, detrás de una de las puertas por las que pasamos había una luz y alguien tocaba el piano. Patinamos durante mucho tiempo sobre el suelo resbaladizo, hasta que aterrizamos literalmente a los pies de un altar, donde un hombre cojo con una túnica blanca soplaba velas, con un gato flaco acurrucado a sus pies. Desde el altar débilmente iluminado, las vidrieras se elevaban hacia el cielo; los rayos del sol se asomaban, proyectando sus mil colores sobre la mujer pálida, parpadeando en sus pupilas inmóviles. Pasamos por delante de los caballeros muertos con armadura en los pasillos laterales; una anciana se frotaba contra ellos con todo su cuerpo, murmurando algo, parecía la bisabuela.

Los pequeños altares laterales estaban abarrotados de jarrones llenos de peonías blancas y rojas, las chicas arrodilladas recogían los pétalos y los guardaban en bolsas de tela. Miré hacia arriba, por encima de la bóveda gótica, que me recordaba las costillas pronunciadas del gato frente al altar, había una abertura que dejaba ver un rincón de cielo azul: ¡la catedral estaba perforada! «Hoy hace sol —pensé—, pero ¿y los demás días? ¿Caen la lluvia y el granizo sobre las cabezas de los feligreses? Han pasado por cosas mucho peores en la vida —me dije—, este pequeño inconveniente no les afectaba demasiado.» Sin dejar de mirar al techo, me di cuenta de que una mujer en miniatura con corona me observaba desde arriba, elevándose sobre el altar como un halo de arcoíris sobre el sol. Aba había desaparecido.

Una monja se acercó a mí, vestida con una túnica blanca y negra, con sus pequeños ojos de ratón asomando de debajo de su tocado. Tomó mis manos entre las suyas y comenzó a llevarlas hacia arriba y hacia abajo, mientras repetía: «En el nombre del Padre y del Hijo». Recordé que la bisabuela repetía

lo mismo todas las noches, y luego la monja me dio un enérgico golpe en los dedos, porque no respondían de la manera esperada, y después me condujo a la capilla lateral y me entregó un librito amarillo titulado *Ven, Jesús mío* y me dijo que tenía que aprendérmelo de memoria. También había vidrieras en la capilla, en las que se veía a un hombre triste y de pelo gris que conducía un burrito en el que iba sentada la Virgen María. A mí también me habría gustado montar en un burrito que me llevara a un país mejor, a una ciudad fortificada que me ofreciera refugio y donde pudiera quedarme para siempre.

El bautismo que había recibido de bebé en casa fue reconocido, así que ahora debía prepararme para la primera comunión, me anunció Aba cuando me encontré con ella en la salida. En el vestíbulo nos cruzamos con la mujer que rezaba junto a las tumbas de los caballeros. Hundió sus mangas de terciopelo en una extraña cavidad, unas gotas de agua cayeron al suelo. Estaba bastante segura de que era la bisabuela. La austera monja nos acompañó hasta la puerta.

—*Do widzenia* —le dije despidiéndome en polaco, orgullosa de mi perfecto conocimiento del idioma.

—¡No se puede decir eso en la casa de Dios! —gritó, enojada—. Eso es lo que se dice en la calle. Esta es la casa de Dios y tienes que decir: «Alabado sea Jesucristo».

—Alabado sea Jesucristo —repetí, y la puerta negra se cerró de golpe detrás de mí.

Siempre que la bisabuela tenía un buen día, descorría las cortinas y, armada con unas tenacillas, se sentaba frente al espejo y se rizaba el pelo, mientras cantaba una canción cuyo estribillo se parecía al canto de un cuco. A veces también cantaba letras extrañas y repetitivas como «Los justos habitarán en tu santo monte. Los justos habitarán en tu santo monte».

Cada vez que oía su voz aguda, me sentía avergonzada, como cuando orinaba delante de mí: era como si se desnudara en público.

Cuando empecé a asistir a la misa en la catedral, me di cuenta de que los extraños lamentos de la bisabuela eran

salmos. A veces me encontraba con ella en el vestíbulo, cerca de la pila de agua bendita, donde se rociaba generosamente con agua bendita la nariz y el pecho.

—Sí, de vez en cuando canta en el coro de la catedral —me confirmó Aba, desviando la mirada.

—¿También consideraba ese canto algo indecente? ¿Conoció al bisabuelo en el coro?

—En 1925 la bisabuela fue una de las primeras mujeres en ingresar en el coro estatal de la Capilla de la Corte de San Petersburgo (entonces Leningrado) y, a pesar de ser muy joven, pronto se convirtió en la asistente del director. Conoció a tu bisabuelo durante los ensayos, era tenor.

A través de la ventana vi la casa de al lado y mis ojos se fijaron en el lugar donde el yeso de la fachada se había caído dejando los ladrillos a la vista. A menudo me habían dicho que los ladrillos al sol tenían el mismo color de pelo que mi bisabuelo. Su cara emergió del ornamento de las grietas, pude imaginármelo fácilmente: él canta desde el amanecer hasta el atardecer, cuando el crepúsculo invernal empieza a caer detrás de la ventana; mientras anochece y los demás coristas se despiden y se marchan a casa por los puentes de San Petersburgo, un dúo solemne continúa cantando en la sala, ella la asistente del director y él el cantante, la mezzosoprano y el tenor, la mujer joven y el hombre maduro, ella pequeña, él muy alto, ambos cantando sin interrupción durante varios días seguidos, tal vez un mes entero: ese fue su maratón vocal, similar al maratón poético de mis padres.

—Papá era diez años mayor que mamá —me dijo Aba— y procedía de una familia más rica que ella, pues poseía tierras en Lituania, tierras que, por supuesto, perdieron. Los padres de mamá, campesinos de la misma región, se trasladaron a San Petersburgo con la esperanza de una vida mejor. ¡La familia de papá se opuso al matrimonio! Incluso muchos años después, su hermana, ya mayor, se negó a conocerme. Pero papá estaba muy enamorado, de todos modos, y no escuchó a nadie. Se casaron en la iglesia católica de Santa Catalina, sin testigos. Pero eso ya lo sabes, ¿no?

Asentí. Me imaginé que hacía frío en la sala de ensayo, el

conserje que se ocupaba de la estufa se había ido ya a casa, pero el tenor tenía la frente bañada de sudor, la proximidad de la subdirectora de la orquesta lo hacía consumirse, sus manos y sus pies eran pequeños (como habíamos heredado todas), su piel era tersa y blanca… La fuerza de su amor era tal que mi bisabuelo hizo que la noche polar cayera en Leningrado durante treinta días seguidos. Nadie debía perturbar su intimidad, ni su prepotente hermana, ni la irascible Catalina II, en cuyo honor se había construido la iglesia, ni el desafortunado rey Estanislao Augusto Poniatowski, que estuvo allí enterrado durante un tiempo, ni los cantantes, que no necesitaban director de orquesta, ya que en ese momento estaban construyendo kilómetros de alambradas en el lejano norte, tan largas como las notas del *allegro* más sonoro del dúo vocal.

—Estuvieron juntos siete años. En 1937, papá sintió el peligro, pero no tuvo miedo. Era impetuoso por naturaleza y decía lo que pensaba en todas partes; en aquella época los informantes estaban al acecho en cada esquina. La gente empezó a desaparecer de nuestro edificio: sobre todo hombres, pero también mujeres. Se llevaron al padre y a la madre de mis vecinos gemelos. Cuando vinieron a buscar a papá, no estaba dormida. Me dio un beso antes de marcharse y me dijo que era un error, que volvería pronto, dos hombres lo esperaban en la puerta: nunca volví a verlo.

El arresto de su padre se convirtió en el punto de inflexión en su vida y todas las historias tarde o temprano topaban con él como un barco encallado en un banco de arena.

—Sí, sí, conozco la historia. ¡Háblame del canto!

En respuesta, Aba cerró los ojos, apretó los labios y se tapó las orejas con las manos, y solo las aletas de su nariz se movieron de manera constante como las alas de un pájaro.

—Después de eso, no hubo más cantos —dijo.

Tenía la sensación de que no me estaba diciendo la verdad.

Los pinceles

A Mikołaj le gustaba extender mis pinturas en el suelo y pisarlas con los pies descalzos, señalando con los dedos las partes que consideraba buenas, aunque una abrumadora mayoría no tenía ningún valor. Una vez tumbados en la cama, me concentré en sus pies manchados de pintura, y él, entre beso y beso, continuó con su disquisición sobre por qué yo pintaba mal. Cuando oímos los pasos de Aba acercándose a la puerta, nos levantamos y Mikołaj volvió a pisar mi trabajo.

—Estoy familiarizado con este tipo de razonamiento —dijo en voz alta—. Te sientes como si fueras la primera en hacerlo, pero estás siguiendo un camino ya recorrido. En cuanto al dibujo —continuó—, las formas se inspiran en el arte del Lejano Oriente. Pero eso no es lo principal. Falta un elemento dominante. ¿Dime de qué trata este cuadro?

—Te equivocas —lo interrumpí acaloradamente—. Hay un tema, hay uno dominante, hay un significado. Se trata de un árbol. De sus ramas y raíces. Y de la luz, la luz que… que… juega con ellas.

Durante estos debates yo enseguida empezaba a balbucear, a perder la voz: era como si desapareciera toda conexión entre mi pecho, donde nacían mis argumentos, y los órganos del habla.

—Dejemos de lado los antecedentes, hablemos de las emociones. Hay demasiadas. En tus cuadros introduces temblores, parpadeos, llantos. Un embadurnamiento superficial y femenino.

Lo peor de todo es que él estaba leyendo esas frases desde lo más profundo de mi ser, donde siempre habían estado: bajo los pulmones y el diafragma, en lo más profundo de mis entrañas.

—Y, sin embargo, no son las emociones, ni siquiera la mezcla de convenciones, tu mayor error, pues eso podría arreglarse. Tampoco es la falta de un tema dominante: después

de todo, se podría crear uno. Pero lo que haces carece de singularidad. No te expresas con tu propia voz.

Me gustaba cuando me criticaba, me hacía sentir que mi trabajo era importante.

—Estáis estudiando —dijo Aba respetuosamente, cuando asomaba por la puerta—. Os he preparado unos bocadillos.

Mientras íbamos a su casa, le conté por el camino cómo había empezado a pintar. Un día Aba me llevó a la Judozhka.

Detrás del monumento a Mickiewicz se encontraba la Judozhka, la escuela de arte para niños: una musa alada le ofrece una lira al poeta, la escena tiene lugar al pie de una imponente columna, cuya cima está coronada por un pincel. Pinceles similares decoraban el techo de la casa vecina, que albergaba la librería internacional Druzhba, «Amistad». Aba solía comprar revistas polacas allí: *Przekrój, Kobiety i Zycie, Uroda*[3]. Mickiewicz estaba frente a la «hermosa tienda», como la llamaba Aba. Oficialmente, se llamaba Judózhnik, «el Pintor», y se vendían cuadros, pinturas y joyas hechas a mano. Al igual que en las tiendas de comestibles de la época, la iluminación era tenue y, desde que entrabas, te acogía la oscuridad. En las paredes colgaban vistas de la ciudad, paisajes y naturalezas muertas; cada cuadro iba acompañado de una tarjeta blanca con un número de tres dígitos y el nombre del artista, escrito en letras desconocidas, en la esquina inferior. Aba solía decir que no había que mirar los cuadros de cerca, que había que retroceder unos pasos para poder verlos enteros de un vistazo, pero allí, en las dos pequeñas salas de exposición, eso era prácticamente imposible: había lienzos que ocupaban cada centímetro cuadrado de la superficie de la pared, incluso había algunos en el suelo. Cada vez que intentaba situarme a distancia, solo veía un cuadro enorme: era un paisaje rural y un paisaje urbano a la vez, un retrato y una naturaleza muerta a la vez. ¿Tenía Mickiewicz una mejor vista desde su columna?

Las señoras que trabajaban en la «hermosa tienda» llevaban camisas folclóricas bordadas y varias sartas de cuentas de color burdeos, que asomaban de sus cuellos y se perdían detrás de los cristales que cubrían los largos mostradores instalados

frente a ellas; en estas cuentas, al igual que en los cuadros, había etiquetas con números de tres cifras. Las vendedoras hablaban en un ucraniano totalmente diferente al de las dependientas de las tiendas de alimentación, pronunciaban las palabras con altivez, como si les pesaran en las gargantas tanto como las cuentas en sus cuellos, como si una etiqueta con un número de tres cifras estuviera unida a cada palabra. Yo sabía que no podíamos permitirnos comprar nada allí, pero Aba siempre jugaba con ellas al mismo juego: preguntaba por el precio de los cuadros, observaba las joyas y los jarrones de cristal, tocaba las pinturas y los pinceles. Las señoras respondían despacio, sin salir de detrás de sus mostradores, y yo me preguntaba si alguna vez se iban a casa o si las encerraban allí por la noche en estuches especiales, como si fueran violonchelos.

La escuela de arte estaba ubicada en un gran edificio residencial que en ese momento no se sabía que estaba en mal estado. Unos años más tarde lo evacuarían, incluido el lúgubre cine de la planta baja, lo que iba a significar su destrucción oficial. Pronto la Unión Soviética correría la misma suerte y se derrumbarían en paralelo, como en una carrera, pues nada los salvaría de una terrible agonía en el corazón de Leópolis. El edificio sobreviviría al imperio a pesar de todo, justo antes de su desaparición los jóvenes lo cubrirían con coloridos eslóganes; más tarde, la ciudad lo echaría de menos, como a quien le falta un diente frontal, sin que quedara claro si se trataba de un triste vacío debido a la vejez o de un hueco temporal a la espera de la dentadura definitiva.

Cuando fui por primera vez a la escuela de arte para empezar mis clases, *nada de eso tenía importancia.* Aprendí a montar un pesado caballete de madera, donde colgué mi primera cartulina con chinchetas, en la que no dudé en dibujar mis trazos de principiante.

Las formas de las herramientas para esculpir, cóncavas por un lado y convexas por el otro; la lluvia de arcilla para modelar detrás del cristal; los bancos donde nos sentábamos, con nuestros monos grises de manga larga alrededor de una bañera llena de arcilla. El hombre que me dio la bienvenida al

taller debía de haber perdido un dedo en el campo de batalla, pues andaba por los pasillos murmurando algo sobre la guerra o riéndose entre su barba negra. Ese día nos había encomendado una tarea: cada uno de nosotros debía esculpir una cabeza humana y teníamos que modelarnos los unos a los otros. Luego salió de la habitación.

Mientras trabajábamos en silencio, sumergiendo por turnos las manos en la bañera, cada uno amasaba su balón; mi modelo era Nina, todos los demás eran chicos. Poco a poco la algarabía se fue haciendo más intensa en el aula; al cabo de un rato una pandilla de chicos dejó de trabajar con sus herramientas y nos rodeó a las dos. Empezó a gritar uno de ellos: «¡Golpea, sin piedad, sigue golpeando!». Y los demás respondieron a coro el final del estribillo: «¡Reviéntala, es solo una *moskal,* adelante, vamos!»[4].

Agitaban sus herramientas y saltaban alrededor de Nina y de mí, mientras gritaban ese estribillo en ruso. Se habían inventado un juego, de cerca pude ver sus caras de payasos, sus grandes lenguas, sus dedos bailarines. Comprendí al instante que no tenían intención de dejarnos salir del círculo, estábamos atrapadas. Y corearon: «*¡Moskals* fuera! *¡Moskals* fuera! *¡Moskals* fuera!».

Un trozo de arcilla me golpeó en la cabeza, luego un segundo, Nina recibió otro en la cara. Los chicos pronto se quedaron sin munición, todos los trozos de arcilla destinados a ser cabezas habían saltado y nosotras éramos ahora las que teníamos acceso a la bañera. El aula olía como un jardín botánico a principios de la primavera, mientras yo usaba mis puñados de arcilla para formar balas de cañón y lanzarlas a las cabezas de mis oponentes. Logré romper el bloqueo llegando hasta el más bajito, el líder de la banda, un chico llamado Cytowicz. Aunque podría haber aprovechado el hueco para escapar, envolví mis brazos alrededor de su cintura y le aplasté un pastel de arcilla contra el pelo. Mientras notaba su cabeza caliente y la arcilla fría, un pensamiento cruzó mi mente: Cytowicz está vivo.

—No sabía que yo era una *moskal.*

Estábamos encerradas en el baño. Nina me miró con

suspicacia.

—¡Son ellos los que tienen cuernos!

—¿Por qué?

—Un cornudo es, dicho de otro modo, un *ragul.*

—¿Qué es *ragul?*

—Un *ragul* es un ucraniano étnico. Mi madre no para de decirme: «No te dejaré salir con un *ragul».*

El profesor se rio para sus adentros, hundió la cara entre las manos lisiadas y volvimos con él al aula, que bullía de actividad, como si no hubiera pasado nada. Una hilera de cabezas de arcilla de varios tamaños nos observaba desde el borde de la bañera.

Mi paraguas tenía un agujero y mis zapatos estaban empapados, pero paseé por las calles, hundiéndome en las aceras, que bajo la presión del agua y el barro parecían haber perdido su firmeza. Nina ya está pensando en un novio, incluso habla de eso con su madre, pronto pasearía bajo el mismo paraguas con un joven alto en lugar de conmigo, saldrían juntos a tomar un helado, o al cine, y luego volverían a su casa, y cuando abriera la puerta su madre se enfadaría, porque entre el pelo del joven despuntarían unos anchos cuernos de ciervo, o cuernos de buey retorcidos, o un único y largo cuerno de unicornio blanco.

Incluso la bisabuela los llamaba los locales, una expresión como cualquier otra, salvo que ella la pronunciaba de una manera particular, afilada como una cuchilla. *Local* viene de la palabra latina *locus,* que significa «lugar».

—Soy de Leópolis —le dije—. Yo también soy local.

Como respuesta, la bisabuela soltó una carcajada maligna, la misma que Nina había soltado en el baño.

El incidente de la clase de arte me reveló que cada uno tenía una nacionalidad. Hasta entonces había pensado que solo afectaba a ciertas personas, a Aba por ejemplo, que siempre hablaba de sus raíces polacas. En cuanto a los demás, nada más empezar la escuela tuvimos que aprender de memoria el himno soviético. En él había una estrofa sobre «Rusia, que incluía todas las nacionalidades» de las quince repúblicas de la Unión. En ese momento me imaginé que las escondía en su gran

vientre, donde estaban cálidamente instaladas. Entre los pueblos «incluidos» nunca se mencionaba una nacionalidad —Aba y la bisabuela siempre bajaban la voz en el momento de pronunciar su nombre—; se trataba de los judíos. Solo había otra palabra que les causaba tanta angustia: Dios, que en ruso se llamaba *Boj*. Aba pronunciaba la primera palabra con tanta aprensión como desaprobación. La segunda la inhalaba junto con el aire en sus pulmones, profundamente, y luego la soltaba con fuerza: *Bo-ooojjj*. Es como si acusara a los judíos de algo y Dios, a su vez, se lo reprochara a ella.

—Soy polaca hasta la médula —decía Aba.

—Soy ucraniana por elección —decía mamá.

—Fuera los *moskales* —me gritaron los chicos.

—Soy leopolitano —repitió Mikołaj tras la estela de su maestro Valeri Bortiakov. Esta última opción era la que más me convenía.

Desde las ventanas de la escuela de arte no se veía a Mickiewicz, solo las piernas desnudas de su musa en el aire, volando hacia él entre un mar de coches para unirse con él en su isla. Un día le pregunté a Aba por qué los polacos no se lo habían llevado también a Polonia, ya que se habían llevado al dramaturgo Fredro y al rey Juan Sobieski, y ella me explicó que Mickiewicz estaba muy integrado en el centro de la ciudad, por lo que habrían tenido que llevarse toda la plaza y todos los edificios que la rodeaban. Era un argumento de peso, admití con alivio, Mickiewicz se había salvado, él y su larga cabellera verde, él y su lira de muchas cuerdas, él y su musa de piernas desnudas; o quién sabe si era una chica o un chico, o tal vez las dos cosas a la vez; su cuerpo estaba cubierto con una túnica ligera y me pregunto si en las noches heladas el poeta se quitaba el abrigo para envolver a la musa con él. ¿Acaso la columna estuvo coronada alguna vez con un lápiz afilado en lugar de con un pincel? Había oído que en aquella época a Mickiewicz lo apodaron «el Lápiz». Los habitantes de Leópolis de antes de la guerra tardaron mucho tiempo en aceptar ese monumento, dijo Mikołaj. Desde la Ópera caminamos hasta Mickiewicz, lo rodeamos y observamos la forma en que se había diseñado para integrarse en las siluetas

de los distintos edificios. Un día nos sentamos en el islote, rodeados de un mar de coches, y me contó algo que le había ocurrido a principios de los años ochenta. Llevaba mucho tiempo esperando eso, pues Mikołaj no solía compartir conmigo las historias importantes de su vida: me recordaba a un coleccionista que temiera más por la seguridad de sus objetos que por el placer de contemplarlos.

—Recuerdo que en aquellos días la columna Mickiewicz parecía una torre de vigilancia, una entre los millares que había en esta tierra de gulags. Los actores del Teatro Polaco rodeamos el monumento en un estrecho círculo al pie de los escalones de su pedestal y los informantes se situaron un poco más lejos, en la acera. Fieles a la tradición, habíamos ido con flores, como hacíamos todos los años para inaugurar la temporada teatral. Habíamos llevado gladiolos, atados con cintas blancas y rojas. Se sentía en el aire que algo malo estaba a punto de suceder: habían llegado noticias de Solidarność desde Polonia —Polonia empezaba a molestarles de veras— y nosotros actuábamos en el Teatro Popular Polaco. Justo cuando estábamos depositando las flores, llegaron para identificar a todos los presentes. Al día siguiente todos perdimos nuestros trabajos o nos echaron de la universidad. Por nuestro nacionalismo burgués polaco. Personas de seis nacionalidades diferentes.

—¿Y tú? —pregunté.

—Me excluyeron de las listas de estudiantes de la Academia de Bellas Artes de Leópolis, que aún no se llamaba así.

En su vejez, el padre de Mikołaj se había ablandado; si hubiera tenido un hijo en edad escolar, ahora no lo habría obligado a pasar todas las tardes encerrado en una casa sofocante. Desde que se jubiló de su puesto como director en la Ópera, se había interesado por la carpintería: hacía mesitas y taburetes tambaleantes y llenaba de virutas el dormitorio conyugal. Con la edad, iba menguando su devoción por el sistema soviético, en cuyo nombre había luchado una vez en los frentes de la Gran Guerra Patriótica, después de lo cual se había trasladado de Járkov a Leópolis. En primer lugar, sus años al frente del teatro le habían enseñado que el régimen estaba plagado de

hipocresía, nepotismo y burocracia. En segundo lugar, los años de convivencia con su mujer, muchos de cuyos familiares eran miembros del Ejército Insurgente Ucraniano, habían hecho mella en sus convicciones. Y, cuanto más se distanciaba el padre de Mikołaj de sus antiguos ideales, más se desvanecía su mirada antes cegadora y adquiría un nuevo brillo más femenino.

La madre de Mikołaj era otra historia. Cuanto más se ablandaba su otrora tiránico marido, con más vehemencia empezaba a expresarse ella; cuanta menos influencia tenía él fuera de casa, con más confianza acudía ella a las reuniones de los círculos proucranianos e incluso, más tarde, a las manifestaciones. Fue una *guerra relámpago* a gran escala y solo sus amigos se sorprendieron de su impresionante aumento de peso, aunque a ella parecía no importarle, pues iba de la mano de la conquista de territorios desconocidos y de la creciente sensación de que esa casa y esa ciudad le pertenecían.

Al enterarse de que a Mikołaj lo habían expulsado por nacionalismo polaco, palideció, se llevó las manos a la cabeza: tenía que ocultárselo a su marido a toda costa. Así que ella y Mikołaj acordaron que él mantendría sus costumbres en los próximos meses, fingiendo que asistía a las clases todos los días. Al mismo tiempo, le contó a su marido sus planes para recuperar una habitación en el sótano que había quedado libre porque había muerto el inquilino de antes de la guerra, un borracho. El padre de Mikołaj se había sumado de buen grado a esta tarea, se puso en contacto con sus conocidos en el ayuntamiento, se ocupó de algunos trámites y consiguió el local, que era ideal para practicar su nueva afición. Sin embargo, lo usó por poco tiempo: murió de un ataque al corazón un año después del suceso al pie de la columna de Mickiewicz, justo cuando Mikołaj daba sus primeros pasos en la nueva universidad que lo había aceptado.

La muerte de su padre supuso que todos los éxitos posteriores de Mikołaj —su graduación con honores en la Academia de Bellas Artes de Járkov, su trabajo como escenógrafo en la Ópera e incluso su doctorado en su *alma mater* de Leópolis— tuvieran un regusto amargo. La voz de Marianna lo liberó de

esa sensación de culpa. Lo transportó más allá de su historia y la de su familia, a un lugar en el que convivían la gravedad y la ligereza, y muchas otras cosas, a menudo contradictorias, que conforman la libertad.

Fue lo mismo, creo, que él buscaba en mí, por eso comenzó nuestro absurdo y ridículo romance. Nada bueno salió de ello, como señalé al principio; yo no tenía ningún talento musical.

---

3. *Sección transversal, Mujer y vida, Belleza.*

4. *Moskal* es un término histórico utilizado para referirse a los residentes del Gran Ducado de Moscú desde el siglo XII al XV. Ahora se emplea por algunas naciones eslavas, por ejemplo Bielorrusia, Ucrania y Polonia, como un insulto étnico contra los rusos.

Lenin

—No me gusta llevarte conmigo, no es un lugar para niños. Pero si insistes… Después de todo, ya tienes trece años —dijo Aba.

Entonces siempre daba un rodeo para evitar la Ópera, pero era un día especial: el espectáculo se iba a celebrar al aire libre, con espectadores llegados de todas partes. Era septiembre de 1990; Mikołaj ya tenía un diploma en escenografía y llevaba varios años trabajando en la Ópera. Ese día los dos estábamos entre la multitud sin saber el uno del otro. Ambos pensábamos en Marianna. Para Mikołaj todo aquel evento tenía que ver demasiado con la política y muy poco con el arte, y una profunda añoranza de su voz se apoderó de él. Pensó en el hecho de que esa voz ya no estaba ni en el cielo ni en la tierra y se preguntó en cómo ese «no estar allí» se diferenciaba de su propio «estar allí», y si su propio «estoy» —o más bien su propio «soy»— estaba más muerto desde la muerte de Marianna. En cambio, yo pensaba en las palabras de mi madre: «Somos humus, damos nuestra vida para fertilizar la tierra, no alcanzaremos a ver sus frutos». Me imaginé que participaba en una ópera que había salido del escenario, frente al edificio del teatro, y se representaba para todo el mundo. «¡El arte pertenece al pueblo!», y la voz de mamá marcaba el tono.

Levanté la vista: el arco del portal estaba coronado, como siempre, por la alegoría de la Gloria sosteniendo una hoja de palma. Quizá la Gloria estuviera cansada de que las actuaciones se celebraran siempre en el interior: ¿acaso era ella la que había convocado esa reunión? La hoja dorada que tenía en las manos brillaba a la luz del sol, pero el verdadero atractivo del programa de esa noche estaba mucho más abajo y yo era la única que miraba en esa dirección. Me subí al borde de un parterre de margaritas, con la barbilla rozando la

coronilla de Aba: era la ciudad en el mapa dorado de su cabeza, desde el que los hilos grises de las carreteras se ramificaban en todas direcciones antes de perderse en la espesura de unos oscuros caminos rurales. Las caras enfadadas nos rodearon, primero en una fila, luego en filas de dos y de tres. Sospeché que pronto no íbamos a poder salir de allí y me abroché con nerviosismo los botones de la elegante chaqueta vaquera que había heredado de mi madre. Aún olía a tabaco y a perfume. En un lugar faltaba un botón y en su lugar había un imperdible.

No le quitaba los ojos de encima a la Gloria, que asentía a la actuación del coro: hoy no iba a haber obertura. El coro cantó a dos voces: los altos se quejaron de la profanación del líder supremo, mientras que los bajos exigían su derrocamiento. Entre ellos se encontraban en silencio los cadetes de la escuela de oficiales, que aún no sabían si su parte estaba incluida en la partitura. Recuerdo que los altos (los opositores al derrocamiento de la estatua) estaban temblorosos y llorosos, con papeles de aluminio crepitantes que envolvían las cabezas de los claveles rojos. En cambio, los bajos (los defensores) eran viejos, desgastados pero robustos, y de su lado tenían a los santos de ojos negros de los estandartes de las iglesias ortodoxas. Entre los altos había profesoras de mi escuela. «¿Por qué lo defienden? —me pregunté—. ¿Para qué lo necesitan? ¿No habían leído nada sobre el Terror Rojo? ¿No les dispararon a sus padres? ¿Ningún abuelo deportado a Siberia?» «Somos humus, damos nuestra vida para fertilizar la tierra, no alcanzaremos a ver los frutos», decía mamá. Pero ¿qué pasaba con esas mujeres que querían abonarla con sus lágrimas?

—¡Quitadle las manos de encima a Lenin! —gemían.

—¡Maleta! ¡Estación de tren! ¡Rusia! —gruñeron a modo de respuesta.

—¡Que saquen de una vez el cadáver del mausoleo y lo entierren! —dijo Aba—. Entonces dejará de propagar su poder maligno y de confundir las mentes de la gente.

—Madre de Dios, nuestra intercesora, haz que no haya un baño de sangre —dijo con un suspiro una mujer a nuestro lado.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! —gritaron los dos coros y se

fundieron en uno.

«Está a punto de empezar —pensé, y me pareció oír un solo —. Somos humus. No alcanzaremos a ver…»

—*¡Forte!*

De nuevo alcé los ojos: las dos manos de la figura-alegoría estaban congeladas en un gesto que transmitía la misma señal a la orquesta todo el rato y de pronto se oyó un estruendo: la palma de oro cayó sobre la cabeza del público, la Gloria tenía por fin las manos libres.

—*¡Forte! ¡Forte! ¡Fortissimo!*

De repente, las notas de los coristas se mezclaron, las partituras se desbarataron, las voces empezaron a alterarse, oí un gemido, un tintineo, un grito, y luego perdí a Aba. Me agaché, crucé los brazos sobre el pecho y los apreté mientras me tiraban arena y colillas sobre la cabeza; la señora de la intercesión de la Virgen María informó, poniéndose de puntillas:

«Les arrebatan los estandartes, les arrancan los claveles de las manos. Los golpean con ellos en la cara. Aquellos escupen banderas azules y amarillas. Los soldados los separan.» Me dolían las piernas de estar en cuclillas y caí en la acera, menos mal que Aba había desaparecido, pues de lo contrario se habría puesto a reñirme por dejar que mis ovarios cogieran frío. Desde allí descubrí que la señora Intercesión de la Virgen María llevaba zapatos ortopédicos para hombre, uno más grande que el otro, debía de haber contraído la poliomielitis de niña. Los largos cordones no solo ataban la parte superior de su calzado, sino también sus pies. Me pregunté cómo había llegado hasta allí, era como un caballo encadenado, y luego pensé que quizás todos los presentes teníamos los pies entrelazados con esos mismos cordones y que cada movimiento de uno conllevaba otros mil. Nunca hay que sentarse en medio de una multitud: morirás pisoteado. Aba había desaparecido. Somos humus.

—*¡Forte! ¡Forte! Fortissimo!*

—¡Madre de Dios, ten piedad de nosotros, se van a matar!

Las baldosas grises del pavimento eran del mismo color que Vladímir Ilich. El monumento era obra del escultor moscovita

Serguéi Merkúrov, célebre autor de los Lenines de piedra a lo largo y ancho del país. Me negué obstinadamente a mirar la estatua y, sin embargo, seguía ante mis ojos: arrugando su gorra, ya arrugada, entre las manos, alzándose sobre un pedestal en forma de chimenea, con la mirada gacha y la expresión de un condenado. Alguien vertió un cubo de pintura roja en su pedestal: me recordaba todo lo que quería olvidar.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! —se oía a la multitud entre ululares y sollozos cada vez más apagados. Fue un gran día, incluso Zygmunt Gorgolewski se sentó en la acera gris entre los espectadores, con su cigarro sin encender en la boca.

—Pero ocurrió —repitió de forma mecánica—. Ocurrió. Ocurrió, sí, ocurrió…

—¿Qué le parece, señor? —pregunté sin abrir la boca—. ¿Está contento? Bueno, debería estarlo. Aunque usted y Lenin han pasado muchos años juntos, como bajo el mismo techo de una *kommunalka*[5].

—¿Por qué estás sentada en el suelo? ¿Estás loca? ¡Te vas a enfermar! ¡Te morirás! —gritó Aba, tirándome del brazo.

—¿Estás viva? —pregunté asombrada, como alguien con trastorno de estrés postraumático, aunque en ese momento no supiese qué era aquello.

—Qué bien que haya venido la niña. Esto no se emitirá por televisión —comentó alguien detrás de nosotros.

Levanté las zapatillas del suelo, despegué. Cuando tenía seis años, mi madre me hizo una medalla por ser buena trepadora de árboles. Era un trozo de cartón redondo con tres ramas negras en él y un gato dorado en el centro, con todos los pelos de la cola hacia arriba. Todavía tengo esa medalla en mi escritorio debajo de un cristal. Usted no tiene una, señor Zygmunt.

—¿Y para qué vas tan arriba? ¡Te caerás y te romperás la cabeza!

Busqué a Chornovil con la mirada, pero, en lugar de él, subió a la grúa un hombre cansado con un traje arrugado. Leía algo de un folleto, el megáfono resollaba y no se entendía nada.

—Enumera los principales crímenes del comunismo —

conjeturó la señora Intercesión. Lloraba.

Los cánticos cesaron. Y, luego, el último golpe de la batuta del director de orquesta.

—*¡Uno, dos, ya!*

Durante el primer segundo el líder del proletariado mundial estuvo suspendido en el aire como una enorme campana incapaz de emitir ningún sonido, luego cayó con estruendo sobre la plataforma de un camión pintado de azul con una inscripción grande: «El Pueblo». Todo el mundo aplaudió: los que estaban abajo y yo desde arriba.

Se había hecho justicia, ahora empezaría una nueva y mejor era. Podíamos volver a casa. De pronto se oyó otro estruendo, inmediatamente pensé en Gorgolewski. No era la primera vez que sentía los temblores de la Ópera y ahora el teatro se desmoronaba tras los pasos del Guía Supremo; las figuras de los nichos caían al suelo: la alegoría de la Tragedia con los ojos vendados y la corpulenta Comedia.

—¡Vámonos a casa ya!

—No pasa nada, es solo una losa que se ha caído del pedestal del monumento, ¡varias losas, de hecho!

—Son lápidas. De polacos. De judíos. De fusileros de Sich, del cementerio de Yaniv. ¿Cómo llegaron allí?

Las lápidas cayeron del pedestal, seguidas de los huesos y los cráneos de ciudadanos de Leópolis de diversas nacionalidades asesinados por el régimen. Cuando tocasen el suelo volverían a convertirse en personas jóvenes y vivas que regresarían a sus hogares junto a sus familias, mientras que el ídolo caería al suelo y se convertiría en cenizas. Lo mismo ocurriría cuando derrocasen el cadáver del mausoleo en la Plaza Roja, ciudades y pueblos enteros caerían debajo de él y multitudes de hombres y mujeres con uniformes de preso y con heridas de bala saldrían a la calle, entonces tendría lugar el juicio final, con la división en ovejas y cabras. Se escucharía el solo de «somos humus», pero luego no habría nada que fertilizar.

—¡Oro! ¡Hay oro! ¡Los comunistas lo escondieron en el pedestal!

La señora Intercesión empujó a Aba y se precipitó hacia

delante, yo ayudé a Aba a mantenerse en pie; los tipos uniformados formaron una tupida cadena alrededor del hueco dejado por el líder y las losas se cargaron en otro camión que, al igual que el primero, se alejó en dirección desconocida. Aba y yo tratamos de salir, yo sosteniendo su brazo hinchado, y las grandes venas de sus manos eran como un mapa de la Unión Soviética en el que se señalaban con una cruz los lugares donde no se habían retirado aún las estatuas de Lenin. A nuestro alrededor aparecieron botellas de vodka, la gente bebía a morro y se las pasaba de mano en mano. Aquí y allá diferentes grupos cantaban a la vez diferentes canciones populares y nadie necesitaba un director de orquesta. Íbamos en la dirección equivocada, pues la multitud frente a nosotros se hacía cada vez más densa, la marea humana se derramaba exactamente donde Lenin estaba unos minutos antes. Los soldados se habían ido, solo vi a un tipo con la bragueta abierta de pie sobre la fosa abierta, rociándola con un generoso chorro de orina. Capté la mirada crítica de Aba: no debería haber visto eso, me iba a convertir en una estatua de sal. «Pero vamos, querida Aba —respondí mentalmente—, en este momento mi cabeza está llena de Zygmunt Gorgolewski, me da tanta pena, no sé por qué, que me voy a poner a llorar.» En realidad, fue Aba quien se secó furtivamente las lágrimas y, mientras caminábamos hacia casa por la avenida Lenin, dijo:

—No adores ni sirvas a los ídolos. La palabra de Dios se ha cumplido, somos testigos —dijo.

Asentí con fervor para confirmar esta verdad, sintiendo al mismo tiempo que el imperdible desabrochado, que se había deslizado desde el cuello de mi chaqueta y había atravesado la tela de mi jersey, se me clavaba en la piel en algún lugar cerca de las costillas.

---

5. Piso comunal soviético.

Taller II

Después de recorrer varias calles nos encontramos en la calle Lev Tolstói, bajamos los escalones y, después de cerrar con cuidado la puerta detrás de nosotros, nos tumbamos en el sofá, sobre la colcha amarilla con dibujos de dientes de león. La aguja surcó el lago negro del gramófono. Por un momento, recuperé la voz y dije una y otra vez: «No podemos, no debemos, no es apropiado, no quiero, no puedo, no sé…». A mí no me gustaba hablar y a Mikołaj tampoco le gustaba demasiado. Se volvió hacia la pared, quitó la música con un enérgico golpe, se levantó y se puso a tocar él mismo el viejo piano de cola. Golpeaba las teclas con tanta fuerza que temí que las hundiera. Entonces habría que llamar a un afinador, y no podría pagarle. Saldría sola a la calle helada, moriría en el portal, porque tampoco tenía sentido volver a casa. Mikołaj siguió improvisando de una manera cada vez más jazzística y se puso a tararear:

—*¡Kul-ba-ba! ¡Kul-ba-ba! ¡Kul-ba-ba!*

La colcha estaba rígida y húmeda, mientras yo seguía tumbada de espaldas, remando al ritmo de su melodía, los barcos se alejaban cada vez más y los faros desaparecían en el horizonte, los socorristas hacía tiempo que se habían ido de vacaciones. Me quité el jersey de lana gris, la camiseta gris desgastada y el sujetador gris descolorido, y me puse bocabajo, fantaseando con que en mi espalda desnuda crecieran dientes de león. Y les cantaba a ellos, a los *kulbabas,* a todo un prado cubierto en primavera de dientes de león, una flor por cada peca, y todas se mecían conmigo al ritmo de la melodía.

—*¡Kul-ba-ba! ¡Kul-ba-ba! ¡Kul-ba-ba!*

La melodía se aceleró, los dientes de león se convirtieron en bolas blancas y esponjosas. Mikołaj se las quitó de encima con su rápida respiración y mi espalda se convirtió en un cementerio de cabezas calvas de dientes de león en lugar de

cruces.

—*¡Kul-ba-ba-ba!*

Luego un timbre inesperado en la puerta, aunque no habíamos oído pasos antes. Mikołaj me echó una bata sucia por encima y me empujó con suavidad hacia el piano. Tuve que agacharme allí, junto a la estantería, para que no me vieran. Apoyé la espalda en las filas de libros de los estantes inferiores; me convertí en una «mujer de bolsillo» y yo misma no sabría decir qué palabra me pareció más degradante: *bolsillo* o *mujer*. Dejó entrar a su madre, cuyos ojos vagaron por la habitación. Ella le había llevado comida caliente y él se enfadó con ella, le pidió que se fuera inmediatamente, como si la mera suposición de que pudiera tener hambre fuera tan humillante para él como la idea de haber nacido de una mujer. Me senté en el suelo, con la mirada fija en el lugar donde se separaban las solapas de mi bata, mirándome los pechos. «Glándulas mamarias», así las denominaban en los libros de medicina. «Glándulas mamarias» de las que no había salido ni una gota de leche. Glándulas mamarias. Leche como de diente de león. *Kulbaba*.

Cuando su madre se marchó, y después de cerrar todas las puertas tras de sí, volvimos a tumbarnos el uno al lado del otro; Mikołaj se bajó los pantalones, sus piernas eran largas y delgadas como zancos. Parecía algo ridículo. En el día a día permanecían ocultas bajo su ropa. También vi que llevaba unos calzoncillos azules de algodón; alguna vez debió de ser realmente un niño. Pero ahora esas piernas enjutas eran el refugio de un animal salvaje que se encabritaba bajo sus calzoncillos; Mikołaj tenía que sujetarlo con la mano para que no se abalanzara sobre mí y me destrozara.

«Es pecado», pensé, sin poder apartar la mirada.

—¿Quieres que te presente las partes íntimas de mi cuerpo? —me preguntó con su habitual tono de profesor.

Asentí vacilante, luego deslizó una mano hacia la guarida y abrió la puerta desde el interior: ahí detrás dormitaba la bestia. Vi su piel temblorosa y su boca intimidante. Durante la lección visual, Mikołaj le acarició suavemente la cabeza.

—Este es mi escroto, ahí están los testículos… Esto es el

glande, esto se llama prepucio… Por aquí se orina… Y lo que ocurre ahora se llama erección.

«¡Ahí está: el pecado!» Las palabras daban vueltas en mi cabeza y me impedían asimilar los nuevos conocimientos. Entre mis piernas todo se inundó de calor, temí que se viera, debía de haber un resplandor rojo, dentro de un momento Mikołaj lo notaría y empezaría a pensar que yo era una chica promiscua.

—¿Es posible que seas virgen?

—Voy a la iglesia, ¿no?

—Mi generación creció sin Dios. Nadie nos habló de él.

—Pero ahora ya lo sabes.

—Me bautizaron hace unos años.

—No actúas como un converso: no vas a la iglesia.

—No considero que expresar el amor con el cuerpo sea un pecado.

Levanté la cara de entre los pliegues de la manta húmeda, extendí las manos, lo acaricié como a un gato, aunque su olor fuera más bien canino. Habría querido que me dejara hundir los dedos en su pelaje, que cerrara los ojos y ronronearse, que disfrutáramos juntos del placer que da la cercanía del otro cuerpo. Pero él tenía su propio programa, se movía en una dirección diferente a la mía, aunque nuestros cuerpos entrelazados dijeran lo contrario. Sumergí mis dedos en su cuerpo para amasarlo como si fuera plastilina, pero toparon con una montaña (hasta las montañas le obedecen, es fuerte y alto como el monte Hoverla), la golpeé dolorosamente mientras él se vertía en mí como el yeso en un molde, sin preguntarme siquiera si quería convertirme en mi propio monumento en vida.

—Quítate esos pendientes —dijo con un gemido—, son tan horteras como tus cuadros.

Me saqué las piedras de colores, que a mí tanto me gustaban, de las orejas y las tiré al suelo, mientras él continuaba su recorrido por mi cuerpo, para el que no necesitaba compañía. «¿Por qué mi cuerpo lo consume tanto? Este pobre hermano burro que solo quiere ser acariciado y lo abrazado…», pensé. Entonces, de repente, gritó como alguien

que acabara de encontrar algo que hubiera perdido hacía mucho, aulló con los ojos cerrados, apretó mi mano alrededor de su miembro húmedo como si quisiera poner a prueba mis recién adquiridos conocimientos sobre su estructura anatómica. Luego volvió a explicarme en tono de conferenciante:

—Y así es una eyaculación.

Se puso los pantalones y se levantó para ir a la cocina, donde puso tres cucharadas colmadas de café Fort en la cafetera italiana y me dio la espalda hasta que la bebida caliente empezó a silbar en la parte superior. Lo sirvió en dos tazas de cerámica de paredes gruesas y me entregó una en silencio.

Estaba oscuro y hacía frío cuando salimos. Nos deslizamos sobre trozos de hielo sucio, mi mano en su bolsillo, su mano en la mía. Hice todo lo posible por pasar desapercibida por las calles repletas de alumnos y conocidos suyos. Atrás quedaban los días en los que andaba despacio, mirando las cabezas descascarilladas de los poetas polacos en los nichos de los pisos superiores de los edificios. Ahora las calles eran una carrera de obstáculos y mi mirada desconfiada era como la de un explorador que salía a reconocer lo que había delante a cada segundo. Mikołaj andaba sin prisas, como siempre.

Nos detuvimos frente a un edificio cerca del Politécnico («eclecticismo, fíjate en las torretas redondas en la parte superior»), entramos en el portal de esa casa cubierta de estuco blanco («ejecución diligente, valor artístico nulo»), atravesamos un patio lleno de coches Zaporózhets cubiertos de lona. Me habría ido bien algo así, pues el cielo estaba empezando a escupir gruesos copos de nieve húmeda. Mis manos en mi cabeza, sus manos en mi cabeza. El patio nos condujo a la siguiente entrada («mira el buzón de hierro forjado, algún idiota lo pintó de marrón») y de ahí al siguiente patio. Allí vi un cobertizo con techo de hojalata. El granizo tamborileaba sobre el techo y lo golpeaba, también golpeaba nuestras cabezas descubiertas. Llamamos a una puerta y nos abrió un hombre de mediana edad con mechones de pelo negro a ambos lados de la calva. Su rápida mirada se fijó al instante

en nuestras manos entrelazadas. Dentro todo estaba tan abarrotado de cabezas que no podíamos poner la nuestra en ningún sitio. Estaban unas al lado de otras en una larga mesa, con cuellos o sin ellos, mates y brillantes, de piedra y madera. Todas, sin embargo, se volvieron inmediatamente hacia mí y me miraron fijamente. En las cuencas de sus ojos no había indulgencia para mi pecado. Entre esas cabezas muertas se movía la calva del dueño, que había preparado algo para recibirnos. Apoyó una escalera de mano contra el armario y subió al techo para coger algunas botellas de la estantería. Al hacerlo, se golpeó la cabeza contra todo un bosque de piernas que crecían allí: piernas rectas y cruzadas, de piedra y de metal, todas desnudas. El armario contiguo estaba adornado con madonas de papel, con coronas de oro, y un retrato del expresidente ucraniano Víktor Yúschenko. Mikołaj y el anfitrión se sentaron frente a él, se sirvieron en unos vasos de vino turbio de una botella revestida de mimbre. Yo también bebí y, después de los primeros sorbos, las cabezas empezaron a superponerse: la cabeza de nuestro anfitrión con la de la Madre de Dios de Yazlovets, el pelo de Mikołaj con el de nuestro anfitrión, el pelo de Mikołaj con la calva de nuestro anfitrión, el pelo de Mikołaj con las calvas de las cabezas muertas, que eran invariablemente Tarás Shevchenko; sus pesadas frentes se cernían sobre sus ojos opacos y sus largos bigotes colgaban como las cintas de sus camisas bordadas. Mikołaj y el anfitrión discutían algún tema peliagudo relacionado con la próxima conferencia de la facultad. Se quejaron del decano al tiempo que anotaban algo en el reverso de unos papeles escritos; mientras, yo me bebía el líquido turbio. Un vino Srednianskoye de la soleada Transcarpacia, madurado en unas bodegas magníficas construidas por los turcos hace cuatrocientos años. Todas las cabezas eran iguales, aunque no del todo. Me fijé en una con la cabeza calva y la frente caída, pero sin bigote. ¡Atención, un intruso! ¿Cómo había llegado allí? La observé cada vez con más atención, ya nos habíamos visto antes y no había sido un encuentro agradable. Sorbí mi vino como si fuera agua y traté de recordar la cita exacta del poema de Pushkin *Ruslán y Liudmila,* cuando

el desafortunado amante busca a su prometida y, en lugar de ella, se encuentra en el desierto una cabeza gigante:

El valiente príncipe mira
Y ante él ve una maravilla.
¿Encontraré palabras y colores?
Frente a él hay una cabeza viva.
Sus ojos, cerrados, dormitan.

«Ruslán se salió con la suya», pensé, pues cuando la cabeza empezó a soplar contra él y lo arrojó del caballo, cuando empezó a rugir y a burlarse de él con su terrible lengua, él atravesó con un movimiento rápido y certero esa lengua con su lanza. Yo, por mi parte, indefensa y hambrienta, me asomé a buscar algo de comer, pero sobre la mesa solo había mermelada de sauquillo rojo, agria y amarga. Aba solía darme una cucharada cuando me dolía la garganta. Mikołaj y el anfitrión charlaban sobre sus problemas con el decano, se burlaban de su demencia senil, o tal vez del sauquillo: su dura corteza se pegaba a la lengua y a los dientes y era difícil de desenganchar y masticarla. La cabeza del intruso se había camuflado bien entre los bustos de Shevchenko, se había colado en sus huertos de cerezas, entre siervos explotados y jaidamakas con guadañas afiladas, pero no era nada comparado con la docena de Cristos crucificados que colgaban sin cruz en el techo. Me pregunto si a veces los miraba de reojo o simplemente les lanzaba silenciosas maldiciones ateas.

—¿Cómo llegó esta cabeza aquí? —pregunté en voz baja.

Nuestro anfitrión me guiñó un ojo, se sirvió más vino y se apresuró a cambiar de tema. Habló del verano de 1990 y de las esposas de los oficiales que protestaron frente a la Ópera contra la retirada del monumento de Lenin, de las lápidas judías descubiertas en el pedestal y del escultor Merkúrov, al parecer el único miembro de la logia masónica de Moscú que tuvo la suerte de morir de muerte natural. Luego añadió la leyenda del supuesto suicidio del arquitecto Gorgolewski porque su teatro se estaba derrumbando: ni yo ni Mikołaj le corregimos, solo intercambiamos una mirada cómplice. Por fin el anfitrión llegó al momento en que el camión azul con el

monumento derribado de Lenin entró en el patio trasero de una fábrica de Leópolis, donde la figura fue depositada bocabajo ante unos pocos testigos. Sin embargo, la noticia del destronado líder del proletariado mundial se extendió por la ciudad en poco tiempo y delegaciones de curiosos visitaron la fábrica. Incluso llegó una comisión especial de Kiev, que consideró insatisfactorias las «condiciones de conservación de Vladímir Ilich». Se dijo con estas palabras, porque eran tiempos en los que Lenin podía ser desmantelado, pero no puesto en el suelo. Por lo tanto, era necesario deshacerse de él de una manera civilizada y barata, así que pronto tuvo lugar otra ejecución, esta vez menos pomposa. Lenin fue decapitado, el torso se destinó a erigir un monumento en honor a las víctimas de la represión comunista y mientras tanto se guardaría en un almacén.

—¿Cómo acabó en tu casa la cabeza? —pregunté. En respuesta, nuestro anfitrión se limitó a reír y me sirvió más vino, aunque aún no había vaciado mi vaso, por lo que el líquido se derramó, lo que pareció divertirle. Hizo una mueca horrible mientras se acariciaba sus rodillas como balones de fútbol, no sabía qué hacer para que empezara a cantar, así que le pregunté:

—¿Qué sientes cuando le quitas el polvo?

—No le quito el polvo. Me limpio los pies en ella —respondió con una risita.

La cara de Mikołaj tembló del disgusto, Yúschenko abandonó su pared para replegarse y la cabeza de Lenin sustituyó a la de nuestro anfitrión, que se acercó a mí con sus ojos entrecerrados del líder chequista y declaró con voz ronca:

—Te he reconocido, eres la hija de Marianna.

El vaso se volcó y el vino restante de Transcarpacia se derramó sobre mis vaqueros. Mi interlocutor se levantó de un salto y empezó a limpiarme con un trozo de tela roja, mirándome a los ojos con cuidado. Confesó que había estado en medio de la acción en ese momento, cantando *El sauquillo rojo* tan fuerte que le dolía la garganta. Tenía un primo que había oído los disparos, fueron dos o tres, ¿cuándo fue exactamente, en julio o en agosto? Desconecté y me hundí en

la embriaguez alimentada por la nube del glorioso martirio de mi madre y el denso humo de los cigarrillos que los caballeros apagaban. No tenía nada que decir sobre la historia de aquella época, todos sabían más que yo. Nuestro anfitrión se emocionaba cada vez más con sus propios recuerdos. En efecto, Marianna era la reencarnación de Solomiya Krushelnytska, la misma mezzosoprano vibrante, ucraniana con cada fibra de su ser. Él mismo, a propósito, llevaba tiempo pensando en publicar una revista cultural verdaderamente patriótica, pero no sabía cómo encontrar un patrocinador, y cuyo título aún no había decidido. ¿Sería mejor *El Independiente* o *El Sauquillo Rojo?*

—Nos conocemos desde hace años —me dijo Mikołaj mientras volvíamos a casa—. Le debo mucho: me convenció para entrar en la universidad, me animó a hacer el doctorado. Pero también es un hecho que se especializó en bustos de Lenin.

Con nieve fresca hasta las rodillas, atravesamos los patios interconectados, mi cabeza sobre su hombro, su cabeza sobre la mía, ambos intentado masticar sin éxito las bayas amargas que nos habían ofrecido.

—Os deseo a ti y a tu alumna todo lo mejor—le había dicho el anfitrión a Mikołaj a modo de despedida, y no pude evitar pensar que su mirada, que revoloteó hacia mí después de estas palabras, se había clavado en mi cara por una vez.

El cofre

La nieve casi había desaparecido, solo aquí y allá resbalábamos sobre algunos charcos de barro: yo con mis botines rosas; Aba, con botas negras de tacón ancho, y mamá, con botines de fieltro del color de las campanillas de nieve, que se vendían en cada esquina de la calle Akademicka. Estas sencillas flores no eran adecuadas para la ocasión, así que nos dirigimos a la plaza Halytska.

—¿Qué tipo de primavera es esta? Un día malo, otro peor —refunfuñó Aba—. Tienes que ponerte el sombrero. Y botas que abriguen, de invierno. Tienes que cuidar tu cuerpo.

—¿Y si odio este cuerpo? —preguntó mamá, no sé si en broma o en serio—. ¿Y si quiero patearle el culo?

Lo sabía desde hacía tiempo: había dos mujeres que convivían en mamá, y una odiaba a la otra.

Las vendedoras de flores estaban justo al principio de la plaza: jacintos y narcisos, claveles y rosas. Fuimos a comprar un gran ramo de claveles en una lámina dura y vidriosa.

—¡Odio estas reuniones de pequeños burgueses! —gimió mamá.

—¿No te da vergüenza? —se indignó Aba—. ¡Un poco de respeto por la gente! ¡Y de gratitud!

Los coches que corrían por la calle Iván Frankó provocaban tsunamis de plata en los charcos, enmarcados por el dorado sol de primavera. Mientras esperábamos el tranvía 2, miré hacia arriba la ascendente calle Lenin y me imaginé que llevaría al mar o a algún otro lugar maravilloso donde nunca había estado. En realidad, el tranvía pasó primero por la iglesia gris de San Antonio, luego por delante de la iglesia ortodoxa blanca de San Pedro y San Pablo, y unas paradas más adelante nos bajamos frente a un templo que no conocía, donde un tanque verde apuntaba su cañón hacia nosotros.

Buscamos el bloque de pisos con el letrero «Nuestra

bandera», ya que el edificio vecino, llamado Leninismo, ya no era nuestro. Tres escalones conducían a la entrada, dos pequeños y uno alto. Las piernas de Aba superaron con facilidad los dos primeros, pero se detuvieron ante el alto. Giró un pie hacia un lado e intentó en vano colocarlo en el nivel superior. Apoyándose en nuestros brazos, se balanceó, entrecerrando los ojos, hasta que por fin logró impulsar su pequeño cuerpo hacia arriba. Una película húmeda se formó en su frente lisa y casi completamente libre de arrugas.

A diferencia de otros lugares, el hueco de la escalera de este bloque era luminoso y limpio, con cactus en macetas en cada rellano e incluso algo parecido a una alfombra en los escalones. El moderno ascensor zumbaba como las fábricas de nuestra vasta patria socialista que trabajan a destajo.

El tío Aleksi, hermano de mi difunto abuelo, y su mujer, la tía María, nos esperaban en la puerta de su piso. Se habían vestido con elegancia para la ocasión y también tenían expresiones solemnes. Sabía, por encuentros fortuitos en la calle, que también tenían otras. Después de los saludos de rigor, la entrega de las flores y el regalo envuelto en papel de periódico —un pesado jarrón de cerámica—, el tío nos ayudó a quitarnos el abrigo con los gestos de todo un caballero. Llevaba su pelo largo y ralo cuidadosamente peinado hacia atrás y tenía una gran barriga ovalada que portaba delante de él con tanto orgullo como si contuviera algo de inestimable valor. Llevaba una camisa almidonada de color claro y pantalones de traje. Su beso de bienvenida me dio náuseas: con los labios húmedos succionó un trozo de mi mejilla y lo masticó suavemente durante un rato. Habría sido de mala educación limpiarse la mejilla después. Mi tía también tenía una barriga abultada, enfundada en un vestido de lana gris con cinturón. Parecía hecha de papel seco: besó en el aire, en lugar de mi mejilla. El tío y la tía no tenían hijos y mamá era la única sobrina del tío. Todos los años, desde que tengo uso de razón, íbamos a su casa para su fiesta de cumpleaños.

En el pasillo iluminado de verde pálido, la tía María sacó de una pequeña cómoda unas pantuflas, todas sin usar y procedentes del extranjero. Los libros de los armarios

acristalados a lo largo de las paredes del pasillo, seleccionados por el color de sus lomos, también eran nuevos. Las obras de Lenin, con tapas azul oscuro, estaban en la parte superior.

—¡Por favor, adelante!

Pasamos con vacilación por la moqueta, que nos recordó a un bizcocho bien horneado con olor a vainilla y limón. Luego entramos en el salón, donde el glamur y la calidez nos dieron la bienvenida: espejos y lámparas de araña, velas y la cubertería de plata, la mesa puesta en el centro y a su alrededor los invitados, señores mayores y jóvenes con traje, mujeres de diferentes edades, con pérdida de cabello o con la permanente. La generación más veterana incluía a los compañeros de la guerra de mi tío, con los que había luchado en Stalingrado y Kursk, en Cracovia y Berlín. Cuando era pequeña, me costaba creer que mi tío gordo hubiera sido soldado. Así que en una de las fiestas, para diversión de sus invitados, se bajó los pantalones y me mostró dos hendiduras desiguales en la pierna por donde habían pasado las balas, y yo, como el incrédulo santo Tomás, puse el dedo en cada una de ellas.

En la mesa nos esperaban los entrantes: huevos rellenos de setas y mayonesa, tostadas con caviar rojo y negro, ensalada de remolacha con ciruelas pasas, la ensaladilla rusa que no podía faltar en ninguna celebración soviética, pimientos, tomates y pepinillos en vinagre caseros, arenques y setas, queso amarillo cortado en finas lonchas y varios tipos de salchichas con trozos de grasa más o menos grandes. En el alféizar de la ventana estaban las botellas: vino y champán, vodka y coñac, agua mineral Borjomi y limonada.

Los invitados se sentaron en sillones y sillas modernos frente al reluciente aparador, así como en un sofá mullido que estaba cubierto con una fina colcha. Entre los invitados estaba la señora Violeta: había reconocido ya su voz en el pasillo. Era la «querida ahijada» del tío, y no se refería a un sacramento de la iglesia, sino a una relación más estrecha para la que los soviéticos a veces utilizaban la terminología religiosa. Curiosamente, ella y mamá nacieron el mismo día del mismo año y cada una desempeñó un papel especial en la vida del tío:

mamá era su única sobrina (la única hija de su hermano) y Violeta, la hija de su mejor amigo y compañero de armas, que, como mi abuelo, ya había muerto.

—¡Querido tío, venga y siéntese! —retumbó la voz grave de Violeta, y luego se volvió hacia los demás—: Hagamos un brindis y felicitemos al cumpleañero.

Eran palabras adecuadas y neutras, pero no pude evitar sentir que Violeta mentía.

—¡Bueno, mirad a quién tenemos aquí, a nuestra artista! —comentó con condescendencia cuando entró mamá.

Desde que la conocí, Violeta se teñía el pelo de morado, se pintaba los labios y las uñas de morado. Por eso se me ocurrió ese apodo. En ese cumpleaños incluso llevaba una chaqueta de mohair desabrochada del mismo color. Mamá se sentó en el lado opuesto de la mesa, Aba se unió al resto de señoras mayores en la parte de delante y yo aproveché la confusión para ir al dormitorio.

En el centro había una cama de matrimonio enorme, tan alta que se necesitaba un pequeño escalón para subir a ella, cubierta con una especie de cortina de tul, un auténtico rompehielos de encaje. Toqueteé las almohadas, pero no me atreví a acostarme. Sobre la cama colgaba una fotografía en blanco y negro, un retrato de una pareja de recién casados con ojos brillantes y sonrisas blancas. No sabía quiénes eran. Había pocos objetos alrededor: una mesita de noche con un puñado de pastillas en un vaso de cristal, un gran armario, un elegante perchero, un tocador. En el alféizar de la ventana había algunas figuras de porcelana: un perro con un pato cazado entre los dientes, bailarinas, una casa de muñecas… Reorganicé todo a mi gusto. Abrí los cajones del tocador, saqué pesados collares de perlas, grandes pendientes de oro, gemelos brillantes y me los probé uno a uno frente al espejo. Nada me atraía. Luego tomé los frascos de perfume, grandes y pequeños, y los olí con aprensión; me recordaron palabras como *coñac* y *restaurante*. Desde la ventana del dormitorio se veían las largas escaleras que conducían al Kaiservald. Debido a las piernas enfermas de Aba, nunca habíamos ido por ahí.

—¡A la salud del querido cumpleañero!

—¡A su salud!

—¡Sí, la salud es lo más importante!

De un cajón del tocador saqué una cajita negra. Era exactamente igual a la de Aba, con la tapa grabada con el perfil de un hombre de nariz prominente. Pero esta cajita estaba cerrada y no podía encontrar la llave.

—¡Chopin! —exclamaba a menudo Aba con un suspiro, y por su tono noté que se trataba de algo de suma importancia.

Volví al salón, me senté a la mesa y me serví unos pimientos en vinagre. Me apetecía beber el champán que tomaban los adultos y le pedí a mamá que me dejara probarlo.

—Pide un deseo —susurró mientras me ofrecía su vaso—. Siempre que pruebes algo por primera vez, pide un deseo.

Solo un deseo: tenía que ser algo grande, colosal. ¿Que Aba se pusiera bien? ¿Un amor feliz? ¿La caída de la Unión Soviética?

En la mesa se comentaban las noticias: de la fábrica donde el tío era subdirector y del hospital donde la tía trabajaba como enfermera.

De pasada, la conversación giró también en torno a los dos paisajes al óleo que habían colgado recientemente en el salón. Todo el mundo los elogió.

—Creo que son demasiado sombríos, les falta aire, ligereza —dijo Aba.

Tras estas palabras, se hizo el silencio y me sentí avergonzada. Tal vez porque Aba había hablado con la boca llena, o tal vez porque ninguno de los presentes la consideraba realmente una experta.

—Pero tal vez me equivoque… ¡Muy bonitos, los cuadros!

Ahora me abochornaba que se echara atrás tan rápidamente. En esta casa a menudo se volvía sumisa y tímida. La observé más de cerca: no encajaba con las copas de cristal y la cubertería de plata, los muebles lujosos y las señoras bien vestidas, aunque tenían signos de desgaste más visibles, arrugas profundas y pelo fino. Aba, sin embargo, carecía de ese glamur artificial con el que adornarse para ese tipo de ocasiones festivas y luego colgarlo en el armario junto con su ropa. Aba iba vestida como siempre, con su halo envejecido y

su vestido mal planchado.

—¡Me gustaría proponer un brindis por la querida esposa del homenajeado! —gritó alguien—. A la fiel compañera, en tiempos de guerra y de larga paz. ¡A tu salud, Masha!

Volví a entrar en el dormitorio sin que nadie se diera cuenta.

En su cofre, Aba guardaba documentos, dibujos y cartas que me enseñaba de vez en cuando, pero se aseguraba siempre de volver a cerrarla con llave. ¿Qué guardaba la tía en la suya? No lo sabía. Las dos cajas eran de una época antigua, de cuando el tío era soldado y la tía enfermera, luchaban contra los fascistas y liberaban primero las ciudades de Rusia, luego las de Ucrania y después las polacas de Leópolis y Cracovia. Les gustó tanto Leópolis que decidieron instalarse aquí para siempre y mi tío invitó a quedarse a su hermano menor, mi futuro abuelo. Pero, antes del abuelo, Aba tuvo a Chopin. Era parte de Polonia, la que siguió existiendo en Leópolis después de la guerra… ¿Quién iba a pensar en aquel momento que los desplazamientos en la frontera iban a durar? Los caballeros seguían llevando sombrero y besando la mano a las damas, los sacerdotes celebraban misa y, en lugar de Lenin, adornaba el paseo una estatua de bronce del rey Juan Sobieski, al que los recién llegados del este confundían con el cosaco Bogdán Jmelnitski. En aquellos años de posguerra, Aba había localizado a un pariente lejano, un distinguido profesor de medicina que vivía en una hermosa villa de la calle Kastelówka. Compartían un apellido poco común y la chica era encantadora y tenía muchas ganas de volver a sus raíces. El profesor empezó a invitarla a las reuniones en casa con gente del mundo del arte y la cultura. En una de estas veladas conoció a Chopin (no sé cuál era su verdadero nombre, solo que era pianista y tenía una nariz prominente). Más tarde se marchó hacia el oeste, al igual que su patria errante se marchó de Leópolis. Aba no consiguió que la llevaran a ella también.

—¡Salud! ¡Salud! —gritaron los invitados y levantaron sus copas. La tía bajó la mirada avergonzada y llenó sus platos. Por un momento me quedé en la puerta del salón y luego fui a la cocina. Allí aguardaban grandes cuencos con comida exquisita:

pelmenis caseros, carne asada en rodajas, puré de patatas, escalopes vieneses y una gran olla humeante de *borsch*. Escondidos en lo alto de los armarios, fuera de mi alcance, estaban los manjares por los que había que esperar más: tarta de barquillos, panecillos y rosquillas, bollos de crema, pasteles de galleta, tubos con relleno de crema y un gran pastel de nueces de varias capas envuelto en papel de aluminio. Desde la ventana de la cocina se veían los tranvías que bajaban a toda velocidad por la calle Lenin, seguidos por los tanques. Primero el que el tío Aleksi había conducido en su juventud, luego el que se encontraba sobre un pedestal frente al bloque de viviendas. Abrí la puerta de un armarito blanco. En el estante superior había una hilera de elefantes de alabastro en miniatura, lisos y tentadores. Estaban dispuestos del más grande al más pequeño. Rápidamente los desordené. Junto al armario vi un samovar eléctrico. Levanté la tapa: estaba lleno de agua con vetas blanquecinas.

Salí al pasillo. La puerta de cristal de una de las estanterías estaba abierta, junto a ella estaba mamá, leyendo. Me senté a su lado, cogí la revista *La Obrera* y durante un rato las dos leímos en silencio. Desde el salón, como las trompetas de Jericó, nos llegó la voz de Violeta. Hablaba de la escuela donde trabajaba. «Debe de golpear a los niños con una regla en los dedos», pensé. Su marido, un hombre de aspecto frágil y pelo castaño, rara vez levantaba la cabeza y solo hablaba cuando era inevitable. Sabía por mamá que era un funcionario de alto rango del KGB.

—¡A la mesa, ya está el segundo plato!

Regresamos al salón. Había mucho ruido y humedad; los invitados tenían la cara roja, alguien ya había derramado vino sobre el mantel y cubierto la mancha con sal. Mi tío, como experimentado maestro de ceremonias, recorrió la mesa para llenar las copas. Le crecían unos cercos de humedad bajo las axilas.

—¡Que reine un cielo pacífico sobre nuestras cabezas!

Chinchín. Las copas de cristal entrechocaron.

—Lo principal es la paz —repetían a menudo los invitados a estas celebraciones, especialmente los que habían sido testigos

de la guerra—. ¡Que el infierno de la guerra nunca se repita!

«La paz, de acuerdo, pero no al precio de la libertad», dijo Chopin a Aba. Su hermano mayor había liberado Leópolis junto al tío Aleksi, aunque no tuvieron oportunidad de conocerse. El tío no llegó a ver la bandera polaca roja y blanca ondeando en el ayuntamiento porque estuvo colgada allí muy poco tiempo. Y el hermano de Chopin, al igual que otros combatientes del Ejército Nacional Polaco, fue traicionado por los líderes del tío, desarmado y arrojado a una de las celdas de tortura del NKVD. Todo lo que Chopin conservaba de él era un retrato en su escritorio.

Los platos calientes se sirvieron en un hermoso servicio de porcelana con un delicado diseño floral. Resistí la embestida de comida como un partisano, pero nadie me escuchó. La tía me puso bajo la nariz un muslo de pollo dorado con la piel gelatinosa y llena de granos. Miré a Aba en busca de ayuda: ¿se las arreglaría para llevarse mi plato sin que se diera cuenta?

—Los nacionalistas de Stepán Bandera, los banderitas, han vuelto a levantar la voz —dijo de repente Violeta—. ¿Han olvidado ya lo que los nuestros les hicieron después de la guerra?

—¿Quién? ¿Quién? —preguntó Aba, que no había oído bien.

—Los locales —respondió Violeta—. Los lamebotas fascistas.

Los locales. Ella también usaba esa palabra y, al igual que la bisabuela, la pronunciaba en un tono peculiar. Revelaba una pizca de miedo, pero también de burla. Sin levantar la vista, ya sabía lo que iba a pasar. Con su manto fluido mamá me recordaba a una amazona, su espada golpeaba con rapidez y sin piedad, nada podía detenerla:

—¿Los locales? —preguntó—. Están en su casa. Nadie los ha invitado. Sois vosotros los intrusos.

En el silencio repentino, se oyeron sus pasos y luego la apertura de la puerta y un portazo.

—¡Ya lo ves, querido tío! —protestó Violeta con lágrimas en los ojos, e inmediatamente después gritó—: ¡Mientes, puta!

—Disculpen —dijo Aba con énfasis mientras salía despacio

del salón.

Me senté con la cabeza gacha, explorando el patrón de la colcha escocesa que cubría el sofá.

—¿Están todos los vasos llenos? —preguntó el tío Aleksi—. Me gustaría brindar por nuestros queridos invitados. Por que siempre haya armonía en esta casa y por que nos reunamos todos aquí durante muchos muchos años.

Chinchín. Después de entrechocar las copas, los invitados reanudaron con alivio su conversación interrumpida. El tío se sentó en su lugar de honor, se echó rápidamente coñac al gaznate, que tragó junto con un trozo de escalope.

Él y la tía María se habían alegrado bastante con la elección de su hermano: una chica modesta, formada como médico. Prudentes y precavidos, solo acudieron a la boda civil, fingiendo no saber nada de la ceremonia religiosa, que se había celebrado una tarde en la iglesia de Santa María Magdalena, una de las últimas bodas en ese templo, que más tarde se transformó en el club de estudiantes del Politécnico. Después se reunían todos los años para sus cumpleaños, en nuestra casa y en la suya. El tío Aleksi ocupó puestos cada vez de mayor responsabilidad en hospitales y fábricas, mientras que mi abuelo ascendió cada vez más en el escalafón militar y dirigió la orquesta de guarnición. Cuanto menos pelo quedaba en la cabeza de los hermanos, más suntuosas eran sus barrigas y sus mesas de fiesta. Incluso cuando el abuelo enfermó de depresión y empezó a pasar sus días en una habitación a oscuras, sus cumpleaños seguían siendo las únicas ocasiones en las que se ponía una camisa planchada y una cara solemne. Por otra parte, después de haberse casado, Aba dejó de ser invitada a las recepciones en la villa del profesor de medicina en la calle Kastelówka; la razón solo se insinuó: era porque se había casado con un ruso. Pero, por el amor de Dios, ¿por qué entonces Chopin se había trasladado a Polonia sin ella?

La tía María empezó a retirar los vasos y platos sucios. Algunas mujeres se levantaron para ayudarla. Los hombres también se levantaron. El movimiento trajo alivio a todos y yo también fui a la cocina para ayudar a lavar los platos. Junto a la ventana había una anciana alta y corpulenta, con aspecto de

ballena: la madre de Violeta. Le oí decirle a otra mujer:

—Recuerdo cuando quiso ir a Chile para apoyar a los comunistas en la lucha contra Pinochet. ¡Y ahora está con los de Bandera! —La anciana se dio una palmada en la frente hasta que se dio cuenta de que la estaba mirando.

El postre se sirvió cuando ya había oscurecido por completo. El tío encendió los elegantes candelabros del salón, sirvió café en tazas con los bordes dorados y ofreció licores para acompañarlo. La televisión estaba encendida y se transmitía el Campeonato Mundial de Hockey.

—Alguien mandó estas cintas a Aleksi desde Polonia. Te lo digo sinceramente, no es nada especial. Bailan muy bien, tienen piernas largas. Pero, cuando se quitan el sujetador, no hay nada que ver. Las mujeres rusas son más voluptuosas por naturaleza.

Ajá, me maravillé, la tía está relajada y se dejaba llevar… Aba nunca vería esas cintas. Entorné los ojos hacia ella: volví al salón, estaba comiendo un trozo de tarta con fruición y al mismo tiempo hablaba con la persona sentada a su lado. Las migas salieron volando de su boca.

Hacía tiempo que me había dado cuenta de que la más mínima insinuación que tuviera que ver con sexo hacía que Aba se enfadara o se avergonzara. No podía imaginármela como una joven enamorada y mucho menos como alguien que tomara las riendas de su vida. La conversación con la bisabuela debió de ir más o menos así:

—Mamá, me ha pedido que me case con él y yo quiero casarme con él.

—¿Con ese músico de pacotilla? Ni hablar.

—Mamá, pero ¿por qué?

—¿Acaso quieres mudarte al extranjero? ¿Abandonar a tu madre para siempre? ¿Así me agradeces lo que he hecho por ti?

La joven Aba, con sus ojos brillantes y sus piernas sanas y saltarinas, cayó al suelo como si estuviera muerta. «Tenemos un solo corazón», le repetía a menudo la bisabuela, lo que significaba que Aba no tenía derecho a uno propio. A cambio del pan en tiempos de guerra, ahora tenía que sacrificar su

vida por su madre. Se separó de Chopin, se quedó en la ciudad, se volvió pesada y torpe, exactamente lo contrario de lo que ocurre en el cuento de *El cascanueces*.

Como si no hubiera pasado nada, Violeta despotricaba de la nueva reforma de la escuela primaria, según la cual la enseñanza primaria se prolongaría un año más. Después de fumarse un cigarrillo en el hueco de la escalera, mamá había regresado y estaba sentada en el pasillo con un libro de Chéjov sobre las rodillas.

Terminé el postre y me acerqué a ella. No interrumpió su lectura y yo abrí la puerta del armario y miré la chaqueta del tío Aleksi, que estaba colgada allí. Era oscura, casi negra, desgastada en los codos y a juego con el tamaño de su vientre. La olfateé rápidamente: apestaba a sudor y metal. Comprobé cuánto pesaba. La parte delantera estaba toda llena de condecoraciones, órdenes y medallas militares. A la derecha colgaban estrellas doradas y rojas con inscripciones como «Por la defensa de Kursk»; a la izquierda estaban prendidas unas plaquitas amarillas sobre cintas rayadas. También a la derecha, donde los niños suelen dibujar el corazón, tenía una hilera de rayas, de longitud variable, testimonio de las heridas que sufrió en el frente. Sabía que el tío Aleksi se ponía esa chaqueta todos los años el 9 de mayo, y la tía María un vestido azul marino, también con medallas. Iban a la cercana Colina de la Gloria, donde estaban enterrados los soldados soviéticos. Visitaban al padre de Violeta, cuyos restos descansaban allí, y a otros compañeros, y les llevaban grandes ramos de tulipanes rojos envueltos en papel rígido. Junto a algunas tumbas se les humedecían las mejillas. También sabía que después había una celebración similar a la de hoy en el piso de los tíos, a la que no estábamos invitadas.

Después del café llegó la hora de la despedida. Nuestros anfitriones nos acompañaron a la puerta y esperaron amablemente a que encontráramos nuestros zapatos, mientras que el tío Aleksi nos ayudó a ponernos los abrigos. Nada en las caras del tío y la tía delataba que estuvieran resentidos con mamá por el incidente de hoy.

—Gracias por la visita —decían sin cesar—. Siempre sois

bienvenidas.

Después de los besos de despedida, nos quedamos en el rellano. El hueco de la escalera, bañado por la luz del sol cuando llegamos, ahora estaba oscuro. Este contraste, y también la pesadez por haber comido en exceso, hicieron que el día pareciera irremediablemente perdido.

—¡Ayúdame! —dijo Aba a mamá. Bajar las escaleras le resultaba aún más difícil que subirlas.

Volvimos a pasar por delante del tanque, ahora apenas visible, y giramos hacia la calle Lenin. Mamá levantó la mano derecha y un momento después se detuvo un destartalado Volga negro. Sus asientos acolchados apestaban a tabaco. Aba se sentó en la parte delantera junto al conductor con bigote, mamá y yo en la parte trasera. El coche bajó a toda velocidad y se detuvo solo una vez en un semáforo cerca de la plaza Lenin.

Cuando volví a ir allí años después, me detuve en ese mismo semáforo, solo que la plaza ahora se llamaba Vynnyky, la calle volvía a llamarse Lychakiv y el destartalado coche negro era un Chevrolet.

No conocía a la mujer que me abrió la puerta del piso de mis tíos, me dejó pasar para luego desaparecer al instante. La oí hablar por su teléfono móvil en algún lugar de las habitaciones traseras. Encendí la parpadeante lámpara verde pálido del pasillo, me puse las mismas zapatillas de siempre, eché un vistazo a las inmóviles hileras de libros de las estanterías y entré en el dormitorio. Aquí también estaba todo en su sitio, solo la parte superior de la colcha se había vuelto gris, y en el tocador había un paquete abierto de pañales para adultos y un conjunto de iconos en marco dorado. De manera maquinal, cogí una de las almohadas y la levanté. Se desintegró en mis manos y salieron volando plumas mohosas por los agujeros de la funda. La dejé allí y fui a la cocina, abrí la alacena y, con un rápido movimiento, metí la pequeña tropa de elefantes en mi bolso. En ese momento entró Violeta. No la reconocí enseguida. Parecía que su viejo cuerpo lo hubiera devorado una vieja del tamaño de una ballena y ahora sonaba desde las profundidades de su cuerpo con su vieja voz de pedagoga:

—Gracias por venir. Tenemos mucho de que hablar. Pero antes brindemos por nuestro reencuentro.

En el polvoriento salón reconocí la vieja colcha escocesa sobre el sofá cama.

Violeta abrió la puerta del aparador:

—¿Champán, vino o coñac? —preguntó, y al instante añadió—: Pero ¿para qué hacer esa pregunta? Lo único que aún no ha caducado es el coñac.

Chinchín, dijeron las viejas y conocidas copas, y me di cuenta de que el deseo que había pedido entonces, cuando probé por primera vez el champán en aquella cena, se había hecho realidad. Violeta tenía ahora el pelo rubio, las uñas nacaradas y llevaba un traje azul marino oscuro con un tridente dorado, el símbolo nacional ucraniano, en la solapa de la chaqueta.

—Llevo diez años enseñando la historia de Ucrania —me explicó cuando la miré—. Siempre en la misma escuela. Podría haberme retirado ya, pero me encanta mi trabajo.

Vació su vaso y sacó un cuaderno de su bolso.

—Vamos al grano. Tengo una propuesta para ti. Hemos heredado este piso, pero no quiero venderlo. Tengo una idea. Mira, aquí tengo algo parecido a un plan de negocios.

Cogí el cuaderno titulado «Casa de huéspedes Leópolis Rojo» y leí lo que estaba allí escrito con una pulcra caligrafía.

> Este fue el hogar de personas concretas: un antiguo soldado del Ejército Rojo y su esposa, una enfermera, que vivieron aquí durante cuarenta años. En el sitio web hay una breve historia de la familia, que también cuelga en los folletos de la entrada, junto con la descripción del piso (qué hay, dónde encontrarlo, qué está permitido o no). En las estanterías se conservan los diplomas soviéticos (está permitido cogerlos y leerlos), así como libros sobre Lenin y el partido (ojéelos, léalos); en el armario hay una chaqueta con medallas (pueden probársela y hacerse fotos); también hay maquinillas de afeitar antiguas (todos los hombres soviéticos se afeitaban con ellas). Los cuadros y las fotos de las paredes crean un ambiente hogareño. No te pierdas la hermosa vista panorámica de la ciudad desde el balcón.

Excelentemente bien comunicado con el centro.

Alojamiento: de tres a cuatro personas (sofá cama más cama doble), posibilidad de añadir camas supletorias (plegables).

Precio por persona y noche: 15 euros.

Con reserva anticipada: cena de gala al estilo de Leonid Brézhnev (servicio de cristal, cubertería de plata, flores). Platos: ensaladilla rusa, pelmenis caseros y un pastel clavel rojo. Precio por persona: 15 euros. Las bebidas alcohólicas tienen un coste adicional.

Recuerdos: CD/DVD con canciones soviéticas, camisetas con el logotipo del piso y la dirección de la página web, tanques de plástico.

Debajo de esta descripción, la siguiente nota: «Clientes objetivo: jóvenes polacos de entre 20 y 35 años en busca de unas vacaciones singulares».

—Por lo que respecta a los turistas polacos en Leópolis, el mercado está en auge —comentó Violeta— y sigue creciendo según las previsiones.

En los márgenes estaba escrito en letra pequeña: «Poner baldosas de cerámica». Me dirigió un guiño cómplice.

—Estudio en el extranjero, rara vez estoy en Leópolis —dije con un suspiro.

—Lo sé, está bien. Me encargaré de todo. Una vez deducidos los costes y la inversión inicial, obtendrás un treinta y cinco por ciento al mes. Es una oferta justa, creo.

Chinchín, sonaron las copas con más confianza.

—Necesito tiempo para pensar —dije con la voz temblorosa —. Mañana te daré mi respuesta.

—No hay problema —dijo Violeta, y luego preguntó—: ¿Has estado ya en el cementerio?

—Sí.

—Es una suerte que tengas a todos en Lychakiv —suspiró—. Es un lugar agradable. Pronto se podrá circular con carros de golf. El cementerio de Holosko es horrible. Te lo contaré todo, pero primero necesitamos comer algo.

Sacó de su bolso dos paquetes de galletas Svitoch y dos

cajas de queso fundido Jantar. Junto con la botella de coñac Ararat, los llevamos al salón y colocamos todo el lote sobre la mesa pulida. Mientras íbamos vaciando la botella escuché el relato de Violeta sobre cómo había sido el verano pasado. Decidió encargar una placa de granito para la tumba del tío Aleksi, así que primero recorrió un largo camino hasta el cementerio en varios minibuses, luego se perdió en un laberinto de lápidas con retratos grabados a tamaño natural que representaban a gitanos con sombreros de piel, después buscó sin éxito la parcela 40, porque las plaquitas con los números habían desaparecido. También desapareció el abeto partido en dos por un rayo, que servía de punto de referencia.

Al final encontró tanto el abeto como el lugar de la tumba, solo que ahora había cinco veces más tumbas, y la parcela 40 estaba en una pendiente muy pronunciada cubierta de maleza, incluso más alta que Violeta.

—¿De qué murió el tío? —pregunté—. Sé que la tía tuvo Alzheimer en los últimos años…

—Su enfermedad acabó con los dos. Toda la vida la tía se había ocupado de atender al tío. Cuando le tocó a él cuidar de ella, no supo ni quiso hacerlo.

Esta vez el chinchín sonó como un susurro, porque Violeta sollozaba sin control. Las lágrimas brotaron de sus ojos como la lluvia de las oscuras nubes que se acumulaban sobre la parcela 40 del cementerio de Holosko.

—Era terrible, una maraña de maleza con espinas. No tenía tijeras ni guantes. El lugar donde se suponía que el tío iba a descansar era una auténtica jungla. Lo saqué todo con mis propias manos, pisoteando otras tumbas. No había ni un alma alrededor. Estaba toda arañada, magullada, pues llevaba una blusa de manga corta y sandalias sin calcetines. Y entonces me di cuenta de que se avecinaba una tormenta.

¿Se está lamentando por el amargo destino de los tíos —me pregunté mientras veía las lágrimas correr por su rostro— o se compadece de sí misma? Pero al instante me di cuenta de que daba lo mismo. Este pensamiento me maravilló, fue sobrecogedor, e hizo que, avergonzada como estaba, acariciara las manos de Violeta y luego rellenara los vasos y le preguntara

por su marido.

—No estamos oficialmente divorciados, pero… —respondió ella con hipo— lleva años viviendo en Kiev. Es un alto cargo del servicio de seguridad ucraniano. Nunca me invita a su casa, estoy sola.

Tras una breve pausa, reanudó su relato:

—En el cementerio, una espina se me clavó en la piel, pero no me di cuenta. Mi pierna empezó a supurar, mira: justo ahí, encima del tobillo. Tuve que someterme a una operación seria, con anestesia. El médico llegó a decir que podría haberme muerto.

Cuando comimos las galletas, vaciamos la botella de coñac y se hizo de noche, fuimos al dormitorio. Violeta extendió sobre la cama las joyas de la tía María. Allí, en la cubierta del viejo rompehielos, estaban ahora los anillos de oro con piedras de distintos colores, los conocidos collares de perlas y los gemelos, y también dos enormes relojes de pulsera de platino.

«¡Qué despliegue de lujo!», pensé cuando lo vi todo.

—¿No has visto una caja negra con el perfil de Chopin? —pregunté.

En lugar de responder, Violeta abrió todos los cajones del tocador con gesto teatral.

—Estas manos no han robado nada —dijo riéndose, y las extendió hacia mí.

Las dos subimos los peldaños de la vieja cama, bebimos despacio el champán caducado, jugamos al *bridge* y charlamos sobre esto y aquello, entre otras cosas sobre la poco acertada iluminación del dormitorio de los tíos: la única bombilla del techo era demasiado tenue para penetrar en la oscuridad de la gran habitación, y en el pálido resplandor de los apliques de pared a ambos lados de la cama no se podía leer ni una línea. También supuso un esfuerzo hojear los álbumes de fotos en los que la pareja posaba con sonrisas blancas y brillantes delante de varios monumentos del Estado más feliz del mundo y de otros Estados socialistas, como Polonia, Bulgaria o Mongolia.

—El tío era un viejo asqueroso y lascivo —dijo Violeta—. Se follaba todo lo que llevara falda. La tía lo sabía, pero hacía la vista gorda. Tenían ese acuerdo.

A modo de respuesta me limité a suspirar. Seguimos jugando.

Cuando me desperté por la mañana, Violeta no estaba, las botellas vacías tampoco. En la mesita de noche había una nota bonita y las llaves. Me peiné con las yemas de los dedos y salí. Fuera brillaba el sol, la nieve chasqueó al descongelarse, se oía el crujido de los carámbanos y el zumbido de los tranvías a lo lejos. No giré en dirección al cementerio de Lychakiv, sino que tomé las escaleras que conducían a Kaiservald; por el camino, conté los interminables escalones. Pensé un nuevo deseo, convencida de que se cumpliría si había más de cien.

Poltva

«Voy contigo», le dije como de costumbre, pero esta vez aceptó sin rechistar. Acababa de bañarse, casi había terminado de maquillarse frente al espejo del cuarto de baño y sostenía un tubo con la palabra *Leningrado*. Escupió en la barrita de rímel, que removió con un pequeño cepillo antes de aplicárselo en sus largas pestañas. Nadie tenía unas pestañas como las de mamá, como mucho la Doncella de la Nieve, pero las suyas eran postizas. El agua espumosa se arremolinaba en la bañera y tuve la impresión de que ese río impregnado de su aroma trataba de decirme algo, pero solo tartamudeaba porque la fuerte corriente lo arrastraba bajo tierra hacia el Poltva, que se unía con otros dos ríos subterráneos justo debajo de nuestra casa. Vivíamos sobre el cauce de un río, pero el agua de los grifos estaba racionada. Solo corría entre las seis y las nueve de la mañana y los que se levantaban tarde tenían que conformarse con lo que encontraban en cubos y ollas. El programa de junio estaba colgado en la lavadora averiada: hoy, día 4, se representaba *Carmen,* con Marianna Astáfieva en el papel principal.

Entré en el dormitorio y oí a Aba encender la televisión.

—Tragedia en Bashkiria —dijo el presentador de las noticias —. Fuga de gas… Un tren descarrilado… Cientos de víctimas… Quemaduras…

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Dos trenes explotaron. Hubo una fuga de gas en una tubería junto a las vías. Cuando los dos trenes se cruzaron, se produjo la explosión. Hay cientos de víctimas.

—¿Dónde?

—Cerca de Ufá.

Desde la puerta vi las imágenes de los trenes cayendo de las vías, las puertas arrancadas, cristales rotos por todas partes y un amasijo de hierros, y de repente apareció en la pantalla una

imagen borrosa, a la que siguió el rostro del conocido presentador Vlad Lístyev:

—Ayer el Estadio Olímpico de Moscú se llenó a rebosar para el concierto de Pink Floyd. La legendaria banda de rock visitó Moscú por primera vez en la historia de la URSS…

Las rayas de colores engulleron al bigotudo Lístyev y volvieron a aparecer imágenes de Bashkiria.

—Primero Chernóbil, ahora esta explosión —suspiró Aba—. ¿Qué más nos espera?

Entré de puntillas en la habitación de mamá, abrí su armario y saqué una minifalda roja y unas medias negras. Mamá no hizo ningún comentario sobre mis nuevas preferencias en cuanto a indumentaria, sobre todo porque estaba hablando con alguien por teléfono. Fruncía el ceño, aunque Aba no dejaba de repetirle que, si no prestaba más atención a sus expresiones faciales, pronto parecería una anciana. Cuando salimos de casa, me adelantó en las escaleras y me quedé quieta frente al roble de la vidriera. Los bastidores de plomo que lo rodeaban eran ahora vías de ferrocarril por las que circulaban dos largos trenes de pasajeros. Observé su movimiento con ansiedad: ¿Chocarían? ¿Se incendiarían? ¿Explotarían o se mantendrían intactos?

—¡Date prisa! —gritó mamá desde abajo.

Un sol de justicia abrasaba la calle. Yo quería un helado en un cucurucho, pero tenía que seguir el ritmo de mamá o de lo contrario me lanzaría por la borda del barco que empujaba inexorablemente hacia delante. No habría parada: mamá no comía dulces.

Pasamos por delante de la Casa de los Sindicatos, donde estaba un gran cartel que decía: «¡Viva el PCUS!», y luego de las sucias paredes del Hotel Inturist. Atravesamos el antiguo lecho del Poltva y con nosotros fluyó la columna Mickiewicz, la librería Druzhba y el lema que surgía de su antorcha: «Adelante con el comunismo». Nos adentramos en la avenida Lenin y, a la altura del Museo de Etnografía, nos encontramos en Klumba, la plaza donde tenían lugar las protestas. «Huelga», «democratización», «lengua ucraniana»: mis ojos captaron las palabras de los titulares de los periódicos clavados en los

árboles, mis oídos captaron las voces de los señores mayores que murmuraban de fondo. «Esperemos que no la reconozcan», pensé, pero ya era demasiado tarde. Un abuelo con una gorra de algodón y visera, con mechones de pelo asomando por debajo, la había agarrado del brazo.

—Querida señora Marianna —chilló—, creo en la posibilidad de unas elecciones libres. Usted será nuestra candidata al Soviet Supremo de la URSS.

Miró con indulgencia al anciano: sus ojos verdes con destellos dorados alrededor de las pupilas se iluminaron para él, y para él fluyó el torrente de su querida voz. Mientras tanto, ella liberó su codo del aprisionamiento de sus dedos amarillos. Nos fuimos, él se quedó quieto y nos observó con una mirada fija que parecía de cabra. Por un momento sentí por él algo parecido a la compasión.

¿De qué servía que una vez hubiera corrido un río por ahí si ninguna de las piedras lo recordaba ya? ¿De qué servía que, según la leyenda, los barcos de pesca hubieran navegado alguna vez por las aguas del Poltva hasta el mar Báltico? Tomé a mi sirena del brazo y traté de seguirle el ritmo. Éramos casi del mismo tamaño, nuestras sombras se nos adelantaron hasta que las devoró la sombra de Lenin, que estaba rodeada de rosales. Miré las cinco letras inconexas de su apellido, L.E.N.I.N, y pensé que podrían escribirse de otra manera, de modo que formasen, como un patrón caligráfico, una línea ininterrumpida, por la que circularan dos trenes de pasajeros. Mi madre puso fin a mi viaje: «¡Deprisa!».

Nos acercamos al teatro por la izquierda, subimos los escalones hasta la entrada del escenario. Detrás de nosotras se cerró la puerta acristalada con sus adornos entrelazados de hierro forjado, en cuyos rizos se veían gavillas de luz solar. Las acomodadoras habían dejado caer sus voluminosos cuerpos sobre unas sillas incómodas y los pliegues de sus batas azul oscuro disimulaban y tapaban una botella de vodka abierta debajo de la mesa. Le dieron a mamá las llaves del camerino y yo me volví hacia las escaleras, pero mamá me hizo una señal y recordé que el director la había echado de su camerino en marzo. La habían relegado al sótano, donde tenía a su

disposición la sala de ensayos del batería recientemente fallecido. Caminamos por un largo pasillo sin ventanas, pasando por una serie de puertas blancas idénticas. Detrás de cada una se tocaba un instrumento diferente, pero yo solo oía la batería.

En la habitación, mamá tiró su bolso en una silla, se encendió un cigarrillo y anotó la función de aquella noche en el cartel de la pared. Abrí al azar un libro de tapas grises que estaba sobre un mueble: «A principios del siglo XX, cuatro hombres dominaban la escena operística internacional: Caruso, Battistini, Chaliapin y Titta Ruffo. Solo una mujer consiguió llegar a su cima: Solomiya Krushelnytska. Pero, en cuanto a personalidad, superó con creces a todos esos grandes». Mamá se limitó a arrojar la ceniza a la alfombra. Arriba nunca se había dejado ver con un cigarrillo. Sacó del armario el vestido de Carmen con encaje gris y deshilachado. La falda roja que yo llevaba, en cambio, estaba como nueva.

—Te queda bien —observó mamá—. Puedes coger lo que quieras de mi armario. Ya has crecido.

Miré la puerta entreabierta de su armario. En su interior, como en el de casa, había un espejo en el que se reflejaba el cuerpo alargado que también conocía por los libros de texto de botánica: un árbol con un tronco que se elevaba como una columna, los pechos en forma de manzanas, los tallos retorcidos de los brazos, las ramas frondosas de las piernas, el pistilo de orquídea entre las piernas.

—Súbeme la cremallera —me pidió, dándome la espalda—. Estoy agotada —susurró, más hacia el espejo que hacia mí—. Las normas para los cantantes de ópera son absurdas. Veinticuatro actuaciones al mes, ¡más los ensayos! ¡Todos los días! «Ordeñador, ¡aumenta la producción de leche de cada vaca!»

Mamá dijo ese eslogan de propaganda en ruso, todo lo demás en ucraniano. Un buen día cambió de una vez por todas su idioma, lo que cayó como un rayo sobre Aba y sobre mí. A las dos nos explicó sus razones, y fue la última vez que habló en su lengua materna, el ruso. Mamá dijo que era hija de esa tierra y que esa tierra era ucraniana. También dijo que Aba era

una ocupante, que nadie la había invitado allí en 1944. Después de la guerra debería haber vuelto a casa, a su San Petersburgo. Habló de la batalla de Leópolis de 1918 y de las tumbas destruidas de los fusileros de Sich. Habló de la opresión secular de la rusificación y del «renacimiento fusilado», de las purgas estalinistas de escritores y de artistas ucranianos con el fin de acabar con la ucranización. Habló del porcentaje escandalosamente bajo de escuelas en las que los ucranianos nativos podían estudiar en su propia lengua y de los invasores engreídos que se pasaban toda la vida en Leópolis sin pronunciar ni una sola palabra en ucraniano. Recordó la campaña durante la que se eliminaron de los diccionarios muchas palabras originalmente ucranianas para que el idioma se pareciera más al ruso y acabara fusionándose con el «hermano mayor».

Aba respondió con el relato de la Leópolis polaca y de sus numerosas minorías étnicas que vivían en armonía. Habló de las batallas de 1918. Del devastado cementerio de los Aguiluchos. Del hospital en el que había trabajado durante treinta años, en el que todos los empleados hablaban su propia lengua —ruso, ucraniano y polaco—, y a nadie se le ocurría cambiarlo por razones ideológicas. Le recordó las nanas rusas y las rimas infantiles rusas, los poetas rusos de la Edad de Plata, que a las dos tanto les gustaban.

Todo lo que dijo Aba fue acogido sin ningún comentario por mamá. En cuanto a mí, comprendí perfectamente su decisión y la apoyé al instante. Sin embargo, desde que adoptó el ucraniano, empecé a evitar hablarle, como si yo misma me hubiera convertido en un diccionario del que alguien fuera borrando palabras sobre la marcha.

Esta vez tampoco respondí y salí de la habitación para visitar a las bailarinas que conocía.

Hacia mí vinieron tres dragones con chalecos de seda blanca, con sombreros de tricornio en las manos. Arrastraban largos penachos por el suelo detrás de ellos. Los dragones gritaban, uno de ellos se tambaleó y casi se cayó, con la mirada envuelta en una sucia niebla. Los seguí sin recordar realmente dónde estaba la salida. Avanzamos juntos por un túnel

semicircular, pasamos por delante del punto de seguridad contra incendios, del plan de evacuación y del cartel «Artista, recuerda que eres hijo de la tierra soviética». Aquí el pasillo se terminó de repente: bombillas tenues, ceniceros de pie, un cartel de «Prohibido el paso». Descarrilé como los vagones de Ufá, di media vuelta, pero ya era demasiado tarde: me humeaban en la cara sus impúdicos cigarrillos, burlas groseras volaron en mi dirección, así como una vieja rosa olvidada. Hui a través del pasillo desierto, corrí una vez más por delante de la hilera de puertas cerradas, entré en la única abierta para despistar a los dragones, que ni siquiera pensaron en perseguirme. Así que fui a parar a una habitación oscura y espaciosa en la que nunca había estado. Las paredes eran una maraña de tuberías y piezas de chatarra, decoradas con válvulas, trampillas y puertas que no llevaban a ninguna parte. Por encima de mí oí pasos y voces apagados. Me encontraba debajo del escenario, es decir, cuatro niveles por debajo de la sala de espejos donde ensayaban las bailarinas, donde había tratado de llegar a toda prisa. Vi una caja alta de esquinas angulosas de finalidad desconocida, vi un candelabro tan alto como yo. Estaba de pie al borde de una boca de alcantarilla abierta, con una escalera metida en ella.

En la sala de ballet me encantaba sentarme en el suelo y observar el tiovivo de zapatillas, tan grises y desgastadas como el encaje del vestido de Carmen. Miraba los vientres planos y duros de las bailarinas, casi soldados a la espalda, en los que no había espacio para niños.

—Te equivocas —oí que una vez decía una bailarina a otra —. El teatro no está conectado con los canales del Poltva. Y, si alguna vez lo estuvo, esos pasadizos ya se han tapiado.

Por fin tenía la oportunidad de comprobarlo, pero no sabía si debía hacerlo: «Mamá se va a preocupar», me mentí a mí misma. Volví a salir al pasillo, donde me encontré de nuevo con los dragones que volvían a la sala de fumadores. Las solapas de sus chalecos de seda estaban sembradas de ceniza y pétalos de rosa. A estas alturas, el trío al completo se tambaleaba, aunque eso nunca lo sabría el público. Mamá apareció detrás de ellos, apurada, con la cara empolvada.

—¡Tengo que ir a arreglarme el pelo, ve al bufet y cómprate un pastelito!

La falda roja no tenía bolsillos, así que sostuve las monedas en la palma de la mano y corrí detrás de mamá, entreteniéndome en abrir todas las puertas cerradas a mi paso, que se desplegaron a mi alrededor como el volante de encaje de su falda. Se escabulló hacia arriba y no sé cómo sucedió que volví a cruzar por el camino esas mismas puertas.

«Se ha encontrado el cadáver de una niña de doce años en los malolientes canales del Poltva —diría Vlad Lístyev en la televisión—. Su madre, una famosa cantante, está al borde de la locura, pues se culpa del trágico accidente.»

«¡Frágil! No girar», advertía la inscripción del extraño estuche junto al candelabro. Y al lado: «Instrumento musical. Arpa n.º 969». Imaginé una cinta transportadora de una fábrica por la que se deslizaban mil arpas directamente a las hábiles manos de los trabajadores soviéticos. Una cinta así debía de existir en algún lugar de Siberia, en medio del permafrost.

«La hija de una famosa cantante de ópera fue sorprendida por la milicia mientras arrojaba a las alcantarillas un arpa histórica con la que los soldados soviéticos habían tocado durante su entrada solemne en la ciudad de Leópolis el 17 de agosto de 1939», escribirían más tarde los periódicos.

En el bufet vendían dos tipos de pasteles: pasteles redondos cubiertos de crema o cilindros rellenos de crema. En las escaleras del bufet dormitaba un músico con esmoquin. En la mano tenía un violín, el arco apoyado en las rodillas como una daga con la que acabara de suicidarse.

—¡Actores para el primer acto, por favor, preparaos! —dijo Natasha, la directora de escena. Ya en el primer acto, Carmen salía a escena para cantar la habanera. Me pregunté si todos se acordarían de que iba a morir en el cuarto acto.

Tenía un poco de crema en la blusa cuando fui a sentarme junto a un gran carrete de cable a los pies de Natasha. Desde allí podía ver a todos los actores, las manos del director de orquesta y el oscuro abismo del patio de butacas. Había una pantalla frente a Natasha, que daba órdenes por un micrófono en la consola:

—¡Atención: empezamos!

Me pregunto si los miembros de la orquesta podían oír el borboteo del río bajo el teatro durante las pausas de la función. ¿Influía su corriente subterránea en el curso de la representación y en el destino de los actores?

—Por supuesto que hay un pasadizo —me dijo Natasha—. Un día estuve con tu madre en los canales bajo el teatro.

Cuanto más envejecía Natasha, más hermosa se volvía. Su piel era blanca, como cubierta de oro fino, y sus ojos se estrechaban y se alargaban como los de las mujeres egipcias de los rollos de papiro. Sus grandes rizos blancos y rubios se distribuían por su cabeza como un montón de rollos de crema. Hoy llevaba un vestido negro largo. ¡Lástima que el público no pudiera verla!

—¿Por qué no te hiciste actriz?

—Quería ser alguien más importante. El director de escena es como el director de operaciones de los trenes, todo depende de él.

—¿Por qué no tienes marido ni hijos?

—El teatro es toda mi vida.

—¿Qué aspecto tiene lo que hay debajo del teatro?

—Espera un momento.

Accionó dos palancas en la consola y encendió apresuradamente un cigarrillo.

—Fue una auténtica locura —susurró—, sin preparación, sin ropa de protección, solo con dos linternas que apenas alumbraban. Bajamos después de la función de la noche, es decir, a la hora más peligrosa, cuando la mayoría de los habitantes de la ciudad se bañan, por lo que el nivel del agua sube abruptamente.

—¿Quiénes ibais? —pregunté también en voz baja.

—Tu madre, yo y un joven escenógrafo.

—¿Qué aspecto tenía?

No contestó, se quedó mirando con atención la pantalla. Sabía que no siempre podía hablar mientras trabajaba. La voz de Carmen inundó el escenario, las corrientes del Poltva fluyeron en la alcantarilla debajo del teatro, la imagen en la pantalla se disipó, las siluetas de los actores se desdibujaron.

En su lugar aparecieron unas aguas grises sibilantes.

—¡Otra vez no! —exclamó Natasha. ¡El electricista! ¿Cuándo van a despedir a ese inútil?

Desde el escenario llegó un ruido sospechoso, algo así como el aullido de un perro. Se oía de fondo en el aria de Carmen y me pareció que incluso coincidía con la tonalidad adecuada, aunque me di cuenta de que no tenía ni idea de ese tipo de cosas. Poco después los actores volvieron a aparecer en la pantalla.

—Necesito esta lucha para no volverme arrogante —dijo una de las actrices en ucraniano—. Siento miedo, pero también mucho fuego y energía.

Entonces los tres caminaron por el mismo pasillo debajo del escenario que descubrí más tarde por casualidad: fue dos años después de la representación de *Aida* durante la cual murió un miembro del público y dos semanas antes de *Carmen,* la última ópera de mi madre. Antes una pequeña escena había tenido lugar en la habitación que hacía las veces de camerino. Después de la actuación, Mikołaj entró y esperó a que mamá se cambiara de ropa y se desmaquillara. Hacía tiempo que no tenían ocasión de hablar con calma y ella había dejado de ir a visitarlo en su taller: las actividades políticas consumían todo su tiempo libre. Estaba enfadado: había echado de menos sus visitas sin previo aviso y lo indefinido de su relación ya no le convenía. La situación lo enfurecía tanto que ni siquiera oírla cantar le producía la catarsis esperada. Quería declaraciones de intenciones, quería escuchar planes para un futuro juntos. Así que, cuando la tuvo sentada frente a él, le preguntó si lo amaba: ella se quedó en silencio y desvió la mirada. Le preguntó si quería casarse con él y ella no se movió. Se acercó a ella y le sujetó las muñecas. Se estremeció, pero permaneció callada. Observó su rostro inescrutable mientras apretaba cada vez más.

—Di te quiero.

Lo dijo, pero en voz baja y sin mirarle a los ojos; no era eso lo que él deseaba. Le soltó las manos, subió las escaleras y llamó a Natasha. Los tres bebieron un cuarto de vodka y decidieron explorar el pasaje subterráneo.

El canal bajo el teatro estaba bien conservado: techos altos y abovedados, caminos bastante anchos que solo se estrechaban en los lugares donde el techo era más bajo. En su día la alcantarilla había estado conectada a los sótanos de las casas. En las paredes se veían entradas tapiadas, las descubrían a tientas mientras buscaban un apoyo. El suelo bajo sus pies estaba resbaladizo, se toparon con algunas ratas. Marianna iba delante, marcando el ritmo. Sostenía en lo alto una vieja lámpara de aceite y, cuando el brazo se le cansaba, lo bajaba un momento y los pliegues ondulantes de su vestido amortiguaban la luz tenue.

Se desviaron del camino principal y avanzaron medio encorvados. Al ver que el pasaje se había vuelto más estrecho, se inquietaron. Retrocedieron antes de tomar otro.

Ahora Mikołaj caminaba al frente, sosteniendo una linterna. Detrás de él iba Natasha y, al final, Marianna, también con una linterna. El agua subía cada vez más, el rugido del río ahogaba sus voces y sus pensamientos. Continuaban y avanzaban, el túnel los conducía cada vez más alto. Pasaron por una enorme cascada y un nuevo túnel apareció a la derecha. Ahora estaban en el borde del cauce.

Todos recapacitaron y empezaron a arrepentirse de haberse embarcado en esta aventura.

—¡Debemos de estar debajo de mi casa! —gritó Marianna, acercando su cara a los dos para que pudieran oírla. Entonces Mikołaj levantó su linterna —como escenógrafo, sabía mucho de iluminación— y besó a Natasha en la boca ante los ojos de Marianna, que retrocedió. Natasha le devolvió el beso. Luego dieron la vuelta y, sin decir nada, volvieron al teatro. Por el camino Mikołaj se detuvo varias veces, levantó la linterna y besó a la bella directora de escena.

Llegué al mismo punto, desde donde se veían los cimientos de nuestra casa. Este pensamiento me dio alas, como si de repente creyera que podría atravesar las paredes, superar el hormigón, la madera y el cristal como una ola, que podía acurrucarme contra el cálido y flácido vientre de Aba mientras dormía en su cama varios niveles por encima. La mujer que iba delante de mí se dio la vuelta y señaló una escalera de piedra. La subí de

buena gana, preocupada únicamente de que la trampilla de arriba no estuviera demasiado cerca de la comisaría y de que los policías nos llevaran directamente desde el inframundo a una de sus tenebrosas cámaras de tortura.

Destrocé tus medias negras de *jacquard,* mamá, ensucié tu falda, y los fríos escalones no terminaban, llevándonos cada vez más alto. Me quedé sin aliento, alrededor todo se volvió más luminoso y cálido. Las escaleras ya no eran de piedra, sino de madera, también empinadas, pesadas, pesadas, pesadas para unos pies pequeños, con un número de zapato no superior al 33. Eran los zapatos de las mujeres enanas que pasaban corriendo por las escaleras de madera con monos azules y bandejas de comida y bebida en las manos. De vez en cuando, una de ellas dejaba caer la bandeja y esta volaba de cabeza detrás de los platos. Sí, allí había más luz que bajo tierra, pero la luz era débil y tenue y el aire estaba cargado, impregnado del olor a aceite viejo en el que se estaba friendo algo. Estábamos en el interior de un edificio de apartamentos largo y estrecho, con una sola habitación en cada piso: una pequeña tienda en la planta baja, una biblioteca en el primer piso y una taberna en los pisos restantes, donde personas altas se sentaban en las mesas y eran atendidas por otras enanas. Una de estas últimas, con una cara tan anormalmente larga y estrecha como la propia casa, tenía especial dificultad para cumplir órdenes: más a menudo que las otras, resbalaba por las escaleras y se lastimaba las rodillas. La sangre se filtró a través de sus vaqueros azules y, por alguna razón, supe con certeza que moriría esa noche.

Finalmente, llegamos al último piso. Allí estaba un corpulento deshollinador con una cara arrugada y como bufonesca. Balbuceaba como una radio. Estaba resumiendo la historia multicultural de Leópolis, haciendo girar un botón de latón de su chaqueta con sus gruesos dedos, y todos los que se fijaron en este gesto comprendieron que en sus palabras no había ni un grano de verdad. No se fijó en nosotros, así que pasamos por delante de él con indiferencia y llegamos a la azotea por una sinuosa escalera de metal.

Arriba, un viento cálido arrancó a mi compañera el

sombrero de la cabeza y por un instante me pareció ver su bello rostro en una placa fotográfica en blanco y negro, pero las semillas púrpuras del amanecer brotaban ya del suelo nocturno del cielo. Estábamos justo en el centro, rodeados por el triángulo del monasterio de San Bernardo, el rectángulo del ayuntamiento y el semicírculo de la iglesia de los Dominicos. Una bandada de gaviotas blancas sobrevolaba los tejados, como si la ciudad estuviera a orillas del mar. Me subí a un descapotable blanco aparcado en el borde del tejado, dispuesta a continuar mi viaje, pero me detuvo el gesto imperioso de una mujer.

Por fin pude verla de cerca. Era más corpulenta que mamá y tan majestuosa como una estatua. Ella también llevaba el vestido rojo de Carmen, ribeteado con una cinta de encaje blanca como la nieve. Sus manos eran débiles y frágiles. Sabía que no me sostendrían si rodaba por el tejado inclinado.

—Galitzia, ¡maldita Galitzia! —exclamó sin mirarme, con sus ojos redondos llenos de ira—. Se burlan de mí por cantar en italiano. Me reprochan que mi voz no esté entrenada. Han traído un perro a la ópera para que imite mi canto con sus aullidos.

Cada una de sus palabras estaba cincelada como si fuera de oro, me senté en las resbaladizas tejas de la azotea, temiendo que algo interrumpiera ese monólogo.

—Pero lo he decidido: ¡resistiré hasta el final! Tengo que convencer a todos nuestros detractores de que el alma ucraniana también es capaz de alcanzar las cotas más altas del arte.

Mi mirada se dirigió a su vientre, enfundado en la tela roja, y hacia el polígono de la iglesia jesuita que se alzaba justo detrás.

—¿Y el amor? —pregunté en voz baja.

—La música me conmueve de verdad. Es extraño, porque soy de temperamento frío y mis nervios son fuertes como los de un roble. En el escenario me abrazaron y me besaron —dijo —. Eran señales acordadas, señales para bajar el telón o encender los focos. Todos pensaban que tenía demasiada experiencia e incluso astucia, pero yo era ingenua. Mantuve las

pasiones a raya. Ya ves lo extraña que es a veces la vida de una actriz.

Emocionada, vi cómo su cuerpo se volvía transparente. A través de ella podía ver la mancha gris del mar en el horizonte.

—¿Vamos allí, Solomiya? —pregunté suplicante, pero ella no respondió. Me levanté, estiré las piernas y me di cuenta de que necesitaba ir urgentemente al baño. Bajé las escaleras, por el camino pregunté a las enanas dónde estaba el baño. Cada una señalaba en una dirección diferente. Entretanto, mi vientre se hinchaba, tanto que pronto no podría soportar la presión y su contenido se derramaría. Finalmente, en la planta baja, me encontré con una pequeña habitación con suelo de hormigón. Me encerré en ella, di con la cabeza en las sábanas tendidas y, mientras me recogía la falda, vi que un rostro de hombre burlón me miraba la entrepierna, se reía mirándome desde la pantalla de televisión que colgaba junto a la puerta y gritaba:

—¡Ya veo! Lo veo todo.

—¡Atención, tercer acto! ¡Carmen, chicas! ¡Escamillo!

Era Natasha gritando, me desperté a sus pies, sentada con las piernas cruzadas sobre el cable enrollado.

Luego llegó el cuarto acto con su muerte ya planificada y conocida.

Después de la función, mamá y yo volvimos a casa por la vacía y oscura avenida Lenin. Yo le llevaba el ramo de rosas blancas; las rojas, a las que llamaba remolacha, las dejaba siempre en el teatro.

—¿Cuándo te dejarán volver a tu antiguo camerino? —pregunté con un tono tan reprobatorio que incluso me sorprendió a mí misma.

—Creo que nunca —respondió con una voz aún más inesperada por relajada y sensual. Así no se les habla a los niños. Luego, al ritmo de nuestros agotados pasos, pronunció algo parecido a un discurso del que habría lamentado perderme una sola palabra.

—He dedicado mi vida al arte. Solo la música me conmueve, así que lo he dado todo por ella. No hago las cosas a medias. ¿Hombres? He tenido unas cuantas aventuras, todas lamentables. ¿Maternidad? Nunca tengo tiempo suficiente, solo

intento hacer una cosa: inculcarte principios. Que sepas distinguir entre el bien y el mal, que nunca comprometas tu conciencia, que no toleres la traición en ninguna de sus formas. La gente cree que últimamente me han perseguido por mis opiniones y que por eso tengo una posición peor en el teatro. De hecho, no me dan ningún papel nuevo. Me han relegado al sótano, han ocurrido otras cosas desagradables… Me persiguen. Pero hay algo más: cada vez canto peor, y algunos lo saben. He perdido la motivación para lo que era mi único objetivo en la vida. ¿Por qué? Cuando descubrí la verdad sobre el sistema soviético, mi mundo se derrumbó. Sentí que tenía que luchar contra este sistema. Durante mucho tiempo no supe cómo. Pero ahora sí lo sé. El pueblo me necesita. No los del teatro, sino los de la calle. Me pregunto si ahora es el momento de hacer teatro. ¿Cantar para unos pocos elegidos, para entendidos? ¿No son el arte y la lucha mutuamente excluyentes? ¿No hay que dedicarse por completo a una de las dos cosas? No lo sé. He empezado a perder la voz. Quizás más adelante, cuando hayamos derrotado al imperio y estemos construyendo un nuevo país libre, tal vez pueda volver a…

No terminó la frase, nos detuvimos en un banco. Miré a mi alrededor para averiguar qué había atraído su atención, pero no encontré nada fuera de lo normal. Solo una brisa hizo crujir el papel de los helados que alguien había tirado al suelo.

Unos días más tarde se produjo el disparo y me olvidé de esta conversación durante mucho tiempo. Más tarde, cuando resurgió de repente de las profundidades de mi memoria, no supe si había sucedido de verdad o si me lo había inventado yo misma para satisfacer mis propias teorías, tan erráticas como el agua.

Muñecas rusas

La bisabuela murió a los noventa años. A lo largo de su vida había evitado todo lo que estuviera relacionado de algún modo con la muerte: rehuía a los enfermos, esquivaba los funerales y se enfadaba si el tema salía a colación. Cuando finalmente logró olvidar la muerte, esta la pilló por sorpresa. A diferencia de otras personas mayores, no había hecho ningún tipo de preparativo y todos sus días parecían iguales: iba a las tiendas, veía la televisión, rezaba, usaba el orinal, escupía de rabia y maldecía a su anciana hija.

Un día —Aba y yo estábamos en la cocina— se oyó un gran estruendo en su habitación. Se había desmayado y caído, golpeándose la nuca contra el suelo. Estaba en el suelo frente a la cómoda de ropa blanca, que luego supe que había desempeñado un papel importante en su vida. Los médicos de urgencias le diagnosticaron un derrame cerebral y declararon que «no tenía sentido llevarla al hospital». Recuerdo que ese «no tiene sentido» me sonó como el juicio de un maestro artesano sobre una herramienta rota.

Ahora todo el sistema que había funcionado bien y servido a su propósito durante décadas, todo a lo que ella misma se refería cuando decía «yo» —los músculos y las arterias, los vasos sanguíneos y los globos oculares, el pelo y la piel— se habían transformado en una fracción de segundo en algo que ya nadie consideraba útil o valioso.

Durante los muchos días que duró su coma, a menudo entraba en su habitación, descorría las cortinas y tocaba un poco el piano. Sabía que ella era la única persona capaz de percibir esa cacofonía como música. Le levantaba los párpados y le examinaba los globos oculares, ese par de caracoles elásticos y húmedos que ahora no servían de mucho, como bolas de algún juego, para el billar, por ejemplo.

El día en que murió era día de colada. La hacíamos una vez

al mes, siempre a partir de las seis de la mañana, porque solo había agua caliente hasta las nueve. Teníamos una lavadora semiautomática, el aclarado se hacía a mano. Hacia las ocho, durante la pausa entre las sábanas y la colcha, Aba se asomó a ver a la bisabuela y, cuando volvió, la seriedad que colgaba del borde de sus gafas como un manto fúnebre me lo dijo todo. Nos miramos un momento en silencio y luego sugirió:

—Terminemos primero la colada. Solo nos queda una hora.

Cuando la ropa de cama y las toallas estuvieron colgadas en el tendedero del cuarto de baño y los últimos restos de agua habían salido a borbotones de los grifos, hicimos esto y aquello primero. Durante los tres días siguientes, mientras la bisabuela yacía en su habitación, muerta, no fui a verla de nuevo. Por la noche, Aba rezaba el rosario junto a la difunta y dejaba una vela encendida.

Más tarde descubrí que la cómoda de la ropa blanca situada a la izquierda del piano había tenido un significado especial en la vida amorosa de la bisabuela. Incluso más tarde descubrí que la bisabuela Stanisława y mi madre Marianna eran muy parecidas, con una diferencia fundamental: Stanisława se había enamorado una vez perdidamente. No de su marido, mucho mayor que ella, que la adoraba y la tenía en palmitas, aunque ella lo echara regularmente de casa, algo que solía recordar en su vejez, alegando que una mujer debe saber imponerse a un hombre. El día en que lo detuvieron acababa de regresar después de varios días expulsado de casa. Por la tarde habían dado un largo paseo de reconciliación con su hija y por la noche «ellos» llegaron y él tuvo que irse a un lugar del que no había retorno. Tampoco estaba enamorada del ingeniero que se convirtió en su amante al principio de la guerra y al que siguió a Kazán, junto con su esposa, por supuesto. Esta se presentaba después a menudo en el piso donde Stanisława y su hija, Aba, compartían una habitación y desde el umbral gritaba todas las palabras que conocía en ruso para referirse a una mujer de vida disoluta. Ni siquiera lo estuvo del apuesto comandante Pávlov, con su increíble don para la música, que la sacó de Kazán al final de la guerra y gracias al cual toda la familia se instaló en Leópolis. No, Stanisława se enamoró de un joven

alemán llamado Hermann, el único hombre de su vida que no tenía nada que ver con la música.

Para Stanisława, la realidad de la Leópolis de la posguerra tenía otros colores, sobre todo su color favorito: el verde. No tenía aún treinta y cinco años y era viuda con una hija que mantener. Fumaba cigarrillos de liar con tabaco barato, le gustaba su cuerpo opalino extremadamente demacrado y sus ojos grandes y apagados como el jade. Trabajaba como secretaria en el recién creado Consejo de Distrito que se había instalado apresuradamente en el antiguo palacio del Voivodato. En primavera podía llorar de emoción mientras acariciaba los arbustos y los árboles: después del trabajo le gustaba detenerse en la plaza que entonces se llamaba Retseymivka, pasar la mano por los brotes frescos del castaño que crecía en el patio de su edificio de la calle Panska, que pronto pasó a llamarse calle Iván Frankó. Por cierto, era mucho más tierna con las plantas que con su propia hija, entonces adolescente. Llevaba un vestido de tela verde que le había regalado uno de sus amantes anteriores y se ponía uno de sus tres broches en el cuello: libélula, mariposa o piña.

El día que vio a Hermann por primera vez llevaba la piña: un óvalo finamente elaborado de color verde claro. Tenía unos veinte años, el pelo rubio platino y era un prisionero de guerra que, junto con sus compatriotas, realizaba diversos trabajos para la ciudad y estaba esperando regresar a casa. Él sabía algo de ruso, lo que lo convirtió en intermediario entre el grupo de prisioneros y las autoridades locales, y por esa razón había comparecido ante el consejo del distrito en relación con algún asunto. Pocas veces sonreía, pero, cuando lo hacía, se le veía un hueco entre los incisivos superiores. Nada más verlo, Stanisława se dio cuenta de que despertaba en ella un deseo feroz y, al mismo tiempo, la admiración acrítica de una madre hacia un hijo (un sentimiento que su propia hija, por lo demás, nunca había sido capaz de despertar en ella).

Hermann estaba menos vigilado que los demás, así que empezó a escaparse del cuartel por las tardes y a pasar las noches en el piso de la calle Panska.

Por primera vez en su vida, Stanisława no se preocupó por

«hacerse valer» ante un hombre. Se veía sacudida por emociones violentas: enterarse de que su amante no podía ir a verla una noche le provocaba un ataque de llanto que duraba varias horas. Cuando dormían el uno al lado de la otra, ella se despertaba para mirarlo y entregarse a exaltadas fantasías: por ejemplo, que Hermann, como antiguo soldado de la Wehrmacht, era condenado a muerte, y ella se arrojaba a los pies de los verdugos y les rogaba que la fusilaran a ella en lugar de a él. El despertador sonaba a las cinco, Hermann se levantaba sin ganas y de mal humor. Detrás del delgado tabique se despertaba también Aba, que no tenía cabida en las fantasías de Stanisława.

El joven amante se comportaba de forma reservada con Stanisława: comía con apetito lo que ella le servía, se bañaba en el agua que ella le calentaba, penetraba el cuerpo que ella le ofrecía. Pero sentía una aversión irracional por su hija. Quizás le molestara que fuera testigo de su aventura. Tanto el romance como aquella aversión llegaron a un punto crítico una noche fatídica.

Una vecina del piso de arriba, una viuda solitaria y excéntrica, había ido a visitar a Aba. Acordaron que ella le conseguiría papel y pasteles y Aba le haría un retrato. Al cabo de unas horas, Hermann entró en la casa sin avisar: la vecina estaba envuelta en la colcha de su cama, sentada sobre sus almohadas, rodeada de diversos objetos de atrezo —bandejas, botellas, verduras— y, para colmo, ¡Aba y la vecina estaban fumando! Esta falta de respeto enfureció visiblemente al joven alemán: gruñó con rabia y se encerró en la cocina. Stanisława pidió con frialdad a su hija que ordenara la habitación antes de irse tras él. Poco después se oyó un estruendo de objetos lanzados al suelo en la cocina y gemidos ahogados procedentes de detrás de la puerta.

—No es la primera vez —explicó Aba a la vecina—. El otro día mamá tenía un ojo morado.

—¡Voy a llamar a la policía! —gritó la vecina, y bajó corriendo las escaleras.

Aba sintió que un escalofrío le recorría la espalda: el recuerdo de 1937, el espectro de las detenciones, los trenes, los

campos, Siberia. Poco después llegaron los policías, se pusieron a golpear la puerta y a gritar:

—¡Abran!

—¡Ya voy, ya voy! —respondió Stanisława con una voz melodiosa, poniéndose la bata a toda prisa para fingir que acababa de levantarse.

Los policías le hicieron algunas preguntas y se pusieron a registrar el piso. El rostro de Stanisława, de color opalino, adquirió un tono azulado y su hija se sujetaba las mejillas para evitar que le castañetearan los dientes. Por suerte, a los policías no se les ocurrió mirar en la cómoda de ropa blanca, que es donde se había escondido Hermann.

Después de este incidente, empezó a espaciar sus visitas y no tardó en regresar a Alemania. Los tres dieron un paseo de despedida por Kaiservald de noche, durante el cual Stanisława indicó a su hija que caminara varios metros detrás de ellos y que cerrara los ojos cuando se besaran. Al parecer, solo se llevó a su hija para tener un hombro en el que apoyarse en el camino de vuelta a casa. El broche de mariposa se enganchó en el jersey de punto de la adolescente que era entonces Aba y le arrancó fibras de lana con su afilada aguja, de modo que la chica se imaginó que era la boca de Hermann con el hueco entre sus dientes delanteros, que la perseguía y le mordía el hombro.

Y después… A decir verdad, Hermann no debería haberle escrito esa carta. ¿Qué más le daba si seguía siendo el recuerdo más hermoso de Stanisława?

La carta llegó tres meses después, escrita en ruso, pero en alfabeto latino, en ese peculiar *volapük* que se había usado en Leópolis. En ella llamaba a Stanisława vieja mona, perra y bruja, y afirmaba que solo había ido a verla para calentarse y lavarse bien. Ahora, inalcanzable en su patria tras el creciente telón de acero, ahora la maldecía gratuitamente a ella, a su hija, a su ciudad y a su país. Stanisława se ahogaba en lágrimas al leer una y otra vez ese desconcertante e incorrecto mosaico de palabras que podría haber sido divertido si su contenido no hubiera sido tan trágico. Su hija se sentó a sus pies y le acarició las manos. Fue entonces cuando aparecieron los

primeros ataques de histeria y los rituales. Tras el fiasco de sus enésimos amores verdaderos, el personaje de Stanisława entró en un permanente e irreversible declive.

Pasaron muchos días después del funeral antes de que empezáramos a limpiar. Después de llevar las pesadas cortinas verdes a la basura, resultó que, entre las doce y la una de la tarde, un rectángulo de luz solar amarillo entraba en su habitación, extendiéndose frente a la ventana como un lingote de oro resplandeciente. Resultó que los lisos y fríos tiradores de los cajones de la cómoda de la ropa blanca también se volvían dorados. Recuerdo haber tirado de cada uno de ellos, abriendo los cajones uno por uno sin cerrar ninguno. Encima había joyas, cadenas de plata, anillos y broches envueltos en papel amarillento.

—Tendremos que poner las joyas a la venta, ¿quién va a querer llevar hoy estas antiguallas? —sentenció Aba—. Se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza y algo en su cara le recordó que una vez había sido una jovencita.

En los otros cajones había papeles y fotografías, que Aba apiló en el suelo, inclinándose sobre ellos con preocupación, como si quisiera protegerlos de mi mirada curiosa con su cuerpo.

Abrí la puerta de un gran armario ocre donde se acumulaba ropa apolillada. Los abrigos, las pieles y los vestidos cayeron al suelo, cubiertos de cáscaras de naranja secas. La ropa sería «para los pobres», pues Aba no quería quedarse ni una sola prenda.

La cubertería, oscura y maciza, parecía mirar con reproche nuestro plan de añadirle las cucharas y tenedores de aluminio que habíamos encontrado en la mesa de la bisabuela. Al final acabaron en la basura, seguidos del hule descolorido sobre el que habían estado durante años. Tampoco queríamos la jarra con el depósito blanco del que la bisabuela bebía su medio litro de agua hervida con azúcar. El orinal esmaltado, pulido hasta quedar reluciente, desapareció para siempre bajo el sofá tapizado de color verde esmeralda: hace solo unos días, el barco de su cuerpo se había agitado sobre él, ahora había una calma total, ni la más mínima ola a la vista. Trabajamos

durante mucho tiempo: el rectángulo amarillo frente a la ventana primero creció en longitud, luego se desplazó hacia la pared del patio. Las crestas de ladrillos que sobresalían aquí y allá en la fachada sin cepillar me recordaron el color del pelo de mi bisabuelo, al que nunca había conocido.

Apartamos el piano de la pared, quitamos las oscuras telarañas. Saqué unos papeles de un rincón, me senté en el suelo y empecé a ojearlos. Eran de la época anterior a la guerra, tal vez incluso de antes de la revolución, con las letras abolidas hacía tiempo, también en las partituras.

—¿Qué es esto? —pregunté—. ¿Son cosas de mamá?

—Son sus libretos —respondió Aba a regañadientes, desviando la mirada como hacía siempre que no decía toda la verdad. Había un acuerdo tácito entre nosotras: a la bisabuela la llamábamos «ella» y a mamá la llamábamos «mamá»—. Quería ser cantante de ópera —continuó Aba—. Tenía un oído absoluto, una magnífica voz de mezzosoprano…

Escuché con asombro: ¿por qué me contaba todas esas cosas que ya sabía?

—Supongo que mamá heredó de ella el timbre de su voz. En San Petersburgo fue alumna de Natalia Preobrazhenskaya, ese apellido debería decirte algo. Pero, por desgracia, nunca en su vida cantó en un escenario. Ni siquiera consiguió el papel más pequeño en ningún sitio. Era demasiado baja y, como sabes, la altura tiene una inmensa importancia en el escenario.

¿La bisabuela, cantante de ópera? No podía creer lo que oía.

Miré la pared iluminada por el sol en el patio: era el escenario en el que intentaba imaginar a la bisabuela. La vestí con un vestido rojo y negro, le puse una diadema brillante, le decoré los dedos con los anillos que había encontrado en los cajones… Por desgracia, fue en vano, porque, en lugar de los trajes de Carmen o de Amneris, solo vi su bata de baño desteñida, sus zapatillas que se arrastraban y un pulgar arrugado que palpaba la tetera para ver si el agua que contenía estaba caliente. Justo detrás de mi bisabuela, vi una tarima de teatro frente a mí, con mi madre sobre ella. Puse a la bisabuela a su lado y las obligué a cantar a dúo: abuela y nieta, vieja y joven, baja y alta. Una tuvo éxito, la otra fracasó, las dos

estaban muertas. La que tuvo éxito murió joven; la que no, soportó el peso de su derrota durante muchas décadas.

—Tras el rechazo en el teatro, se unió a un coro y en los ensayos conoció al bisabuelo.

—Pero luego arrestaron al bisabuelo y estalló la guerra…

—Lo peor fue en Kazán: no decía ni una palabra, seguía perdiendo peso. Se puso a trabajar en una fábrica. Odiaba ese trabajo, pero gracias a él teníamos una mayor ración de pan. Me daba su porción, porque yo estaba creciendo y tenía hambre todo el rato. Y luego el coro de Alekséi Pávlov vino de gira. Y con ese coro se fue de Kazán.

—¿Y tú? —pregunté, horrorizada.

—No pudo evitarlo —dijo Aba con resignación—. Cantar era su vida.

Los ladrillos se convirtieron primero en corteza de pan negro y luego en las paredes desnudas de los edificios de la estación.

«¡Mamá, mamá, no me dejes!», gritó Aba mientras corría detrás del tren, que se aceleraba cada vez más, y su grito se convirtió en un aullido sordo y grave, tan diferente de los sonidos que emitía su madre al mismo tiempo.

En la foto, Alekséi Pávlov, el director de orquesta, un apuesto mayor muy seguro de sí mismo, miraba directamente a la cámara. ¡Adiós, fábrica odiada! ¡Adiós, habitación en casa ajena!

En el tren la nueva solista recibió su uniforme militar y el primer ensayo de canto tuvo lugar en el compartimento cerrado de Pávlov. La obligó a cantar notas tan altas que ahogaron los desesperados sollozos de despedida de su hija.

Con Pávlov se «impuso» enseguida como es debido: se convirtió en la primera solista del coro y por las noches interpretaba, solo para él, sus arias favoritas. Con el rabillo del ojo, notó la idolatría en su mirada. Verano e invierno, ciudades y conciertos se sucedieron, hasta que finalmente recalaron en Leópolis, una ciudad tan distinguida como la nueva compañera de Pávlov. El comandante decidió al instante que allí se establecerían, no le importaban los rumores de peligrosos nacionalistas ucranianos que cazaban soviéticos en la zona, y

se olvidó de su esposa, una bibliotecaria que lo esperaba en Moscú.

—En Kazán yo siempre estaba triste, no había nada que comer. Vivía con la maestra de la escuela. ¡Qué alegría cuando mamá me escribió para decirme que me esperaba en Leópolis!

El piso de Leópolis era pequeño y estrecho, pero estaba justo en el centro. Pávlov había encontrado uno sin muebles de los anteriores ocupantes. Odiaba apoderarse de la propiedad ajena y no le importaba tener que dormir en el suelo al principio. Pocos días después de la llegada de Aba de Kazán, tuvo que marcharse con el coro, después de lo cual llegó la terrible noticia de que había sido alcanzado por una bala perdida en algún lugar de Volinia. La bisabuela empezó a fumar cigarrillos y adelgazó aún más. Sus mejillas y sus ojos se hundieron en lo más profundo de su cuerpo, donde residía su voz. Entonces llegó la victoria, los castaños florecieron y apareció Hermann.

Es cierto: ella nunca había cantado para él. Sintió que las explosiones de emoción que sacudían hasta los cimientos de su ser eran una amenaza para su canto, porque el amor se había instalado en su cuerpo en el mismo lugar donde antes estaba su voz. En aquella época notaba su voz muy poco, y solo en el fragor del acto sexual Stanisława tenía de repente la sensación de que el peso de su amante aplastaba algo parecido a un embarazo avanzado, aunque su vientre era más plano que el de las bailarinas más esbeltas.

Tras la carta de Hermann, su voz regresó del exilio, empezó a hacer piruetas en busca de una nueva salida. No podía domarla y, durante sus ataques de histeria, cada vez más frecuentes, a veces gritaba, gemía y aullaba de un modo terrible, como una poseída. En sus mejores días, la voz la ordenaba subirse a un escenario improvisado en casa e interpretar sus arias favoritas, con o sin público. Para encontrar la salvación de esa tormenta sonora, Aba se aficionó a pintar imágenes devotas, entre ellas el conocido Jesús con su corona de espinas y el pelo verde, cubierto de sangre y con un hueco claramente visible entre sus dientes superiores, en una boca ligeramente abierta.

En un momento dado, el tal Hermann Jesús molestó a

Stanisława: gritó, pataleó y exigió que lo quitaran de su vista. Luego, en la vejez, para sorpresa general, consiguió un lugar de honor en su habitación.

En otra caja había fotografías de oficiales. En algunas de ellas Stanisława posaba junto a algunos de ellos, mirando directamente al objetivo, siempre rodeada de humo de tabaco, mientras todos sus compañeros tenían la misma expresión facial que Yuri Gagarin tras su primer vuelo espacial. A partir de entonces, la bisabuela trabajó durante muchos años en el Consejo del Distrito y dedicó su tiempo libre a entrenar las voces de los militares con talento que podían cantar la parte masculina de sus dúos favoritos: las clases de canto improvisadas tenían lugar en su piso. Aba escuchaba detrás de la puerta.

—Un retrato del abuelo Aleksandr —comenté.

Fue muchos años después de la guerra, cuando Aleksandr Pabian, el taciturno director de orquesta de la guarnición de Leópolis, nacido en Donetsk, ancló en la orilla de la bisabuela.

—Lo siento, pero ese no es el tono. ¿Cómo dirige su orquesta?

Impresionó a la viuda por su docilidad y melancolía, que ella confundió al principio con una tristeza poética, y también por el hecho de que era considerablemente más joven. Poco a poco ella iba entrando en la vejez y le costaba aceptarlo. Si también hubo una foto de ellos juntos en la que tuvo la oportunidad de poner la cara de Gagarin, no lo sé. Si la hubo, sin duda fue destruida posteriormente. Aba no puso su retrato en la pila junto con los demás, sino que lo apretó contra su pecho y se lo llevó a la habitación, por supuesto sin volver a meterlo en la caja negra con el perfil de Chopin. Las visitas del director de orquesta a la bisabuela comenzaron en la época en que Aba estaba enamorada de su pianista.

—Mamá, quiero salir esta noche.

—¿Con este músico del tres al cuarto? Ni hablar.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué?

Acordes audaces y lágrimas copiosas: Chopin no tenía el temperamento de un rebelde, lloró por la noche, lloró en el andén, luego en el tren y, al llegar a los territorios

«recuperados» en el oeste de Polonia, lloraba porque la madre de su novia no les había permitido casarse. A Aba solo le quedaron las polonesas, las cartas de la caja negra y esas lágrimas, que marcaban el camino de luz hacia el oeste que era inalcanzable para ella. Y luego su madre tuvo la diabólica idea de casarla con su joven amante, que tenía una carrera asegurada y ninguna intención de abandonar Leópolis.

La boda tuvo lugar en un día laborable y fue oficiada por el último sacerdote de la iglesia de Santa María Magdalena. En su primera fotografía juntos, la joven pareja está de pie frente a la entrada principal del teatro de la ópera, recortada de tal manera que no se viera la estatua de Lenin. Aleksandr lleva ropa de civil: un sombrero alto, un pesado abrigo de invierno y unos pantalones acampanados, que estaban de moda en aquella época. En esa foto parecía que le hubieran ordenado ponerse un traje de teatro y, a juzgar por la expresión de su cara, era como si lo hubieran arrastrado a la fuerza para esa foto. El fantasma de la depresión se cernía ya sobre el joven, y el de la enfermedad incurable, sobre la novia.

Aunque la propia Stanisława había convencido a su hija para que se casara, empezó a odiar a Aleksandr desde el momento en que cruzó el umbral de casa como su yerno. Durante los años de su vida en común, ella cultivó ese odio de forma exquisita, extendiéndolo por cada habitación, la cocina y el baño, expresándolo en cada plato, en cada palabra pronunciada. La escala de destrucción era como la que se produce tras la explosión de una bomba atómica. El abuelo estaba constantemente triste y murió joven. Aba se hundió en su enfermedad crónica. Mamá no había nacido por amor, por eso murió.

—Has destruido mi vida, mamá.

Ni una palabra de rebelión. La hija obedeció a su madre, por lo que esta solo la despreció más. Y así fue durante años: el silencio de una provocaba el desprecio de la otra, y viceversa. Pronto el silencio y el desprecio crecieron el uno en el otro y eso unió a madre e hija hasta el fin de sus vidas, incluso más que los lazos de sangre, que el hecho de que el cuerpo de una hubiera sido creado en el cuerpo de la otra. Pero entonces

nació la nieta e hizo un intento de liberarse de esa prisión del vientre materno.

—Abuela, quiero hacer el examen de canto para el conservatorio.

—Ni hablar.

—¿Por qué, abuela?

—No tienes talento. Vivirás en la pobreza.

—Abuela, he decidido ser cantante. Tengo talento, ¿lo oyes?

—Voy a abrir la ventana y gritaré a toda la calle que mi propia nieta me está torturando. La policía vendrá en un minuto.

—Yo misma la abriré. ¡Grita! ¡Grita tan fuerte como puedas! ¡Vamos!

Mamá no se cortaba en hablar en los momentos importantes.

La bisabuela conoció a su último galán cuando ya estaba jubilada, mucho después de la muerte de su yerno. Un solitario profesor de violín que le cocinaba comidas saludables y la llevaba a pasear. Le encantaba que tocara para ella y a la menor ofensa le daba una bofetada. A pesar de sus ruegos, ella se negó a irse a vivir con él: no quería «dejar a su familia». Recuerdo el funeral del pobre hombre: la bisabuela no fue al cementerio, sino que esperó a que una de sus amigas le llevara algo de las exequias. Era verano, y la bisabuela, con guantes negros de encaje y un sombrero con velo, estaba sentada en una silla y yo andaba a su alrededor sin más ropa que unas bragas rosas. En un momento dado, dijo irritada:

—¡Chica desvergonzada! Mírate en el espejo, qué aspecto tan indecente. Esas bragas te van ajustadas, ¡se te ve todo entre las piernas!

Me acerqué al espejo y me di cuenta de que tenía razón. Antes no se me habría ocurrido.

Desempolvé las partituras y las ordené por fecha de publicación. La superficie del muro del patio, ahora sin luz, se convirtió en un mar y yo era una buceadora que buscaba perlas en él. La bisabuela había sido una cantante de ópera fracasada; mi abuela, una pintora fracasada; mi madre, una

cantante de ópera de éxito; yo sería una pintora de éxito; mi hija sería una cantante de ópera fracasada o una pintora de éxito, y su hija, según lo que eligiera mi hija, sería una cantante de ópera de éxito o una pintora fracasada, pues menos y menos es igual a más, como en las matemáticas. Somos como muñecas rusas, una dentro de la otra, y no sabemos exactamente cuál está dentro de cuál. Solo sabemos cuál está viva y cuál no. Somos como muñecas rusas, todas atravesadas por la misma bala, aunque hasta ese momento yo pensaba que la bisabuela no era parte de esa cadena. Fue una cantante de ópera fracasada, así que mi abuela es una pintora fracasada, y mi madre, aunque *prima donna,* está muerta.

Aba cogió el resto de los papeles, no pudo con toda la pila de una vez.

—En su vejez cantó en la catedral —comenté.

—Muy pocas veces, y solo entre semana. Tenía una amiga en el coro.

—Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo? El que camina con integridad y hace lo correcto, y dice la verdad en su corazón. El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino…

La misa se celebró con el resplandor de las lámparas doradas, pero, como de costumbre, ella no fue invitada a subir al escenario. Antes de morir, su abundante piel blanca y arrugada parecía un velo deshilachado. Quizá se despojase de él en casa, tras la puerta cerrada, como el príncipe rana, y dejara salir a una esbelta Cio-Cio-San que interpretaba las más bellas arias mientras nosotras creíamos que era la televisión. Vimos su pelo blanco con una raya en el medio como una niña, las gafas con cristales gruesos, sus piernas de elefante cubiertas por la bata, con orina corriendo por ellas —ploc ploc, ploc—, se aseguraba de que el manantial no se secara nunca, iba a la cocina con su jarra, ponía el pulgar con su uña perfectamente limada sobre la tetera y vertía agua hirviendo. Hasta el final de su vida cuidó su manicura.

Aba sostenía un trapo entre sus dedos hinchados, con el que le quitaba el polvo a la cara de Jesús. Un Jesús que había visto

todos estos años cómo la bisabuela cortaba salchichas en el hule, cómo las masticaba laboriosamente con los pocos dientes que le quedaban, cómo veía películas en blanco y negro acostada en la cama. La oía tirarse flatulencias, suspirar, tararear. ¿Esperaba Jesús a que ella apagara la televisión por la noche, a que se sentara en el sofá-cama luchando con los chirriantes muelles y a que sus brazos se abrieran en dirección a él?

—En el nombre del Padre y del Hijo… —¿Observó cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras ella entornaba los ojos debajo de sus gafas, tratando de ver si alguien se daba cuenta?

—¡Mala hija, mala nieta, que no la invitan a la mesa común! —¿Jesús la oiría insultar a su vieja hija en la cocina?

—¡Idiota! ¡Maldita lunática! ¡Zorra!

—¿Hablas de ti misma? —le respondía Aba con la voz turbada.

Su madre la empujó en el estrecho pasillo de la cocina, le dio un azote. El yeso cayó de la pared sobre el linóleo ondulado.

—Puta desvergonzada —murmuraba al ver a su nieta en el pasillo cuando volvía del teatro—. ¿En qué callejones has estado merodeando?

Éramos como muñecas rusas, pero solo éramos tres. No había lugar para ella en esa cadena. Era malvada, nadie lloró cuando murió.

Como habían metido en la cárcel a la portera, era Luba la que mantenía ahora limpio el patio. Solía pasearse con una escoba y un recogedor en cada mano. Tiraba la basura a la oscura alcantarilla donde los hijos de la portera vertían el contenido de sus cubos, así como los cadáveres de las palomas que mataban. Los devoraba el monstruo que vivía en el fondo. También se tragaba los últimos rayos de sol que atravesaban el patio. La habitación de la bisabuela daba al norte, no había nada que hacer, siempre estaba un poco oscura.

—Estos libretos no tienen ningún valor. Los llevaremos a la Ópera solo por su interés histórico —dijo Aba, volviendo sin las fotografías que por fin había conseguido esconder en algún

lugar—. En esta sala montaremos un comedor. Ahora no tendremos que ir de la cocina al salón y será más fácil mantener las alfombras limpias.

La guerra polaco-ucraniana

—Me duele la cabeza, creo que me va a dar un ataque de migraña —dije con voz suave e infantil. Sabía lo patético que sonaba.

Mikołaj no me oyó, o fingió no hacerlo. Avanzaba en dirección a la calle Teatralna, donde había planeado la primera parada de nuestro paseo.

Era una soleada tarde de junio, pero ese verano tenía la impresión de que mis calles se habían quedado sin sombra y humedad, que se habían oscurecido y habían empezado a acusarme. Día tras día izaban banderas negras de luto. También se lo reprochaban a Mikołaj, lo envolvían sin cesar en un arcoíris de siete clases de tinieblas, aunque esto no lo deprimía. Al contrario, parecía que había crecido, no le llegaba ni al hombro. Flotaba en el aire como si, al igual que Perseo, tuviera alas en sus sandalias de artista, como si también las tuviera en su bolsa de artista, que siempre llevaba al hombro. Me arrastraba lloriqueando detrás de él, como una serpiente. «Las cosas podrían haber sido diferentes si hubiéramos seguido siendo amigos», pensé. «Si hubieras conservado la pureza», me susurraban las luminosas paredes de la catedral que acabábamos de dejar atrás y que yo había estado evitando últimamente porque el etéreo Jesús que había dentro estaba ennegrecido y su cara parecía carbonizada.

—Claro y sencillo como un golpe de hacha —explicó Mikołaj—. Un día la ciudad se dividirá en dos.

«Ya he oído eso antes», pensé, pero no recordaba dónde ni cuándo.

—Tienes razón —confirmó, aunque yo no había abierto la boca—. La antigua unidad era solo una ilusión, pero ya sabes cómo le gusta a la gente engañarse a sí misma.

Pasamos por delante de la escuela y del eternamente cerrado Museo de Historia Natural Dzieduszycki y entramos en

la antigua Casa de Oficiales.

—No mires la placa —me ordenó, tapándome los ojos con las manos—. No solo es fea, sino que además contiene información falsa.

Nadie nos detuvo en el frío vestíbulo, así que subimos las escaleras.

—Este es el lugar donde todo comenzó. Albergaba la Casa del Pueblo, el principal centro cultural de los rutenos de la época, que se sentían cada vez más ucranianos. Lo singular de este edificio es que tiene tres entradas desde tres calles diferentes: Teatralna, Korniakt y Ormianska. No hay ningún lugar desde el que un solo hombre pueda vigilarlas a todas al mismo tiempo. Esa fue la razón por la que Vitovski hizo de este edificio el cuartel general del Estado Mayor del Ejército ucraniano: los fusileros de Sich.

Miré por la ventana, la figura de Mikołaj sustituyó al globo plateado de la torre del ayuntamiento sobre el que ondeaba la bandera ucraniana y poco después fue el propio ayuntamiento el que se puso a hablarme: «Los soldados de Vitovski tuvieron muchos problemas para encontrar trozos de tela amarilla y azul lo suficientemente grandes como para izarlos en el ayuntamiento la noche del 1 de noviembre. Nada de eso existía en el Leópolis polaco. En el último momento salvó la situación el vigilante de la Casa de Comercio. Sacó la bandera que ondeaba en la tienda de comestibles en las grandes fiestas. Después de la guerra esta bandera se guardó en un museo que luego fue destruido por los soviéticos. Es la primera pieza de la colección imaginaria que quiero mostraros hoy».

Desde lo alto de la torre dos vistosas franjas de tela ondeaban hasta el suelo flotando detrás de nosotros por la calle Teatralna. Se las probé en secreto a Mikołaj, envolví su cuerpo con ellas, quería saber si el martirio le sentaba bien. Pero mis fantasías se vieron truncadas por su mirada severa. Ni siquiera se le ocurrió compartir conmigo el recuerdo del cadáver envuelto en la bandera ucraniana. Otras manos que no eran las suyas descubrieron y besaron la familiar cicatriz entre sus omóplatos, otra lengua había lamido la sangre seca de sus mejillas pecosas, otras manos que no eran las suyas habían

vestido el cadáver y lo habían colocado en el duro lecho del ataúd.

—En los puntos neurálgicos de la ciudad, Vitovski ordenó instalar nidos de ametralladoras. Los cañones apuntaban a los transeúntes de la plaza del Espíritu Santo y de las murallas de Hetman, asomaban por el balcón de la Ópera, desde la terraza del Café Viena.

—Disparar desde aquí es una tradición —bromeé, pero ninguno de los dos sonrió.

Al fin y al cabo, había otras tradiciones: por ejemplo, jugar al ajedrez en la avenida que llevaba a la Ópera. Así que ahora mismo pasamos por delante de los bancos con los jubilados, «¡Hola!», «¡Hola!», «¿Me permite?». «Tengo las blancas, así que empiezo yo», «Ahora es el turno de las negras», «Me pregunto quién ganará la partida».

—El primero de noviembre de 1918 fue un día trágico para Leópolis, el principio del fin de la ciudad, tal como había existido hasta entonces. No importa cómo se iba a desarrollar la guerra. No importa quién era el vencedor y quién el vencido.

—Deberían haber existido dos ciudades paralelas, una polaca y otra ucraniana con sus dos nombres diferentes, Lwów y Lviv. ¿Se consideró esto en su momento? —le pregunté—. ¿Dos ciudades con el mismo mercado, los mismos tranvías y castaños…? Pero solo había una ciudad, y por eso empezó la guerra, que luego la dividió en dos…

El edificio achaparrado de la ópera revoloteaba sobre la superficie lisa de los globos de helio que se elevaban en racimos de mano de los vendedores a lo largo de la avenida. Formaban parte de una mala puesta en escena, tan mala como la del funeral de mamá: banderas, multitudes, una orquesta. Alguien más le echó el último vistazo, alguien más cerró el ataúd.

—Cuidado con las tapas de las alcantarillas —me advirtió Mikołaj mientras rodeábamos el teatro—, no siempre están bien cerradas.

La calle Grodecka parecía un túnel al rojo vivo sin un solo árbol. Aquí los tranvías, los coches y los taxis compartidos se cruzaban en la carrera de obstáculos del pavimento empinado.

Hicimos caso omiso de las normas de tráfico y salimos a la carretera. Nos pitaron desde todos los lados y circulamos por las vías como dos vagones de tranvías, o quizás como dos tranvías unidos por una cuerda de remolque.

—No te llevaré a los campos de batalla de la gloria de ninguno de los dos bandos. Tampoco te mostraré los lugares heroicos o simbólicos, evitaré frases manidas como «los defensores de Leópolis». No te hablaré de los niños polacos a los que luego apodaron «aguiluchos». Pero te enseñaré algunas cosas rechazadas u olvidadas. Por la sencilla razón de que no encajan en la leyenda.

A la malograda bandera le siguió una detonación. Mikołaj relató los hechos y yo me imaginé la escena: los chicos ucranianos, perdidos en medio de un paisaje urbano que les era totalmente extraño, y los chicos polacos que, a pesar de estar en su propia ciudad, no consiguieron volar el cuartel, aunque estaban en casa, quizás porque se habían preparado para algo más que volar edificios en años anteriores. Había arena por todas partes, en las botas y en el aire, se acumulaba por todas partes, esparcida por la calle. Daba la impresión de que estaba a punto de levantarse el viento y de que se desataría una tormenta de arena que haría girar el polvo mezclado con el aire caliente por encima de las cabezas, de los tranvías, de la cúpula de Santa Ana, la iglesia situada a lo ancho entre Grodecka y Shevchenko, que hizo las veces de tienda de muebles en la época soviética.

No era arena, sino otra materia más ligera, con lo que los estudiantes polacos se llenaron los bolsillos y se metieron en las alcantarillas. En las entrañas de su ciudad natal se sentían como en casa. Se acercaban cada vez más al cuartel Ferdinand, el puesto más occidental del frente ucraniano. Diligentes como hormigas, corrían arriba y abajo con los bolsillos llenos. El enemigo les disparaba desde el cuartel sin saber que al mismo tiempo avanzaban desde abajo y que una montaña de peligrosa pólvora se acumulaba día tras día en los sótanos.

Las entrañas de su querida ciudad. El canal bajo el teatro. La mayor vergüenza de su vida.

Ese día la calle tembló desde sus cimientos, pero el cuartel

Ferdinand ni siquiera vibró. Los polacos calcularon mal la distancia desde la calle Bem: el estallido se produjo a unos metros de distancia.

Un «te quiero» dicho bajo coacción, un «te quiero» sin valor, un «te quiero» único antes de morir, después del cual nada se puede compensar. Los hombres del cuartel entraron en pánico por el fuego. La visión de los trapos empapados de aceite volando hacia las ventanas y provocando incendios aquí y allá los empujó a un pánico irracional.

Habían crecido en el campo, en casas de paja, y no sabían que el fuego no podía devorar los gruesos muros de piedra. Uno de esos chicos era el poeta Román Kupczynski. Estaba sentado solo en una de las habitaciones cuando de repente la puerta se incendió. En pocos segundos, las lenguas de fuego se convirtieron en un muro de llamas que se movía amenazadoramente hacia él. No había agua a mano, solo un cuenco de sopa de remolacha que Román cogió a la velocidad del rayo. La arrojó a las fauces ardientes. Así es como los campesinos derrotaron a la bestia de la guerra.

Fue muy diferente cuando la bestia vino a visitarme en sueños. No podía defenderme, ¿qué sentido tenía? Parecía no tener interés en mí, pero tampoco me dejaba ir. Tenía que vigilarla. Fue en el circo, pero no en el de verdad de la calle Grodecka, donde los zapatos amarillos de los payasos levantaban polvo de la pista y los gatitos amaestrados bailaban disfrazados, sino en un lugar desconocido habilitado en una antigua iglesia. Allí tuvo lugar la actuación en solitario de la bestia: bailó sin red de seguridad directamente debajo de la cúpula, haciendo malabares con bolas de fuego, realizando trucos acrobáticos ante un público que rugía y vociferaba. Me estremecí al pensar que estaba presenciando la profanación de un lugar de culto, que estaba viendo a la bestia salvaje desbocarse en ese lugar que pertenecía a los serafines de seis alas. Se me heló aún más la sangre en el momento en que la bestia, balanceándose en el trapecio, tomó impulso y, entre estallidos de risa, voló directamente hacia mí por encima de las cabezas del público. Cuando ya estaba a su alcance, estalló delante de mi cara una burbuja de chicle.

Tras la caída del imperio, el edificio del circo de la calle Grodecka comenzó a derrumbarse. El yeso se desprendía de la fachada por capas, las losas de pavimento frente a la entrada se quebraban, perdían su forma original y creaban salientes, surcos y distorsiones. Al igual que ocurre con las personas cuyos rostros en la vejez delatan toda la verdad sobre las decisiones que tomaron en su vida, también aquí el país de los sueños infantiles, privado de la posibilidad de seguir engañando, reveló su desgarradora fealdad. La cara de su madre: la pintora coja y fracasada. Mikołaj también había huido del funeral para no tener que mirar esa cara.

Dejamos atrás el circo y subimos la colina coronada por una sublime iglesia ortodoxa.

—Mi próxima exposición serán las cartas —dijo Mikołaj—. Mientras los polacos y los ucranianos se mataban entre sí, dos arzobispos se escribían cartas que un mensajero llevaba a través de la línea del frente.

La bandera roja y blanca de Polonia ondeaba sobre la catedral de San Jorge, sede de la iglesia greco-católica ucraniana encabezada por el metropolitano Sheptytsky. «Sheptytsky tiene Polonia y yo tengo Ucrania —escribió el arzobispo católico Józef Bilczewski—. Que la guerra fratricida termine cuanto antes, pues al fin y al cabo a todos nos espera el juicio final.»

«Durante un registro en mi palacio —se quejó el metropolitano Sheptytsky en su respuesta—, los soldados polacos confiscaron toda mi correspondencia privada.» Bilczewski respondió que no podía dormir porque las balas ucranianas destrozaban sus ventanas y sugirió que, el próximo domingo, los dos junto al arzobispo Teodorowicz, cada uno desde su púlpito, «encomendaran la ciudad y el país al bondadoso corazón de Jesús, con la petición de que se evitara la guerra civil y la anarquía». La distancia entre las dos colinas no es muy grande, desde San Jorge se baja caminando en poco tiempo. Luego solo queda el camino hacia arriba, hacia el palacio al pie del Castillo Alto. La ruta directa estaba descartada, barricadas y patrullas por todas partes, disparos por doquier. Así que el mensajero se adentró en las calles

laterales, a través de las montañas de hojas que no se habían limpiado desde el comienzo de la guerra. Por un momento le dio la impresión de que no caminaba sobre hojas, sino sobre las cartas que llevaba de una colina a otra durante esa guerra, de Sheptytsky a Bilczewski, y viceversa. Era noviembre, oscurecía temprano. De las puertas abiertas de la iglesia de Santa Ana salían cantos: «María, reina de Polonia, ruega por nosotros». Olía a humo, la Polonia libre estaba más cerca y más lejos que nunca. En una de las colinas le contaron que Sheptytsky tenía un teléfono detrás del altar con enlace directo al frente ruso; en otra le aseguraron que Bilczewski había mandado instalar un timbre eléctrico en su dormitorio que daba a los apartamentos del clero. En años anteriores había nevado abundantemente en noviembre, pero ese año no. «Si empezara a nevar ahora, ¿seguiría matándose la gente en Leópolis?» Las calles laterales se llenaban de gente, el intrépido farolero pasaba con su bicicleta con una larga pértiga de metal, abría las pequeñas ventanas y encendía el gas de las farolas, mientras el mensajero pensaba en las cartas que llevaba en el bolsillo interior de su abrigo. Nunca se habría atrevido a abrirlas, ni aunque le hubiesen apuntado con una pistola en la cabeza. No quería saber qué había en ellas. Solo le importaba una cosa: que los arzobispos siguieran escribiéndose. Lo principal es que continuaran rezando por la seguridad de la ciudad, para poder seguir yendo y viniendo de una colina a otra, haciéndola invisible para los soldados de ambos lados del frente. «¡Qué clase de barbarie es esta! En las calles que han tomado los ucranianos han ensuciado los nombres polacos y destruido los monumentos», se indignaba el arzobispo escribiendo al metropolitano, y me di cuenta de que a finales de los años noventa los letreros de las calles volvían a mancharse con pintura blanca. Se suprimieron los nombres soviéticos y aún no se había pensado en los nuevos.

—¿Así que esta guerra aún no ha terminado? —pregunté.

A modo de respuesta, Mikołaj me sonrió y me miró a los ojos por primera vez ese día. Pensé en el estribillo de la canción francesa que mejor expresaba lo que ocurría entre nosotros, *Je t'aime, moi non plus*.

Desde la calle Grodecka, giramos hacia un callejón con un letrero ilegible.

—Aquí es donde tuvo lugar el desafortunado lanzamiento de granadas —dijo Mikołaj.

Manzanas rojas con formas irregulares de cilindros y polígonos, cubiertas aquí y allá de sarpullido, ligeramente mordisqueadas por pájaros y gusanos, ideales para hacer compota. Su última mirada fue para esas manzanas, que estaban en un cuenco sobre el alféizar de la ventana. Segundos antes había corrido hacia la ventana porque había oído el disparo que el vigilante de esa casa había efectuado contra la patrulla que pasaba por la calle. En respuesta, los ucranianos lanzaron una granada y la explosión la mató al instante. Lo que antes era ella cayó al suelo, que quedó envuelto en llamas. Czerski entró en el piso y se tiró sobre las manzanas esparcidas. «Un alférez ucraniano mató accidentalmente a su prometida polaca», informaron luego los periódicos. ¿Cómo se las arregló para vivir después de aquella granada? No había nada escrito al respecto en ninguna parte.

Durante los tres primeros años después del disparo fatídico, Mikołaj revivió las mismas escenas una y otra vez: el crujido de las frágiles palmas de Marianna al apretarlas, su expedición subterránea y el contacto de la lengua de Natasha con la suya.

Fuimos hacia la calle Copérnico.

Durante la guerra, la oficina central de correos cambió varias veces de manos y, cuando los polacos estaban dentro y los ucranianos establecieron un asedio fuera, uno de los polacos inventó un ingenioso sistema con una correa. Una cuerda colgada en lo alto de la calle conectaba una ventana de la oficina de correos con el edificio residencial vecino de la calle Kraszewski y deslizaban despacio una caja que entregaba cartas y alimentos a los soldados encerrados en la oficina de correos. A su vez, un ucraniano eligió la caja como blanco móvil y empezó la competición de tiro: si los ucranianos daban en el blanco, las ollas de sopa y el segundo plato caían a la acera. Entonces los polacos colgaron un retrato de Tarás Shevchenko en la caja y los disparos cesaron al instante. Más tarde, se produjo un incendio. Ambas partes se dieron cuenta

de que debían abandonar el edificio para que los bomberos neutrales pudieran intervenir.

Al cabo de tres años el fuego de la pena y la culpa se apagó. Mikołaj se dejó crecer el pelo, hizo carrera en la academia y se casó.

A veces, la guerra mostraba un rostro humano. Al atardecer, las armas descansaban y había juerga comunitaria en los ejércitos. Los camareros ucranianos custodiaban la dinamita polaca, y viceversa, se bebía mucho vodka y se tomaban muchas fotos que no se incluyeron en los álbumes patrióticos: la leyenda polaca se quedó en blanco y negro, los ucranianos no crearon la suya. En el cuartel Ferdinand se celebró un baile polaco-ucraniano en el que los oficiales borrachos se quejaron unos a otros de las deserciones masivas y decidieron las posiciones que iban a ocupar al día siguiente.

—¿Sabes que aquí empezaba el barrio judío? —me preguntó Mikołaj mientras volvíamos a la calle Grodecka.

Negué con un movimiento de cabeza.

—Los judíos eran un polígono que no encajaba en ningún sitio. Constituían un tercio de los habitantes de la ciudad, pero polacos y ucranianos se disputaban la ciudad. Oficialmente, permanecieron neutrales, la milicia que formaron llevaba brazaletes blancos. Pero cuando los polacos tomaron la ciudad acusaron a los judíos de estar del lado de los ucranianos y organizaron pogromos.

Llegamos a un parque infantil en ruinas. Me senté en un columpio desvencijado. En la pared de al lado había una placa donde decía que allí había habido una sinagoga. Alguien había rayado la estrella de seis puntas con una herramienta afilada.

El día en que terminaron los combates por Leópolis ardieron las calles donde habían vivido los judíos. También ardió una sinagoga jasídica del siglo XVII, decorada con un imponente ático Secesión al estilo de Leópolis. Cayó la cortina llamada *parochet,* inspirada en el modelo de cortina que separaba el Santo de los Santos del resto del templo de Jerusalén, destruido hace mucho tiempo, el cantor cantó, el rabino subía a la bimá. Pero el venerable podido se tambaleaba y se balanceaba por todos lados. En su lugar construyeron un

tiovivo, un tobogán y columpios que me dejaban marcas de óxido en la ropa.

Todas las investigaciones académicas de Mikołaj giraban en torno a las vidrieras y su canto del cisne fue un artículo muy comentado sobre la vidriera de nuestra escalera. Era una especie de terapia, como si los pequeños trozos de las vidrieras de colores que Mikołaj salvó de la destrucción tuvieran el poder de curar sus heridas. Y entonces una chica, con los ojos y la piel de Marianna, salió al hueco de la escalera y tapó la vidriera por un instante.

Las monedas de cobre tintinearon en el regazo de la desdentada cobradora del tranvía número siete, de cuyo bolsillo sobresalía un rollo de billetes. La mujer se rio cuando le dije que no tenía dinero, se limitó a hacer una mueca, porque estaba igual que yo. Le daba lo mismo cuántos billetes vendiera hoy o mañana. Sabía que nada dependía de ello. Se dirigió al otro extremo del vagón con sus zapatillas gastadas; aunque Mikołaj quería pagar por mí, se arrastró hasta la plataforma de la cobradora y se quedó dormida.

Llegamos a Pohulyanka, me senté en la hierba. El blanco de la camisa de Mikołaj era más blanco que las cruces blancas de los defensores polacos de Leópolis, más luminoso que el pórtico más luminoso. La figura de Mikołaj era más alta que la columna de San Miguel Arcángel, recién surgida a la izquierda de los Aguiluchos, y su voz era más apagada que el susurro de la hierba seca.

—Se está inflando artificialmente el tema de la reapertura del cementerio y somos testigos de ello. Echan leña al fuego políticos de ambos lados de la frontera. Ahondan deliberadamente en las divisiones y los estereotipos, se presentan como grandes patriotas y la gente los cree porque está acostumbrada a los eslóganes y las leyendas.

Mikołaj hizo una pausa, cerró los ojos y bajó aún más la voz. Sentí que había algo irrevocable en las palabras que iba a decir.

—Escúchame: hay pruebas de que los huesos se han mezclado. En el cementerio de los Aguiluchos, polacos y ucranianos yacen unos al lado de otros. En el cementerio de

Yaniv, donde están enterrados los fusileros de Sich, también yacen cuerpos de chicos y chicas de ambos bandos del frente. «Luchamos cara a cara, ahora descansamos juntos, codo con codo.» Durante la batalla por Leópolis, se instaló un hospital militar en el edificio principal del Politécnico, al que llevaban a los heridos. Los médicos atendían a todos, al margen de su nacionalidad. Y, cuando morían, los enterraban juntos.

—Pero luego hubo exhumaciones.

—Sí, después de la guerra los huesos fueron clasificados y enterrados en diferentes cementerios militares. Pero incluso entonces era casi imposible identificarlos con certeza.

—«Luchamos cara a cara» —repetí, pensando en mamá. Nunca se vio cara a cara con el hombre que le disparó.

Aturdida por el secreto que me había confiado y un palpitante dolor de cabeza, me tumbé en la hierba. Las migrañas aparecieron cuando empecé a salir con Mikołaj. Incluso Aba, que una vez me había salvado de las paperas, la varicela, los piojos y las lombrices, se mostraba impotente. «La migraña no tiene cura», le dijeron los médicos que conocía, pero ella no se rindió. Siguió atiborrándome de pastillas —todas blancas, de diferentes tamaños y formas—, pero no sirvieron de nada. Aba estaba asombrada, pero yo no. Para mí, la situación estaba clara como el agua: el dolor era consecuencia directa del pecado, es decir, de mi aventura con un hombre casado.

Mikołaj también me trató con unas píldoras blancas. Sus pastillas eran más pequeñas, como granos. Al igual que Aba, se negó a aceptar que no funcionaran. Siempre me traía de nuevas clases, me las echaba en la boca a puñados y yo, tragándomelas con arcadas, balbuceaba que ese sufrimiento era consecuencia del pecado, a lo que él asentía, y luego, como parte de la terapia, me masajeaba la boca con su lengua dura. Aba se burlaba de la homeopatía, pero yo me tragaba lo que me trajeran. No me importaba.

Los dos estábamos agotados después de la gira de la batalla polaco-ucraniana. El sol había encendido un fuego en mi cabeza, donde brillaba un dolor creciente. Milímetro a milímetro, fue conquistando nuevo territorio, ampliando el

frente de ataque, con la intención de someterme por completo, y yo no oponía resistencia. Le abrí la puerta y me apresuré a firmar el acta de capitulación. Me eché sobre una alfombra de hierba y cogí el cigarrillo encendido de Mikołaj.

Estábamos sentados en el césped, no muy lejos del antiguo palacio de los Pioneros, otra ruina soviética rebautizada más tarde como palacio de la Juventud, aunque palacio de la Eutanasia habría sido más apropiado. El cigarrillo se terminó, el polvo gris voló sobre mi blusa, debía de ser yeso de las paredes. Escombros y cenizas, tumbas en las calles, plazas y patios: el resultado habitual de una guerra civil. El fuego se apagó, solo quedaban volutas de humo, pero incluso estas desaparecían en cuanto se daba la última calada y se tiraba la colilla a la basura. Me di la vuelta para pedirle otro cigarrillo a Mikołaj y vi que se había quedado dormido: cada parte de su cuerpo parecía extenderse en la hierba por separado. Así es como se colocan los hallazgos de las excavaciones arqueológicas cuando se quiere que cada pieza sea claramente visible desde todos los lados.

La ceniza del paquete de cigarrillos que había fumado dibujó un círculo en la hierba donde me senté, y vi a Mikołaj abrir los ojos y estirar despacio los huesos.

—¿Cómo te las arreglas para combinarlo todo? —pregunté —. ¿La escultura, las clases, la historia de Leópolis?

—Hasta los treinta años es el momento del aprendizaje intensivo. Luego solo hay que poner en práctica los conocimientos adquiridos.

Imaginé mi tiempo hasta la treintena como un largo y estrecho pasillo con muchas puertas entreabiertas a ambos lados. Por suerte, era lo suficientemente largo como para que el ansioso momento de «probarme a mí misma» estuviera aún en algún lugar lejano, a la distancia. Nos dirigimos a la parada del tranvía.

—¿Qué harías si ahora estallara una guerra polaco-ucraniana en Leópolis?

—Me pegaría un tiro —respondió Mikołaj en un tono que no dejaba lugar a dudas. Y con un gesto imperioso hizo una señal para que se detuviera el tranvía 7, que iba a parar allí de todos

modos.

La vidriera II

Empaste es el nombre que se le dio al nuevo edificio entre los otros antiguos, aunque si tuviéramos que hacer un uso más preciso de la terminología dental más bien debería haberse llamado Prótesis. No teníamos ninguna duda de que no iba a encajar aquí, de que sería un bastardo entre los distinguidos edificios de viviendas austriacos, por lo que la espera de su nacimiento, que duró toda la primavera, el verano y parte del otoño, no fue acompañada de alegría. Comenzó con un ruido ensordecedor que invadía nuestro estrecho callejón. Las hormigoneras iban de aquí para allá y, detrás de la valla azul levantada a toda prisa, una alta grúa amarilla no dejaba de inclinarse ante el falso ídolo.

Aquella primavera Mikołaj aceptó un trabajo urgente y nos veíamos solo a ratos: de día, un café rápido en unos lúgubres zulos llamados *kafe;* por la noche, el parque Stryjski, mal iluminado, descuidado, silencioso, y su hierba con olor a lilas. Evitamos vernos en mi casa por Aba, pues sus miradas indignadas expresaban toda su desaprobación. También nos manteníamos alejados del taller de Mikołaj, porque había decidido que su nueva escultura sería una sorpresa y que solo la vería una vez terminada en todo su esplendor.

La otra razón por la que me resultaba difícil quedarme en casa era que Aba estaba empeorando. Los medicamentos que la habían aliviado durante las últimas décadas ya no le hacían efecto y no se habían inventado otros nuevos. Le dolían todas las articulaciones, sobre todo los tobillos, las rodillas y los dedos. A veces, a través de la puerta entreabierta, la oía tumbada en el sofá gimiendo de dolor. Iba a consultar a los médicos que conocía, pero volvía sin ningún remedio. Nadie sabía qué hacer: la impotencia flotaba en el aire. Yo no sabía cómo detener su enfermedad, que avanzaba día a día, y ella no podía poner fin a mi aventura, que estaba convencida de que

me estaba arruinando la vida. Yo, por mi parte, estaba segura de que lo que le pasaba era culpa mía.

La calle vibraba día y noche. El pavimento temblaba bajo las ruedas de las máquinas de construcción, los conductores exasperados tocaban el claxon cuando no podían pasar y los cristales de las ventanas de las casas de los alrededores traqueteaban. Las hormigoneras y los martillos neumáticos zumbaban. Las bombas hidráulicas rugían. Las losas de hormigón caían en el suelo con estruendo. Había nubes de polvo suspendidas en el aire. Detrás de una ventana cerrada del edificio de al lado se agitaba una anciana con una compresa amarilla pegada al bies en la frente. A los trabajadores, los responsables de todas esas vibraciones, no les gustaba su trabajo. Eran pobres, viejos y tenían un largo camino para volver a casa. Más tarde, cuando las paredes del edificio bastardo crecieron del suelo y se estiraron hacia arriba, se subían a los andamios sin ninguna red de seguridad. Una mañana de julio, uno de ellos se cayó y murió. Estuvo tirado en la calle mucho rato. Todos tuvieron tiempo de ver los contornos de una segunda cabeza, dibujados por el charco de sangre alrededor de su cráneo destrozado, y sus botas gastadas con trazos de lo que parecía tiza escolar. Para la pequeña calle, aquella obra fue un gran terremoto.

Cuando le preguntaba a Aba cómo se sentía, me rehuía con un informe seco. Ahora siempre me hablaba de una manera que dejaba claro que estaba enfadada conmigo. El hecho de que me negara su amor me destrozaba por dentro, pero también sabía que me lo merecía. Empecé a responderle con frialdad y sorna, aprovechando cualquier oportunidad para ridiculizarla o herirla. Evitábamos hasta la mención más trivial a Mikołaj, a pesar de que era él quien marcaba el ritmo diario de la vida de las dos. Ese verano yo siempre llegaba a casa muy tarde y ella nunca se acostaba antes de que yo volviera, lo que me sacaba de quicio. Las súplicas, los gritos y las escenas no servían de nada: siempre esperaba hasta el final. Sentada frente al televisor, rezaba el rosario en la antigua habitación de la bisabuela. Dormía en el sofá del salón. O acechaba entre las flores del balcón. Cuando por fin entraba en el piso,

humedecida por los besos, electrizada por las caricias, calentada por los orgasmos, me lanzaba una mirada gélida y se iba a su habitación. De todos modos, después de eso ninguna de las dos podía dormir. Recuerdo una de las noches más calurosas de julio. Mikołaj y yo acabábamos de dar un largo paseo desde la otra punta de la ciudad y luego nos quedamos un buen rato bajo mi balcón. Era ya tan tarde que iba a amanecer en cualquier momento, no había luz en ninguna ventana. Habíamos encontrado refugio en mi pequeña calle como en una enorme lata de Coca-Cola de cuyas paredes lamíamos los restos de empalagosa dulzura. La lata retumbó por nuestros movimientos, disfrutábamos de pie medio desnudos y la vieja puerta de madera chirrió al compás de nuestro ritmo. Y fue entonces cuando la vi observándonos desde el balcón. Su cabeza, rodeada de un enjambre de rulos, asomó entre las macetas, con los cristales brillantes de sus gafas apuntando fijamente hacia nosotros. Estábamos bajo la única farola iluminada de toda la calle. Sentí vergüenza y rabia y desde ese momento no volví a dirigirle la palabra.

En esa época Mikołaj completaba mi formación sobre bajorrelieves, nos interesaban las placas conmemorativas que proliferaban en el centro de la ciudad como setas después de la lluvia, o como hongos después de Chernóbil. Valeri Bortiakov, del Teatro Popular Polaco, acuñó la expresión «tallado en jabón gis», que encontró acogida en los círculos artísticos. Si se quería rastrear el origen de una placa en particular, todo se podía aclarar rápidamente: cualquiera con dinero y una idea podía ir al ayuntamiento y solicitar un permiso. Si la persona que se iba a conmemorar era políticamente correcta, los funcionarios concedían el permiso y asunto zanjado. El solicitante elegía el diseño y al escultor. De vez en cuando, el ayuntamiento también financiaba alguna placa, lo que al menos permitía conocer el nombre de su autor. Así es como se produjo una sucesión de obras de este tipo, a la vista de los cuales los artistas se llevaban las manos a la cabeza. O se limitaban a desviar la mirada.

Paseamos por la ciudad y descubrimos que esas placas eran a menudo demasiado grandes, o estaban colgadas demasiado

bajo, violaban los principios de composición y, sobre todo, chocaban con su entorno. Eran de un planeta diferente al de las iglesias y las casas y crecían como hongos en los viejos edificios. Ahí sobresalían cinco cabezas con forma de huevo encajadas en un óvalo. Allí estaban las botas de bronce sobre las que cualquier transeúnte podía apoyar la cabeza. Y ahí, de nuevo, la cara de un muñequito ridículo que estaba boquiabierto. La mayoría de las veces no conocíamos a los conmemorados. Peor aún: no queríamos conocerlos en absoluto. La historia ucraniana se sacrificaba en el altar del buen gusto. Si discutíamos de una, al día siguiente aparecían tres placas más. Si hablábamos de una, al día siguiente desaparecía sin dejar rastro, robada por vagabundos para venderla como chatarra.

Mikołaj consideraba que las placas soviéticas eran mejores. No todas, sin embargo. Este pensamiento me asombró: introdujo una ambigüedad agonizante en mi visión del mundo. A partir de ese momento todo parecía demasiado ambiguo.

—En aquellos días la ciudad era gris y estaba descuidada, pero seguía siendo ella misma. Los experimentos quirúrgicos de hoy en el cuerpo de la ciudad lo transformarán de una manera radical.

Cuando Mikołaj pronunció estas palabras, que recuerdo bien, estábamos en la esquina de las calles Copérnico y Slowacki, donde recientemente se había grabado la figura de un robot con gorra militar. Después, cuando me llevó a una casa de la calle Stefanyk, me explicó las diferencias entre el bajorrelieve convexo, cóncavo y plano.

Cuando entramos en mi portal, empezó a besarme. Miré la ventana redonda de hierro forjado sobre la entrada para no ver las grietas en las paredes. Me hice a la idea de que no existían.

En aquella época me inventaba leyendas. Eran las telarañas de unas arañas gigantescas que Luba había pasado por alto cuando limpiaba. Eran surcos ornamentales de los que nos habían hablado en clase de historia del arte. Distorsiones causadas por las lentes de contacto que nunca usé. Mikołaj documentó las primeras grietas en las paredes y el techo tomando prestado un carboncillo de Aba: había anotado la

fecha junto a cada una de ellas y las había fotografiado. Los vecinos no participaron: los de arriba estaban a punto de emigrar a Alemania; desde hacía algún tiempo ocurría algo extraño con Luba: había dejado de limpiar sin más. Al parecer, se había convertido a algún tipo de religión; incluso me llamó para disculparse con su profunda voz que sonaba trágica para pedir perdón por todo el mal que había hecho. Se negaba a llevar sombrero, dejando al descubierto sus canas para que todo el mundo las viera, y le aseguró varias veces a Mikołaj, señalando las paredes agrietadas: «¡La hora está cerca!».

El hueco de la escalera estaba cubierto de polvo blanco y nuestros zapatos estaban tan sucios como los de aquel trabajador que había muerto accidentalmente. Mikołaj invitaba a profesores y estudiantes a visitar el edificio, llamaba a las puertas de las oficinas del ayuntamiento, iba a tomar café con señoras mal peinadas con trajes demasiado holgados. Gracias a sus esfuerzos, incluso vino a nuestra casa un equipo de televisión: una periodista ligeramente achispada con zapatos de tacón plateados y su camarógrafo completamente borracho. Con una cámara VHS, primero se fumaron varios cigarrillos frente a la entrada del edificio antes de que emitieran algunas tonterías sobre la Santa Capilla de Leópolis, el *«art nouveau* ucraniano» y el gran empresario y mecenas que supuestamente iba a «salvar la obra de arte de la destrucción». ¿Quién era este salvador? No lo averiguaríamos hasta más tarde. Enviamos nuestros primeros correos electrónicos a conocidos de Polonia: llevaban trajes bien cortados, gafas modernas y sabían de arte. Deposité grandes esperanzas en ellos.

Recuerdo el día a principios de agosto en que estallaron los primeros cristales de la vidriera. Mikołaj me explicó que, como consecuencia de la presión de las vibraciones de la obra cercana, las juntas de las varillas de plomo se estaban aflojando, los márgenes se hundían y empujaban los trozos de vidrio hacia afuera. Miré la vidriera y vi cómo se ondulaba. Sabía que no se trataba de una brisa inofensiva, sino de una tormenta catastrófica. Debajo de las raíces del roble aparecieron nuevas brechas que se unieron al reino de fuego que había desaparecido hacía muchos años. La nada se estaba

extendiendo como en la película *La historia interminable.* Aquel día Mikołaj me colmó de atenciones y me acunó con suavidad. Estábamos apoyados en el alféizar de la ventana, la vidriera estaba justo detrás de mi espalda. Estaba segura de que Luba nos observaba a través de la mirilla.

—No puedo pensar más en ello.

—Pensar es nuestro deber. Si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará? Si no es ahora, ¿cuándo? Somos los últimos mohicanos. Somos los únicos a los que nos importa la agonía de Leópolis. No podemos desertar, no podemos traicionarla.

Mi última conversación con Aba también tuvo lugar en agosto. Después de una excursión al campo con Mikołaj descubrí que una garrapata se me había metido en el ombligo. A los pocos días el ombligo se hinchó y me dio la impresión de que la garrapata era cada vez más grande y yo más pequeña. Entré en la habitación de Aba y me senté en el borde del sofá. Quería que se reconciliara conmigo, que me perdonara, que me salvara, como ya antes había hecho. Pero no tenía intención de renunciar a su justa ira. Disgustada, me echó aceite de girasol en el ombligo. Furiosa, intentó arrancar la garrapata con las uñas. Exasperada, le arrancó la cabeza con unas pinzas. Cuando por fin lo consiguió, se tumbó en el sofá y me dio la espalda en silencio. Me senté a su lado mirando a Tadeusz Kościuszko dirigir a los campesinos en la revuelta y descubrí todos los defectos en la composición. Hasta el día de hoy me pregunto por qué no la abracé. ¿Por qué no la besé? ¿Por qué no grité todo lo que sentía?

El hombre que había comprado la parcela que lindaba con nuestra casa conducía un todoterreno dorado. No era ni calvo ni gordo y sus ojos brillaban con un destello travieso. Lo interceptamos en la entrada de la obra. Mikołaj hablaba, mientras yo estaba a su lado y le cogía la mano. El hombre respondió con amabilidad.

—Te ruego que no te preocupes —nos tranquilizó—. No soy uno de esos nuevos ricos a los que solo les importa el dinero. He oído hablar de la vidriera y me doy cuenta de que es una pieza única. He decidido conservarla. Ya tengo todos los papeles de las autoridades locales para desmantelarla, solo

estoy esperando el permiso de Kiev, porque la casa está incluida en el Registro Nacional de Monumentos Históricos de Ucrania. Una vez que obtengamos todos los permisos, se restaurará la vidriera y se trasladará al hotel que estoy construyendo al lado. Allí estará protegida para siempre.

Mikołaj me apretó los dedos dolorosamente.

—Es una barbaridad —gritó—. La vidriera está integrada en la estructura de esta casa. Juntas forman una unidad orgánica. Quitarla de ahí es como arrancarle el hígado. Los ciudadanos no tendrán acceso al hotel. Primero pone en peligro un monumento arquitectónico con su construcción irresponsable y luego quiere despojar esa casa de una obra de arte que fue creada especialmente para ella.

El tipo asintió con cara de comprensión, nos dio su tarjeta de visita y se marchó en su coche dorado.

Este drama tuvo un acto final. A finales de agosto Mikołaj se fue a Varsovia para reunirse con los responsables del Ministerio de Cultura. Los convenció haciendo valer el argumento del patrimonio cultural polaco y aceptaron financiar la restauración de la casa y de la vidriera, que de este modo se quedaría definitivamente en su lugar. Solo faltaba el permiso de las autoridades de Leópolis. Intentamos conseguirlo, pero la funcionaria responsable primero estaba de vacaciones y, cuando llegó el momento de reunirse con nosotros, gritó al instante, después de una confusa introducción sobre el tema de los procedimientos, que estábamos en un Estado ucraniano independiente que podía ocuparse de sus monumentos por sí mismo y que las autoridades de «la ciudad cosaca de Leópolis» nunca permitirían que ciudadanos de un país extranjero interfirieran en sus asuntos internos. Nuestras acciones rayaban en la traición. Su reluciente blusa dorada le moldeaba los senos con forma de pera y su vientre con forma de manzana. Desde las paredes de su despacho nos miraban los ojos vidriosos del Cosaco Mamai, el Buda local.

Mikołaj ya estaba terminando su escultura sorpresa, que debía estar lista en septiembre. Había adivinado desde el principio lo que sería. Al fin y al cabo, Leópolis es una ciudad

pequeña, los rumores corrían rápido. Pero no la vi con mis propios ojos hasta la ceremonia de inauguración.

Esta vez solo se reunió un puñado de personas, no hubo ni fanfarrias, ni orquestas ni un coro, solo el rugido de los minibuses amarillos en la avenida de la Libertad. Y, aunque había parterres con flores, ocupaba el lugar donde antes se encontraba la estatua de Lenin, con las lápidas escondidas en el pedestal, y no pude evitar recordar el espectáculo que había tenido lugar en aquel septiembre de hacía tantos años. Esta vez la gente se reunió frente a la entrada del escenario, justo en las escaleras que mi madre utilizaba para ir al trabajo todos los días. La nueva placa conmemorativa estaba adornada con una cinta azul y amarilla que cortó el alcalde de la ciudad, un tipo tan bajo que tuvo que subirse a un escabel especial. A su lado estaba la regordeta funcionaria del departamento de arquitectura, ahora vestida con un ajustado vestido negro con bordados tradicionales. La esposa de Mikołaj, que estaba un poco más lejos, era su contraparte: alta y delgada, con un vestido ligero y fluido. En el pelo llevaba una cinta blanca, como la que llevaban las estudiantes de Leópolis que hicieron huelga de hambre en Maidán en los años noventa. Los alumnos de la academia formaban un pequeño grupo que fumaba cigarrillos. Me aparté. También apareció el escultor que conocíamos, especializado en bustos del bardo: el bigote gris desaliñado, los ojos nublados por el alcohol. Gritó en un micrófono defectuoso:

—Un patrimonio cultural enorme. Un camino espinoso de sufrimiento. La construcción de la nueva Ucrania. Entierra y levanta. Rompe las cadenas.

La plaza frente a la ópera tembló. Hacia nosotros se dirigía una columna de jóvenes vestidos con camisas grises. Llevaban banderas negras y rojas y coreaban algo bélico. Llevaban insignias metálicas en el pecho con unas letras que parecían una esvástica: «IN», que significaban «Idea de Nación». Me estremecí pensando que querían protestar por homenajear a una mujer, entre los muros del Teatro Nacional de la Ópera y el Ballet, que no era de etnia ucraniana. Sin embargo, los manifestantes guardaron silencio y se detuvieron a la derecha

de la placa. Afortunadamente, habían venido a presentar sus respetos a mamá.

Mikołaj se situó a la izquierda, solo. Iba vestido para la ocasión con una camisa festiva color ceniza sin bordados, que hacía juego con su larga cabellera, cada vez más gris. Encarnaba una digna indiferencia aristocrática: el gran artista incomprendido por todos. No se dignó mirar a nadie ni a nada, sino que sus ojos se perdieron a lo lejos.

Pero yo seguí observando. Me fijé en la composición bastante buena del bajorrelieve plano, que parecía convexo, pero colgaba demasiado bajo. No tenía relación con el entorno, pero encajaba perfectamente con las monstruosas protuberancias modernas que florecían en las murallas de la ciudad. Desde la placa, otra *barbie ucraniana* me miraba fijamente. En vano abría su boca de pez para cantar: con esas notas que habían sido asesinadas junto con ella, se suponía que debía llamar a la masa de robotitos con bandera a la batalla. La miré fijamente. Y entonces yo también cubrí mi mirada con una neblina artística. Detrás apareció un pequeño altar del siglo XVIII, esculpido por Sebastian Fezinger con un bajorrelieve de santa María: blanco, fantasmal, de alabastro, enigmático. Luego, de la superficie mineral traslúcida, surgió la piel cubierta de pecas y de vello indeseado, áspera como el terciopelo en algunas partes, suave como el satén en otras. Y luego se hicieron visibles las uñas alargadas y los ojos con soles amarillentos alrededor de las pupilas. Yo también quería recordar su voz, pero no pude: solo oí el zumbido del ineficaz tráfico de la ciudad. La placa estaba fundida en bronce, por lo que se volvería de color verde al cabo de un tiempo. Adelantándome a los acontecimientos, señalaré que esto es lo que ocurrió, en efecto.

Y los miembros del grupo de jóvenes nacionalistas, que más tarde cambiarían varias veces de nombre y de uniforme, se comprometieron a encender velas bajo la placa de Marianna el primero de noviembre, el primero de enero y en julio, en el aniversario de su muerte.

En ese momento sonó otro estruendo y pensé con alivio que por fin se hacían realidad los viejos temores y el edificio del

teatro empezaba a hundirse, pero no: entonaban una canción patriótica para poner el broche a la ceremonia.

Siguió una salva de aplausos. El alcalde de la ciudad estrechó la mano de Mikołaj y, llevándose su escabel, se dirigió en su Volvo negro al ayuntamiento, situado a unos cientos de metros. Vi a Mikołaj presentar al funcionario de arquitectura a su esposa, y los tres conversaban. Después de haber mirado lo suficiente, volví despacio a casa.

Mikołaj me alcanzó a la altura del Museo de Etnografía.

—Te espero a las ocho junto a la capilla de Boim —me susurró al oído. También podría haberlo dicho en voz alta. Al fin y al cabo, todo el mundo lo sabía. A una distancia prudente, la amplia manga de su mujer me saludó, y ella incluso me sonrió: huesuda, falsa.

No fui a la capilla, quería estar sola. Al principio pensé en coger el tranvía y dar vueltas en un bucle interminable, sin bajarme, pero me daban demasiado miedo los revisores, así que deambulé por la ciudad. Por Pohulyanka, el cementerio de Lychakiv, y luego el Castillo Alto. Cuando oscureció, me acosté en el húmedo césped del Kaiservald y me picaron las hormigas y los mosquitos. En ese momento me estaban buscando por todas partes: en la catedral, en casa de Mikołaj, llamaron a todos los números de mi agenda telefónica. Llegué a la obra alrededor de las siete y media en una mañana soleada y sin nubes, tan fresca como si se derramara sobre los cipreses de un balneario mediterráneo y no sobre una ciudad atormentada por la historia. Llegué unos minutos después de que la ambulancia recogiera a Aba, que había sufrido un derrame cerebral durante la noche.

Maidán

«Es un olor angosto, —pensé—, si es que se puede describir un olor de esa manera»; su dulzura era repulsiva e innecesaria, rayana en la descomposición, me recordó a una caja de manzanas medio podridas, quizás no tanto podridas como fermentadas, como si llevaran muchos meses en la bodega. Y lloré durante muchos días, no con los ojos, sino con la nariz, de la que fluía una especie de líquido desagradable que no podía contener. No percibía ningún olor: ni el de los cigarrillos ni el de mis perfumes favoritos, y eso que solo había tragado un poco de gas en la calle Hrushevski, mientras que a ese chico le había estallado una granada bajo los pies y le destrozó los ojos.

El gas con olor a manzana podrida —extraordinariamente dañino, prohibido por todas las convenciones internacionales— bajó a mi estómago y corrí tras él. Me metí en mi interior a través de los conductos dañados y más tarde empecé a llorar por la nariz. Salía de mí como un torrente, como un río escondido bajo el caparazón de la ciudad. Lloraba por los ojos de aquel chico: abiertos, eran azules, y cerrados me recordaron a un arcoíris, rodeados de rayos amarillos, violetas y verdes, cada vez más brillantes, porque no dejaba de sonreír. Sonreía cuando la cosa empezó a volverse peligrosa en el hospital de Kiev y hubo que evacuarlo; también cuando lo llevaron tumbado en un viejo Lada, cuando las monjas polacas lo condujeron al otro lado de la frontera, e incluso cuando empezaron los largos días de espera para recuperar la vista.

Mi sentido del olfato regresó cuando una bala impactó contra el maletín de un médico y los frascos de medicinas se derramaron. Percibí el olor penetrante, a pesar de las mucosas doloridas; era el olor a enfermedad y a miedo. Esta impresión se vio reforzada por los lamentos de las sirenas que una vez atrajeron a los marineros. Ahora nadie las creyó, y anduvimos en filas sueltas por la calle Institutka hacia el Parlamento.

«¿Qué piensas, mamá, de que una revolución como esta ocurra sin ti?», me pregunté. A mi derecha, una pareja de veinteañeros con grandes capuchas iba envuelta en una enorme bandera azul y amarilla y la sostenían por ambos lados como una sábana que extendieran en un prado al final del día para hacer el amor una y otra vez. A mi izquierda vi a un fornido caballero con ropa de camuflaje, cuyos surcos en la cara recordaban a las carreteras de la provincia ucraniana abandonadas a su suerte. Llevaba un escudo de madera casero y fumaba. Delante de mí iba otro hombre con un traje caro, zapatos de charol y un casco de obrero de la construcción decorado con motivos de huevos de Pascua. En una mano sostenía dos banderas, la polaca y la de Bandera, y pensé: «El rojo es imbatiblemente popular, no hay nada que hacer al respecto, mamá». Y fue ese hombre el que había gritado un poco antes: «¡Están disparando!». A partir de entonces, no pude evitar la impresión de que lo que estaba ocurriendo aquí no encajaba con la ciudad, con sus calles normales, con la renovada tienda de comestibles de la esquina. Otras personas gritaron lo mismo, pero nadie se dio la vuelta ni corrió cuesta abajo.

Había olor a humo, un cordón inmóvil de «puercoespines» negros al final de la calle, una hoguera recién encendida delante de ellos. La gente temía un ataque —alguien me entregó un neumático por detrás, había que hacerlo rodar hasta los brazos más cercanos. Caminamos cuesta arriba, filmándonos a nosotros mismos y a «ellos» con teléfonos móviles y tabletas, como si esos dispositivos tuvieran un poder mágico y pudieran hacer que la muerte que se muestra en la pantalla dejara de ser una muerte. Los francotiradores estaban al acecho en los tejados y una y otra vez oímos disparos apagados. Chicos con chalecos antibalas pasaban corriendo bajo los balcones llevando a los heridos hacia Maidán y pensé que a aquel otro chico ya no le podían disparar, que estaba a salvo, que se encontraba en Polonia. Cuadrados de luz solar se aferraban a las casas, sobre las que se elevaba un humo ahora blanco, ahora negro, como si saliera de la chimenea de un Vaticano enloquecido. En algún lugar entre los tejados un

semáforo nos avisaba, uniéndose a los ríos rojos y burdeos que fluían de los cuerpos de la gente y fluían sobre ellos, dibujando un mapa de la libertad: esa bestia que había exigido sangre fresca durante siglos: «No estabas sola, mamá». Un médico con una cruz roja en una camiseta de rayas sobre su bata reanimaba (o besaba) a un hombre que yacía en el suelo, el viento quería arrancarle el pelo de la cabeza, el viento quería llevarse su cabeza y a él mismo. Las calles arquearon los lomos para que pudiéramos sacar con más facilidad las piedras. Se pasaban de mano en mano como los neumáticos, se lanzaban hacia «los puercoespines». En esta guerra, las calles estaban de nuestro lado. En la cadena de adoquines que tenía delante había una mujer con un sombrero de fieltro pasado de moda. No llevaba guantes, le sangraban las manos y le hacía juego con la manicura. La vejez luchaba junto a la juventud. «Desde tiempos inmemoriales, la historia ha irrumpido bruscamente en nuestras vidas, mamá, y yo voy ahora sin casco, he dejado de resistirme a la historia.» Un chico con una mochila —con un aspecto muy parecido al otro— saltó delante de la fila de escudos metálicos y lanzó su piedra de David contra ellos. Fui tras él, con el móvil en alto, y lo grabé todo.

Cracovia, 2010-2014

Título original: *Down z witrazem*
Publicado por acuerdo con Agentur Nina Sillem y Casanovas & Lynch Literary Agency.

This publication has been supported by the ©POLAND Translation Program.

Edición en formato digital: 2022

© Żanna Słoniowska, 2015
© de la traducción: Marta Rebón, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-030-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.